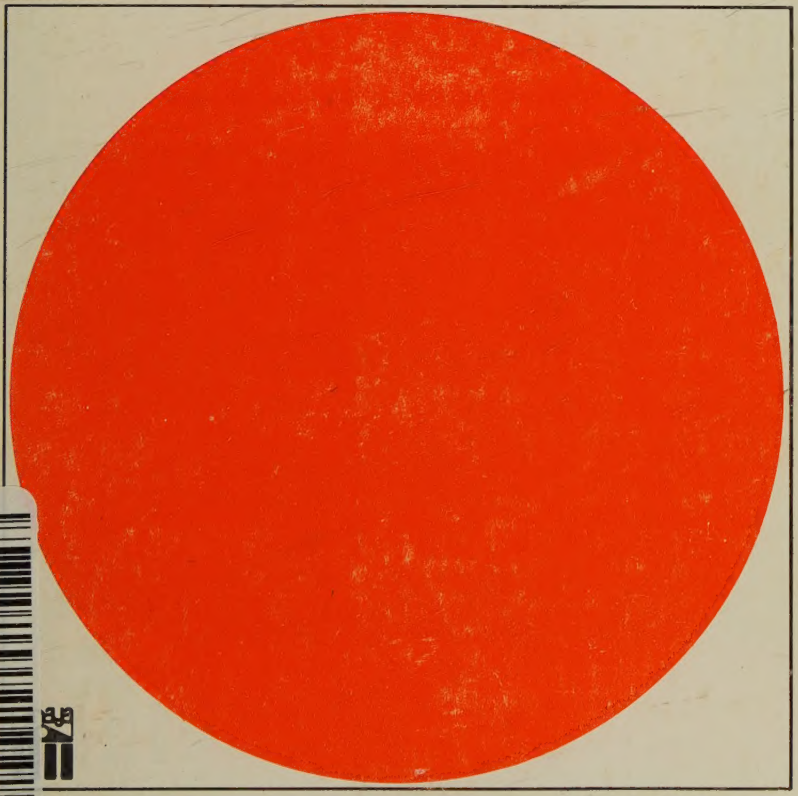
PQ
6623
.A7
T4
1965

Eduardo Marquina

# Teresa de Jesús

edición José Montero Alonso



*07-AQB-255*

Biblioteca Anaya/Autores Españoles

**BIBLIOTECA ANAYA**

- Los *clásicos*, en textos rigurosos;

- los *modernos*, en sus obras más características y originales;

- los *escritores de allende el mar*, con su voz nueva y su raíz antigua;

- presentados por los *críticos*, más solventes de la hora actual;

- en *ediciones impecables*, al alcance de estudiantes, estudiosos y amantes de las letras.

**BIBLIOTECA ANAYA**

BIBLIOTECA ANAYA

N.º 48

★

*EDUARDO MARQUINA*

★

# TERESA DE JESUS

ROSALIE JOHNSON
FERRAZ 19, bajo izq.
MADRID 8
2-47-53-92

*EDUARDO MARQUINA*

EDUARDO MARQUINA

# *TERESA DE JESUS*

PQ
6623
.A7
T4
1965

EDICION
DE
JOSE MONTERO ALONSO
Profesor del Instituto «Isabel la Católica»,
de Madrid

ANAYA
SALAMANCA - MADRID - BARCELONA

Indiana
Purdue
Library
Fort Wayne

BIBLIOTECA ANAYA

*Dirigen:*
FERNANDO LAZARO
Catedrático de la Universidad de Salamanca

y

EVARISTO CORREA CALDERON
Catedrático del Instituto de Enseñanza Media de Alcalá de Henares

*Edita:*
EDICIONES ANAYA, S. A.

INDIANA-
PURDUE
LIBRARY
FORT WAYNE

PRIMERA EDICION, 1964

© EDUARDO MARQUINA, 1965
EDICIONES ANAYA, S. A. - Hnos. Braille, 4 - Salamanca

Reservados todos los derechos

Depósito legal: M. 16.906-65

Es propiedad Número de registro: SA - 462 - 63 Printed in Spain

GRÁFICAS BENZAL. - Virtudes, 7. - Madrid

# *INTRODUCCIÓN*

## *VIDA DE EDUARDO MARQUINA*

**Infancia en Barcelona** «Mi vida de hombre de familia, muy metido en mi casita y muy a gusto en ella, no tiene episodios.» Esto dijo de sí mismo Eduardo Marquina una vez. Su existencia es, efectivamente, apacible y sosegada, sin otra lucha que la clásica lucha literaria en el hombre de letras, sin quebrantos profundos, sin otros duelos que los que trae la vida normalmente. Sólo al final de sus días, la muerte, imprevista y dramática, entre los rascacielos de Nueva York, da—por repentina, por llegar tras de un viaje triunfal—un patético perfil a aquella existencia del escritor.

Había nacido en Barcelona, el 21 de enero de 1879. Fueron sus padres don Luis Marquina—aragonés, de Brea de Aragón, lugar cercano a Calatayud—y doña Eduarda Angulo, de Barcelona, con ascendencia leonesa. El padre se había trasladado desde Zaragoza, por dificultades económicas, a la capital catalana, con la esperanza de encontrar en ésta mejores condiciones de vida. Halló trabajo en una casa comercial, y se casó. El segundo hijo del matrimonio fue Eduardo, nacido en la calle barcelonesa de Pelayo.

Dicha casa comercial está instalada en un viejo palacio de la calle de Moncada: una calle de casonas antiguas, en el viejo barrio barcelonés del Borne, cerca del puerto. Un día, les es ofrecida vivienda en aquel caserón a los dos más antiguos empleados de los almacenes: Luis Marquina y Ramón Pichot. Ambas familias se trasladan a la calle de Moncada. El palacio ha sido adaptado a sus usos actuales—almacén de drogas y productos químicos—, pero todavía conserva mucho de su anterior traza. Grandes salones, escalinatas de piedra, ventanales de arcos góticos. El niño Eduardo Marquina ve allí, entre asustado y gozoso, sus primeros fantasmas teatrales.

Cuando el chiquillo cumple sus siete años ingresa en las Escuelas Cristianas de aquella misma calle. Después, pasa al Colegio de los Padres Jesuitas para hacer los estudios del Bachillerato. Un día, el profesor de Retórica, el padre Mariano, encarga a los escolares una redacción en verso sobre la Virgen María. Aquella

misma noche, el pequeño Eduardo—trece años cuenta entonces—escribe su primer romance, en el que va repitiendo, a manera de estribillo, estas palabras: «Todos los seres del mundo / por Reina a Ti te proclaman.»

**Lecturas, lecturas** Acabado el Bachillerato, empieza las carreras de Leyes y de Filosofía y Letras. Mas no acaba ninguna de las dos. Tiene una profunda inquietud literaria, tiran de él los versos, los periódicos, los teatros: un nuevo y encantador mundo que le deslumbra. Aunque ha abandonado el Colegio de los Padres Jesuitas, donde hizo los estudios de Bachillerato, asiste a la Congregación de San Luis Gonzaga. Hay, periódicamente, en el local de esta Asociación de los Luises, sesiones literarias, en las que intervienen alumnos y ex alumnos de los Jesuitas. Eduardo Marquina asiste ilusionadamente a esas veladas, en una de las cuales, un día, habla sobre Gustavo Adolfo Bécquer un congregante, salido del Colegio que la Orden tiene en Manresa. Se llama este muchacho Manuel de Montolíu. Nace, al conjuro de Bécquer, una amistad estrecha entre el joven conferenciante y algunos de los que le han escuchado ese día: Eduardo Marquina, Luis de Zulueta, José Pijoán...

Interesan a Marquina, en esas horas juveniles, no los poetas de su tiempo—Núñez de Arce y Campoamor eran dioses mayores de aquella hora—, sino los inmediatamente anteriores, los románticos. Hasta tal punto, que un día Marquina y Zulueta escriben una leyenda a la manera zorrillesca, *Alhamar el Nazarita*. Sin embargo, aquel grupo ilusionado busca, de un modo confuso e indefinido aún, otra cosa, un modo literario más acorde con el propio tiempo. Lo sentían, aunque no supiesen formularlo. «Queríamos otros rumbos, otros nombres—evocará un día el escritor—: la hora de nuestra hora, para levantarnos de nuestro sueño de momias y ponernos a andar. Buscábamos; aventurábamos; lo leíamos todo. En especial, las literaturas exóticas, los libros tachados de novelería bizarra, los autores desconocidos y de nombres raros.»

Un escritor impresiona profundamente a aquellos muchachos: Enrique Ibsen. José Pijoán lee un día al grupo la traducción catalana de *Espectros*. Marquina y sus camaradas sintieron agrandada ante ellos la perspectiva del mundo. «No porque hubiéramos oído mejores cosas ni mejor expresadas: simplemente porque sentíamos que estábamos oyendo la voz de *nuestros* días con los pensamientos y los sentimientos que andaban a la sazón

por el mundo, que nos rodeaban, que nos envolvían, y con los que de todas maneras, incluso para negarlos y combatirlos, nos iba a ser indispensable contar desde aquel momento.»

**El primer libro** A la muerte del padre, la casa se desmorona, y hay que empezar una vida distinta. Eduardo Marquina se traslada a una pensión de la calle del Carmen. El ambiente inhóspito se le cae encima, y sólo unas estampas de poetas preferidos—Goethe, Schiller, Verlaine—ponen un poco de luz en el cuartucho de la casa de huéspedes. El muchacho empieza a trabajar en las oficinas de aquella casa comercial en que su padre había estado. Pero los números y las facturas le dicen muy poco, siendo, en cambio, los versos los que llenan su espíritu. A veces, en el reverso de las letras de cambio no utilizadas escribe poemas ilusionados. Y sobre todo lee, infatigablemente, cuanto puede, cuanto está en su mano.

Empieza a colaborar en algunas publicaciones de la Barcelona de finales de siglo. En la nueva revista *Luz*, aparecida en 1897, publica la primera traducción española de un importante documento literario: *L'Art poétique*, de Verlaine. Ha hecho la traducción en versos decasílabos, asonantados. Un arte nuevo va abriéndose paso en los ambientes literarios. Ha hecho su aparición el Modernismo.

Por entonces Marquina comienza a publicar en un diario de Barcelona, *La Publicidad*, una poesía semanal. La colaboración es, primero, gratuita. Más tarde, los versos le son ya pagados. Y los propietarios de aquel periódico y algunos amigos reúnen las composiciones en un libro, cuya edición ofrecen y regalan al joven escritor. Es el año final del siglo: 1900. *Odas*, el libro citado, es la primera obra de Marquina. (Dos obras anteriores —un folleto de tema taurino y el poema *Jesús y el diablo*— fueron escritos en colaboración con Zulueta.)

**Teatro en Madrid** El escritor está ya por entero dentro de la vida literaria barcelonesa. Al calor del buen éxito de *Odas* se traslada a Madrid, donde traba relaciones que luego serán favorables para su vida. Pero su bagaje para la conquista de la gloria literaria es escaso aún, y Marquina—a los ocho meses—regresa a su ciudad natal. Vuelve, poco después, a Madrid. Trabaja en los diarios *España Nueva* y *El Imparcial*. Estrena su primera obra teatral en 1902: *El pastor*. No tiene suerte con ella, y sólo cuatro noches está la obra en la cartelera del teatro Español. Pero el escritor no se

desanima, porque tiene una poderosa fuerza interior, una gran confianza en sí mismo. Trabaja intensamente, prepara nuevas obras, publica otros libros de versos. En Barcelona, el 18 de junio de 1903, se casa con doña Mercedes Pichot: una hija de aquel empleado que había trabajado, con el padre de Marquina, en la casona de la calle de Moncada. El escritor se ha instalado definitivamente en Madrid. Labora, lucha, busca aquí y allá. «Gracias a Dios—dirá un día—, la vida literaria en España es más difícil que en ningún otro país. Y digo muy sinceramente gracias a Dios, porque así nos pide esfuerzos; y el esfuerzo es una constante educación.»

Marcha a Francia e Italia como corresponsal de *España Nueva*. Consigue estrenar alguna pieza teatral, pero el verdadero éxito no le llega todavía. Es en 1908, con el estreno de *Las hijas del Cid*, cuando consigue el triunfo, marcando en el escritor un camino por el que ha de andar a lo largo de varios años. Es la hora del teatro poético. Desde aquel estreno, el nombre de Marquina va a ser uno de los más brillantes en el citado género.

A partir de 1908, el escritor lanza sin pausa nuevas obras que están dentro de la misma línea escénica, histórica y legendaria. Estrena, sucesivamente, *Doña María la Brava, En Flandes se ha puesto el sol, El rey trovador, Cuando florezcan los rosales, Por los pecados del rey, El retablo de Agrellano, Las flores de Aragón, El Gran Capitán*... Sólo una de esas obras estrenadas desde 1908 a 1916 se aparta de la trayectoria teatral que sigue Marquina: *Cuando florezcan los rosales*, que es una comedia y está escrita en prosa.

**Tres viajes a América** En junio de 1916, Marquina marcha a América con la compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza (es esta formación teatral la que le ha estrenado la mayor parte de sus obras). El autor y sus intérpretes recorren varios países. La campaña se inicia en Buenos Aires y termina en La Habana. El regreso es en mayo de 1917. Durante ese contacto con tierras creadas por España se ensancha y profundiza la vehemente pasión española que caracteriza, en lo personal como en lo literario, a Marquina.

En Madrid, durante la mayor parte del año, y en Cadaqués, durante los meses del estío, el poeta trabaja intensamente. Su producción se ha hecho más amplia, varia y rica. Los temas no se limitan ya a los de la primera época—legendarios, históricos—, sino que se ofrecen en una cambiante diversidad. Vuelve, sí, algunas veces a la Historia; pero, como él mismo dice, «vi-

viéndola más y declamándola menos». En los diez años que van de 1923 a 1933 alcanza algunos de sus grandes éxitos: *El pavo real, Una noche en Venecia, El pobrecito carpintero, Don Luis Mejía, La ermita, la fuerte y el río, El monje blanco, Fruto bendito, Teresa de Jesús...*

Y en abril de 1936, a los veinte años de su primer viaje, embarca de nuevo para América. Esta vez con la compañía de Lola Membrives, la intérprete de su *Teresa de Jesús*. Cuando comienza la guerra de España, Marquina está en Buenos Aires, donde vive horas de patética ansiedad, porque el hijo, la esposa de éste y los nietos han quedado en Madrid. El escritor embarca para Europa con el propósito de reunirse a los familiares que en España quedaron. Se encuentran, finalmente, todos, en Perpignan, en tierra de Francia. Y el escritor, con los suyos, regresa a la República Argentina.

Publica en Buenos Aires algunos libros, estrena en Santiago de Chile su nuevo drama, *La Santa Hermandad;* colabora en algunas publicaciones argentinas. Y en la primavera de 1938 vuelve a la Patria. La guerra acaba. Marquina, por esos días, trabaja en su discurso de ingreso en la Real Academia Española. Esta corporación, durante la contienda, se ha instalado en el Palacio de San Telmo, en San Sebastián. Allí lee el escritor su discurso de ingreso, sobre *Lope en sus adentros*. Había sido elegido académico en 1931, pero no había aún tomado posesión de la plaza.

**La muerte**

Instaladó de nuevo en Madrid, se entrega ilusionadamente, como en sus mejores días, a la actividad literaria. Preside la Sociedad de Autores. Estrena *El estudiante endiablado, María la viuda, El galeón y el milagro*. Pronuncia discursos y conferencias, es mantenedor en juegos florales de importancia, hace ofrecimientos en actos de homenaje... Le son concedidas las grandes cruces de Alfonso el Sabio y de Isabel la Católica, Barcelona le entrega la Medalla de Oro de la ciudad. Es la hora del triunfo pleno, de la adhesión y el fervor.

Al finalizar la primavera de 1946, Marquina se dispone a ir, como tantos otros estíos, a su casa de Cadaqués. Pero es nombrado presidente de la misión oficial española que asistirá a la toma de posesión del nuevo presidente de Colombia.

Durante este tercer viaje por tierras de América, el poeta, como en las dos veces anteriores, desarrolla una ferviente y continua actividad. Acabada la misión oficial, se traslada a Washing-

ton para asistir a una reunión internacional que allí se celebra y que es de interés para los autores españoles. Después se dirige a Nueva York, donde se propone tomar, con su hijo, el barco que le conducirá a España. En la noche del miércoles 21, un repentino ataque al corazón (otro, unos días antes, había podido ser vencido) acaba con su vida, en la habitación 28 del hotel Roosevelt. Había asistido aquella noche al teatro, y luego, en el lecho, leyó durante un rato *La civilización ibérica,* de Oliveira Martins.

Sus restos mortales fueron trasladados a España. El *Marqués de Comillas* los condujo hasta La Coruña. Desde aquí, el jueves 5 de diciembre, el cadáver del poeta fue traído a Madrid, donde el entierro constituyó una impresionante manifestación de duelo popular y oficial. El escritor había muerto en acto de servicio a España, y por eso fueron rendidos a sus restos mortales honores de capitán general con mando en plaza. En la tarde del 7 de diciembre, Marquina fue enterrado en el panteón que la Asociación de Escritores y Artistas tiene en la Sacramental madrileña de San Justo. Duermen allí sus restos, junto a los de Larra, Espronceda y Rosales, junto a los de los Quintero y Francisco Villaespesa, junto a los de los actores Carlos Latorre, Antonio Vico y Rafael Calvo.

## *OBRA DE EDUARDO MARQUINA*

**La prosa**

La obra de Eduardo Marquina es muy extensa. Hizo periodismo, crónicas de viaje, cuentos, novelas breves, poemas, poesía lírica, teatro... Una parte de esa obra está escrita en prosa. Así, por ejemplo, las piezas teatrales *Benvenuto Cellini, Cuando florezcan los rosales, La hiedra, Una mujer, Alimaña...* Así, también, sus novelas *Almas anónimas* (1909), *Las dos vidas* (sin año), *El beso en la herida* (1920), *Agua en cisterna* (1921), *Almas de mujer* (1923)... Pero la condición del escritor era esencialmente poética, y el verso se le ofreció como su mejor modo de expresión, como el cauce natural para su sensibilidad de artista. La prosa de Marquina, sin embargo, es bella y plástica, rítmica y musical. La cadencia de ella es, con frecuencia, poética. Muchas de sus páginas en prosa son, en realidad, verdaderos poemas.

**Las traducciones** Parcela interesante en la total obra de Marquina es su labor de traducción. Su calidad de poeta le situaba en excelentes condiciones para trasladar al castellano la creación de otros poetas, para interpretar cabalmente a éstos. Siendo muy joven, tradujo ya *L'Art poétique*, de Verlaine. Posteriormente, las *Obras Completas* de Guerra Junqueiro (1910); *Las flores del mal*, de Baudelaire (1916); *Elektra*, de Hoffmannsthal; *Los Burgraves* y *Marion Delorme*, de Víctor Hugo; *Vida de Rancé*, de Chateaubriand; *La ciudad y las sierras*, de Eça de Queiroz...

**Poesía lírica** *Odas* (1900) puede ser considerado como su primer libro de poesía lírica. Anteriormente había publicado un folleto sin importancia literaria y el poema dramático *Jesús y el diablo* (1899), en colaboración con Luis de Zulueta. A aquel primer libro suceden *Las vendimias* (1901), *Eglogas* (1901), *Elegías* (1905), *Vendimión* (1909), *Canciones del momento* (1910)... Con este último libro puede darse por cerrada su etapa de poeta lírico. El teatro absorberá, a partir de 1910, casi toda su actividad literaria. No es que deje, naturalmente, de hacer versos—algunos de gran calidad emotiva, como los de *Recogimiento*, que no publicó en libro, y que pueden leerse hoy en sus *Obras Completas—;* pero esos versos, en su mayoría, van naciendo al hilo de los días, por exigencia de los motivos de cada hora. Son estrofas que tienen un fin inmediato: el elogio a una ciudad, el brindis por un amigo, una acción de gracias... Versos de circunstancias y de ocasión más que voz espontáneamente nacida.

Publica Eduardo Marquina aquellos libros en la hora poética del modernismo. Sin embargo, no se le puede considerar, en rigor, como un poeta absolutamente modernista, a la manera de Villaespesa, por ejemplo. Hay en él una fuerza, un regusto clásico, un sentido de la serenidad, que no son precisamente los rasgos de la naciente poesía modernista. Tampoco se adscribe Marquina a la poesía tradicional que entonces pervivía: Núñez de Arce. Marquina renueva, a su modo, espíritu y verbo, punto de enfoque y gracia de la forma. Da ondulaciones nuevas a los ritmos de hasta entonces, enriquece la temática habitual, pone —junto a los viejos arrebatos románticos o los vagos abandonos modernistas—un sentido de serenidad y de equilibrio, un espíritu de medida. Mediterráneo integral, diríase que el substrato grecolatino que hay en él inserta líneas y armonías neoclásicas en la poesía de su tiempo.

Una parte de su creación lírica—especialmente el primer libro, *Odas,* publicado cuando el poeta cuenta poco más de veinte años—tiene un juvenil acento de rebeldía y disconformidad. Es el veneno de la época. (Su «pecado original», dirá, andando el tiempo, Marquina.) Con ocasión de aquel libro, don Juan Valera supo ver certeramente la calidad de artista que en Marquina había. «Creo que tiene usted—le dijo en una carta—cuantas facultades se necesitan para ser un excelente poeta. La Madre Naturaleza le ha dotado de imaginación, de elevada inteligencia y de sentimientos vivos y nobles.» «Todo esto, sin embargo—añadía don Juan—, puede echarse a perder por el afán de ser sobrado original, por el entusiasmo un poquito cándido en favor de filosofías, de sociologías y de otras novedades y rarezas que vienen allende el Pirineo.»

No se confirmaron, en los posteriores libros de Marquina, aquellos temores de Valera. El poeta fue orientándose hacia un rumbo definitivo, libre de aquellas impurezas de la primera hora. («A esta especie de pecado original—escribirá un día él mismo—, rarísimas veces, no tratándose de vocaciones tardías, podría sustraerse el que empieza. Todos, forzosamente, partimos de nuestro tiempo, y hemos de sacudir su cautiverio para entrar en la eternidad mediante el esfuerzo diario.») *Las vendimias, Eglogas, Elegías, Vendimión,* nos muestran un poeta inmerso gozosamente en la alegría de la Naturaleza, a la que ama y canta panteísticamente. El mar y la montaña, la fe en lo humano, el amor, la gracia múltiple de la vida, inspiran a Marquina. Característica de su creación lírica es la poetización de las pequeñas cosas cotidianas y vulgares, de los sentimientos humildes. Más adelante, en la plenitud de su creación teatral, logrará hallazgos felices en este afán suyo de dar gracia poética a mil cosas de la vida sencilla y cotidiana.

*Canciones del momento* es un libro que reúne las poesías que el escritor ha ido publicando en un diario de Madrid, a modo de acotaciones líricas a hechos o figuras de la actualidad. Aún viven en ese libro algunos ecos de las viejas rebeldías. Pero el escritor se acerca ya a los treinta años, el medio del camino de la vida. Marquina se ha encontrado a sí mismo. Ha estrenado *Las hijas del Cid,* y cuando hace la edición del drama traza esta dedicatoria: «A la nueva vida de los héroes muertos con amor y dolor, para conmoción y salud de la vieja Castilla, y a la intención de la Patria futura dedico este canto.»

**El teatro** El teatro poético de los primeros años del siglo XX es la versión escénica del Modernismo. Es un último brote del teatro romántico del siglo XIX. Trae a la escena, indudablemente, un nuevo aliento, un fino y sutil clima lírico, que estaba ausente del teatro en verso inmediatamente anterior, el de Echegaray. Hay en él un noble anhelo poético, por encima quizá de la clásica sustancia teatral, del efectismo que se consideraba, tradicionalmente, consustancial al teatro. Valle-Inclán, Villaespesa y Marquina, cada uno con su peculiar manera, centran los cuadros de la nueva promoción escénica.

Dentro de esta línea, la primera obra de Marquina es, en 1908, *Las hijas del Cid* (ha estrenado algunas otras antes, pero son, más que nada, tanteos, balbuceos). Siguen *Doña María la Brava* (1909), *En Flandes se ha puesto el sol* (1910), *El rey trovador* (1912), *Por los pecados del rey* (1913), *El retablo de Agrellano* (1914), *Las flores de Aragón* (1915), *El Gran Capitán* (1916)... Pertenecen estas obras a un tipo de teatro legendario e histórico. Pero llega un momento en que esta fórmula escénica deja de interesar al público. Marquina lo percibe claramente. Siente que es necesario cambiar de rumbo. «Los éxitos menudeaban—dice el propio escritor—y el género cundía; pero todos, no sé por qué, sin reflexión y como de instinto, nos habíamos confinado prematuramente, al cultivarlo, entre innecesarios tabiques de una suerte de mampostería histórica que le acortaban el vuelo a la invención poética y eran ocasionados, en función del público, a un súbito empacho de monotonía. Olvidamos, tal vez, la feracísima variedad de temas humanos, vivos, realistas, fabulosos o auténticos, que fue característica gloriosa de nuestro teatro clásico o barroco; en definitiva, *español,* para darle su natural apellido inconfundible y legítimo.»

En consecuencia, tras de esta primera etapa de un teatro histórico y legendario, Marquina pasa a una segunda manera: teatro en verso también, pero de temas y ambientes contemporáneos. Estrena *El pobrecito carpintero* (1924), *Fruto bendito* (1927), *La ermita, la fuente y el río* (1927), *Salvadora* (1929), *Fuente escondida* (1931)... Son obras de tipos y climas populares, exaltación del amor sobre fondos campesinos. Para muchos, está en este tipo de creaciones lo mejor de la creación de Marquina.

Finalmente, podemos considerar aún, dentro del cuadro general de la producción del poeta, un tercer grupo: un teatro de

espíritu religioso, que entronca con nuestras comedias de santos y nuestro teatro religioso-filosófico. A este tipo de obras pertenecen, por ejemplo, *El monje blanco* (1930), *Teresa de Jesús* (1932) y *María la viuda* (1943).

La producción de Marquina—muy extensa: medio centenar de obras, aparte de otras muchas menores—ofrece algunos otros dramas y comedias de interés, que no cuadrarían exactamente dentro de las tres trayectorias apuntadas. Podemos situar, entre ellas, *Cuando florezcan los rosales* (1915), *Una mujer* (1915), *Alimaña* (1921), *El pavo real* (1922), *Una noche en Venecia* (1923), *Don Luis Mejía* (1925), en colaboración con Alfonso Hernández Catá; *La vida es más* (1928), *Era una vez en Bagdad* (1932)...

Signos generales y constantes de su teatro son la ferviente emoción española, el espíritu religioso, la doctrina de amor y de esperanza. Exalta los valores humanos y de raza, la fe y la bondad. En cuanto a la forma, la obra escénica de Marquina sigue un proceso de depuración. A medida que el tiempo pasa, su verso va despojándose de arrebatos y excesos, haciéndose cada vez más sereno y sencillo.

## *TERESA DE JESÚS*

**Origen de la obra** Eduardo Marquina sintió siempre una especial inclinación literaria y humana hacia la figura de Teresa de Jesús. Leyó las obras de ésta en Barcelona, cuando él era adolescente, durante aquella embriaguez de lecturas que iba formando su espíritu en la casona de la calle de Moncada. Orientado ya hacia la labor teatral, escribe *La alcaidesa de Pastrana,* auto teresiano en un acto (se publicó en 1911). A éste siguen, obra también de su juventud, otros dos autos: *Las cartas de la monja* y *La muerte en Alba.* Las tres breves piezas fueron agrupadas en una trilogía, que se publicó en Barcelona, en 1941, con el título general de *Pasos y trabajos de Santa Teresa de Jesús.*

La actriz Lola Membrives, a quien apasionaba, como al poeta, la figura de la Santa de Avila, pidió una vez a Marquina que rehiciese aquella trilogía, creando un hilo de enlace que diese continuidad y unidad a los tres autos, para formar con éstos un todo homogéneo y orgánico. Ocurría esto en la primavera de 1932. Al separarse la actriz y el poeta, quedó éste en entregar el próximo otoño la obra solicitada.

El escritor fue, como otros estíos, a su casa de Cadaqués, dispuesto a entregarse a la labor. Releyó sus *Pasos y trabajos...*, volvió a la vida de la Santa, estudió sus libros. Y fue surgiendo una obra nueva que nada en realidad tenía que ver ya con los cuadros de la trilogía. Esta quedó a un lado, superada, y nació un poema escénico distinto. «Hay tanta humanidad—son palabras del autor—, y tanta alma, y tanta acción en la vida admirable de la monja castellana, que constituye un venero inagotable.»

En septiembre de aquel año de 1932, Eduardo Marquina se trasladó a Bilbao, donde se hallaba actuando Lola Membrives, y leyó a ésta las cuatro primeras estampas de la obra. Después de la lectura, el escritor regresó a Cadaqués, donde escribió los dos cuadros restantes. (Marquina escribía siempre muy de mañana, y con luz artificial.)

**Tema y acción** La obra no tiene en realidad un argumento a la manera clásica, con las fórmulas y los cauces tradicionales: planteamiento del asunto, desarrollo, desenlace. Por eso, certeramente, su autor no llama a la obra «comedia» o «drama», sino, simplemente, «estampas». Son eso: cuadros sueltos, que casi pudieran tener vida independiente. Los enlaza, eso sí, la figura poderosa de la Santa, su gran anhelo reformador, la profundísima fuerza espiritual de Teresa. Es esto lo que da unidad a aquellas «estampas carmelitas», lo que anuda los distintos momentos evocados.

La acción se inicia en la casa abulense de doña Guiomar de Ulloa—personaje, como casi todos los de la obra, histórico—. Se habla de la reforma que exigen ciertos estados de tibieza y que Teresa, monja en la Encarnación, quiere realizar. Hay obstáculos, incomprensiones y oposiciones. Finalmente, el prelado de la ciudad, don Alvaro de Mendoza, tras de escuchar a la religiosa—«... Nuestro Señor no tenía / piedra en que apoyar su frente»—, decide recibir el convento que Teresa desea fundar. La reforma de la Descalcez está en marcha.

La segunda estampa nos muestra a la Fundadora en su convento de la Encarnación y, en torno suyo, los enconos y las envidias que su iniciativa despierta, incluso en el mismo monasterio. Teresa prepara ilusionadamente su «portalito de Belén»: su humilde convento de San José, con arreglo a las nuevas reglas—disciplina más rigurosa, más profunda humildad—que ella quiere dar a la Orden reformada. Mas la pasión que su propósito despierta enciende odios e intrigas: quieren llevar al San-

to Oficio el *Libro de su vida,* que ella ha comenzado a escribir. Es una religiosa calzada, Beatriz de Espina, la que encarna especialmente el sentimiento de odio hacia la Fundadora. Sentimiento que cuaja en la estampa tercera—ya el convento de San José recién fundado—, cuando gentes del pueblo, airadamente, entran en el humilde edificio y la justicia lleva consigo a Teresa.

Mas la semilla reformadora está lanzada, y nadie, en definitiva, podrá impedir el triunfo. Se refleja éste en la cuarta estampa: es en Beas de Segura, donde ese día la Santa asiste a la fundación de un nuevo convento, tras de los que ha creado en Medina, y en Salamanca, y en Malagón, y en Pastrana... Beatriz de Espina, fuera ya de la Encarnación, quiere vencer su complejo de envidia y de odio. Acude al padre Jerónimo Gracián; pide ingresar en el convento de Sevilla, que Teresa va a fundar también. Mas todo ello desemboca, para el alma de aquella mujer, en un recrudecimiento del odio, un odio que le lleva a tratar de perder dos almas: la de María de San José y la del padre Gracián. En la quinta estampa, la más teatral de la obra, Teresa, tras de una visión del Señor, gana para éste, humillándose, a Beatriz. Finalmente, en la estampa sexta, la Fundadora, en su convento de Medina, se dispone a seguir para Alba de Tormes, requerida por los duques de Alba. Llega el padre Gracián, a quien no cesan de perseguir sus enemigos. Quiere marchar a Roma, y se despide de Teresa. Sobre ésta pesa una emoción de presentimiento. Se siente llamada, como tantas otras veces, por Dios. «Querrá mandarme otra prueba. / O querrá dar a mis huesos / la manta de aquella tierra.» Emprende el camino con Blas, el hombre de la recua. Las palabras finales de la obra adquieren valor simbólico. «...Y aún tenemos muchas leguas / y muchos siglos que andar / juntos... Castilla y Teresa.»

**El estreno**

Se estrenó *Teresa de Jesús,* en Madrid, la noche del 25 de noviembre de 1932. (Ese mismo día, doscientos noventa y siete años antes, murió Lope de Vega.) El éxito fue muy grande. El autor salió a escena al final de las seis estampas y fue especialmente aclamado al final de la quinta—la de más efectismo teatral—y al término de la obra. Se aplaudieron también distintos pasajes y parlamentos, y tras uno de éstos el público quiso que el autor saliese a escena. Los actores le buscaron entre cajas; pero Eduardo

Marquina no quiso salir, acertadamente. «Abstención ejemplar», comentaba al día siguiente un crítico.

La obra fue muy bien interpretada, sobre todo por Lola Membrives, que tuvo a su cargo el papel de la protagonista. El personaje del padre Jerónimo Gracián fue desempeñado por el primer actor Ricardo Puga, el mismo actor que veinticinco años antes, cuando era un galán desconocido, había estrenado en el teatro Lara el papel de Crispín en la comedia de don Jacinto Benavente *Los intereses creados*.

**La obra, vista por el autor**

¿Cómo ve el escritor su propia obra? Eduardo Marquina dijo, antes del estreno, que había querido humanizar todo lo posible el tema de la Fundadora. Dijo que había tratado también de «encarnar en algunos de sus personajes aquellas fuerzas difusas contra las que Teresa tuvo que luchar en ocasiones: lo que estaba en el ambiente, lo que se oponía, a veces por presiones colectivas, a sus propósitos, cuando no emboscadas que se le tendían misteriosamente, cepos en que se pretendía apresar, inutilizar a la infatigable soñadora, que iba haciendo realidades sus quimeras de iluminada».

Añadió Marquina que en su obra se había atenido a un criterio de fidelidad histórica esencial. Pero este criterio no excluía en él alguna libertad en la composición de los personajes o en la ficción de los hechos.

En su larga producción escénica, *Teresa de Jesús* es la obra predilecta de Eduardo Marquina. En 1944, refiriéndose a la Santa, escribió que «no está dicho que yo mismo no vuelva a pedirle inspiración y consuelo, luz y alegría para vivir y trabajar».

**La crítica**

La crítica elogió el decoro y la belleza de la obra. Partió para enjuiciarla de la dificultad de llevar a la escena la figura de Teresa de Jesús. Pero reconoció el tacto, la discreción y el acierto con que el autor venció el difícil empeño. A Manuel Machado, en el diario *La Libertad*, le pareció una «versión admirable del admirable carácter de Teresa de Cepeda». Enrique Díez-Canedo dedicó a la obra en *El Sol* un largo comentario, uno de los mejores ensayos críticos que al teatro de Marquina se han dedicado. A la dificultad, ya indicada, del teatro histórico, Díez-Canedo añadía el riesgo de hacer hablar en escena a una figura como Teresa, maestra en el decir castellano. Mas Marquina —reconocía el crítico— había sabido trasladar a sus versos «la

llaneza y naturalidad, el gracejo espontáneo que salta a cada línea en los escritos de la Santa de Avila. Se ha dejado influir por su asunto, o, mejor dicho, le ha bastado volverse a la fuente más pura de su poesía, aquella de que brotó su mejor libro lírico, *Elegías,* para encontrar el camino que guíe su áspera ternura de buen poeta catalán a esta otra ternura áspera también, no caldeada por suaves brisas mediterráneas, sino transida por aire frío de meseta, que comunica su alacridad al espíritu incansable de la Fundadora». El crítico ve un ejemplo de esto en la alabanza y retrato de Teresa por San Juan de la Cruz, «que tiene aquel jugo, aquel blando movimiento de las *Elegías,* más aún que el recuerdo, inevitable por la estrofa empleada, del santo cantor de la *noche oscura del alma*».

Entre los aciertos que Díez-Canedo reconoce en la obra está el de que Marquina no haya tratado de hacer una biografía de la Santa y el de que Teresa no sea parte activa en el tenue hilo de acción dramática que une a algunas estampas y que alcanza su cumbre en la estampa quinta. Le parece aceptable al crítico que, según el autor, la fidelidad esencial a la historia no excluya alguna libertad en el trazado de los personajes y en la dramatización de los hechos. «A lo poeta ha enfocado su asunto. A lo buen poeta, a lo excelente poeta, lo ha desarrollado. Tengo para mí que algunas escenas de *Teresa de Jesús,* a la que se nos presenta rapsódicamente desde su primera fundación hasta que emprende el último de sus viajes, presintiendo ya el tránsito, son de las más bellas y ceñidas que ha dado Marquina al teatro. A quien yo quisiera alabar, sobre todo por una cosa: por haber visto a Teresa no como a la histérica de ciertos comentadores modernos, sino como a la mujer de acción, sublime y sencilla a la vez, que no retrocede ante el sacrificio ni encuentra reposo al final de cada etapa...» «Bien está lo que ha hecho Marquina. Mejor todavía lo que ha dejado de hacer.»

Otro crítico prestigioso—*Alejandro Miquis,* seudónimo de don Anselmo González—afirma que el autor «ha perdido una magnífica ocasión de llegar a la renovación total y definitiva del drama histórico, pintando magníficos frescos con toda la amplitud de concepción y de traza de ese género de pintura. Para ello hubiera necesitado Eduardo Marquina, en lugar de atenerse al concepto del teatro en que aún perduran—víctimas de una vieja y exótica preceptiva—la mayoría de las gentes, haber mirado, tanto como a la figura de su protagonista, al ambiente en que se movió, hostil y pernicioso a la obra de la Fundadora».

Sin embargo—resume *Alejandro Miquis*—, es «obra digna de encomio. Lo es por la belleza de la forma y lo es por la sobriedad de la composición de los cuadros. Lo es mucho más cuando el autor entra más en el terreno dramático; los trozos más marcadamente líricos, las arias podríamos decir—que abundan menos en esta obra (y ello es, a mi juicio, un acierto) que en otras del mismo autor—, no tienen la misma fuerza que las escenas verdaderamente dramáticas. Por eso la fuerza mayor de *Teresa de Jesús* está en las estampas cuarta y quinta, principalmente en ésta, y su más intenso dramatismo, que además muestra más grande la figura de la Santa y revela el pensamiento total de la obra».

**Espíritu, dificultad y lección**

Está *Teresa de Jesús* en una línea que, aunque escasa dentro del total teatro de Marquina, fue cultivada por éste apasionadamente: comedias de santidad y de fervor espiritual, de exaltación de los más puros y altos valores del alma, de lección humana y filosófica, a la manera de nuestras comedias de santos o de las obras filosófico-religiosas del teatro clásico.

La obra es, en primer término, la pintura de un carácter y de un temperamento más que la trayectoria de una vida—más que una biografía—, aunque se apoye en esa vida para que, sobre algunos de sus episodios y perfiles salientes, cobre toda su plenitud aquella pintura de un alma. Era empresa dificilísima, ya se comprende, la de llevar a la escena una figura de la complejidad y la grandeza de la Fundadora. Mas Eduardo Marquina lo hace con todo decoro, airosamente; y lo hace, como era su propósito, humanizando todo lo posible aquella grandeza de la Santa. Nada de lo que Teresa dice o hace está en contradicción con su vida, su carácter y su espíritu. Hasta en la parte en que entra la fantasía del autor, para dar mayor fuerza dramática a la acción, la intervención de Teresa rima plenamente con la línea espiritual de ésta. Es la humillación por Dios, el afán de ganar, a costa de lo que sea, un alma.

Caracteriza a la obra un acento de sobriedad, de emoción contenida. El vuelo y el arrebato líricos que otras veces acompañaron a la creación escénica de Marquina aparecen esta vez frenados, encauzados. Palabras y hechos tienen un ritmo sencillo; pero esta sencillez—nota muy de Marquina—se presenta poetizada, transformada en belleza transparente. En el verso, la imagen es limpia y clara y va surgiendo con la fuerza de lo natural. Así, con esa misma espontaneidad, surge también en

la obra—era uno de los riesgos de ésta—la visión sobrenatural de Teresa: su diálogo con el Esposo cuando está en peligro de perderse definitivamente el alma de Beatriz.

La lección del bien y del sacrificio se nos da en buena parte de la creación total de Marquina. Pero en *Teresa de Jesús*—como en *María la viuda,* otra de sus obras mejores, en la misma línea de la anterior—esa lección alcanza su punto máximo. La palabra y la acción de la protagonista van haciendo palpitantes sobre la escena las nobles ideas que son luz del mundo: la bondad, la fe, la paciencia, el amor, el sacrificio. Hasta cuando el rencor asoma en la obra, por boca y hechos de Beatriz de Espina, en lo hondo de ese sentimiento hay un temblor de bien. (Dice esa mujer: «...Hay flores dentro / de mí... ¡Yo sé que las hay!»)

Ofrece la obra esos contrastes, muy del gusto de Marquina: tranquilas escenas conventuales—la poetización de lo sencillo—cerca de pasajes transidos de fuerza idealista. A unos y otros presta su luz la Santa, que era, a la vez, realista y soñadora, mujer de suelos y de cielos, el pie en la tierra y el corazón en Dios. Cuando, tras una escena de ambiente sosegado en el conventito de Sevilla, la acción alcanza su grado más poético, el contraste se ofrece una vez más: Teresa, vieja y enferma, va camino de Alba de Tormes, donde la Muerte espera. Tiene esta estampa final un doliente tinte de resignación. Sobre la Fundadora, en el umbral del tránsito, cae una mansa, melancólica poesía de atardecer.

**Versificación** Toda la obra—salvo las cinco liras que San Juan de la Cruz dice en la estampa cuarta y la lira, del propio místico, con que se cierra ese cuadro—está escrita en versos octosílabos. Es el verso clásico de nuestro teatro del Siglo de Oro. Marquina lo emplea en forma de redondillas, de cuartetas, de quintillas y de romance. La fidelidad en la obra es absoluta al viejo metro castellano.

**Historia y fantasía** ¿En qué proporción entran historia y fantasía en *Teresa de Jesús?* Ya el autor expuso su criterio—que nadie rebate—de que es lícito, dentro de un primordial respeto a lo histórico, un cierto derecho de invención. En esta obra son históricos la mayor parte de los personajes: existieron, con la protagonista, doña Guiomar de Ulloa, María de San José, María Ocampo, Juana de Ahumada, Ana de San Bartolomé... Existieron el padre Jeró-

niño Gracián, el prelado don Alvaro de Mendoza, don Gaspar Daza, don Julián Dávila, Juan de la Cruz, el caballero Salcedo, Juan de Ovalle... La trayectoria que la obra sigue se atiene a los pasos y trabajos reales de la Santa. Son exactas las referencias geográficas e históricas que salpican aquí y allá el curso de la acción. Donde entra la fantasía es en el personaje de doña Beatriz de Espina, en quien el autor pone, desde el punto de vista escénico, lo más teatral de su obra. Pertenece, por tanto, a la inventiva de Marquina la acción vinculada a ese personaje: su rencor, su complejo de envidia, su salvación—finalmente—por la humillación de Teresa, obediente a la voz de Dios.

## *BIBLIOGRAFÍA*

Casi toda la obra de Eduardo Marquina—prosa, poesía lírica y poesía dramática—se halla recogida en sus *Obras Completas*, publicadas por Aguilar. Son ocho tomos (Madrid, 1944-1945). Están recogidos allí los libros de versos, e incluso alguno inédito hasta entonces. Falta, en cambio, como es frecuente en este tipo de recopilaciones, parte de la obra dispersa en diarios de la época.

En cuanto a *Teresa de Jesús*, hay dos ediciones (aparte de la que se incluye en las citadas *Obras Completas)*. Una de 1933, a raíz del estreno («Biblioteca Literaria de Autores Españoles y Extranjeros», vol. XXXV. Madrid, Reus, 1933). Y otra de 1948, de la misma editorial.

* * *

Fuera de España se publicaron algunas ediciones críticas de sus obras teatrales. Concretamente, éstas: *En Flandes se ha puesto el sol* (Nueva York, 1924; introducción de Federico de Onís); *Las flores de Aragón* (Nueva York-Londres, 1928; introducción, notas y vocabulario de Sturgis E. Leavitt); *La morisca* (Filadelfia, 1927; introducción, notas y vocabulario de Ruth Lansing y Milagros de Alda), y *El monje blanco* (Nueva Orleáns, Luisiana, 1951; biografía, notas y vocabulario de Isabel Snyder).

* * *

Sobre Eduardo Marquina y su obra lírica y dramática pueden ser consultados—aparte de las obras generales: Cejador, Valbuena y Prat, Torrente Ballester...—los siguientes estudios:

ROGERIO SÁNCHEZ, José: *El teatro poético: Valle-Inclán, Marquina.* Madrid, 1914.

GONZÁLEZ BLANCO, A.: *Los dramaturgos españoles contemporáneos. Primera serie: Jacinto Benavente, M. Linares Rivas, Joaquín Dicenta, Eduardo Marquina.* Cervantes. Valencia, 1927.

ONÍS, Federico de: *Antología de la poesía española e hispanoamericana.* Madrid, 1934.

BERENGUER CARISOMO, A.: *Algunas impresiones sobre el teatro de Marquina,* en la revista «Nosotros», 176-196. Buenos Aires, 1937.

DÍEZ-JIMÉNEZ CASTELLANOS, Pilar: *Las mujeres en el teatro de Marquina,* en «Universidad», XXV, 209-241. Zaragoza, 1940.

JULIÁ MARTÍNEZ, Eduardo: *Eduardo Marquina, poeta lírico y dramático,* en «Cuadernos de Literatura Contemporánea», números 3-4, 109-150. Madrid, 1942.

DIEGO, Gerardo: *Eduardo Marquina.* Tirada aparte de la «Revista de Indias», 1031-1040. Madrid, 1946.

DUQUE DE MAURA: *Discurso* de contestación al de ingreso en la Academia de don Eduardo Marquina, en «Boletín de la Real Academia Española», XXV, 349-365. Madrid, 1946.

PEMÁN, José María: *Don Eduardo Marquina,* en «Boletín de la Real Academia Española», XXV, 337-347. Madrid, 1946.

MARQUINA, Rafael: *Mi hermano y yo.* Editorial Lex. La Habana, 1951.

# TERESA DE JESÚS

*A LOLA MEMBRIVES, con gratitud y admiración, que conservaré toda la vida.*—E. M.

## PERSONAJES

Teresa de Jesús.
Doña Beatriz de Espina.
Doña Guiomar de Ulloa.
María Refugio.
Madre Priora.
María de San José.
María Ocampo.
María Reparadora.
Doña Juana de Ahumada.
Ana de San Bartolomé.
Luz Castellanos.
María de la Luz.
Mari-Barba.
Antonia del Espíritu Santo.
Doña Aldonza.
Una monja.
Fray Jerónimo Gracián.
Don Gaspar Daza.
Blas, el recuero.
Don Alvaro de Mendoza.
Julián Dávila.
Fray Juan de la Cruz.
Caballero Salcedo.
Juan de Ovalle.
El hijo de Blas.
Golilla.
Un hombre del pueblo.

# ESTAMPA PRIMERA

*Rincón de la sala de estrado en la noble casa de doña Guiomar de Ulloa* [1] *y su madre, doña Aldonza, en Avila. Ventana grande al fondo. En perspectiva, parte de la ciudad y lejanía de la Sierra de Gredos. Luz fría, plateada, de tarde sin sol. En escena, doña Aldonza, sentada. Doña Guiomar, de pie, recibiendo al licenciado Julián Dávila, al maestro don Gaspar Daza y al caballero don Francisco de Salcedo, que vienen a visitarlas. Cuando se levanta el telón, Julián Dávila, que ya saludó a doña Guiomar, estará cerca de doña Aldonza. Doña Guiomar besa la mano del maestro Daza, y el caballero Salcedo, que probablemente ha entrado antes, toma asiento en un sillón cerca de la ventana. Durante las primeras palabras se acomodarán también doña Guiomar, junto a su madre; Julián Dávila, en un rincón y en una silla baja, entre doña Aldonza y la ventana, y el maestro Daza, frente a las damas, en primer término.*

DOÑA ALDONZA *(A Dávila.)*
¿Conocen la adversidad
de la Madre Magdalena [2]
vuesas mercedes?...

DÁVILA [3] *(Sentándose.)*
Va llena
de otros ruidos la ciudad...
Pero, hoy, en la Encarnación [4],
me han relatado el suceso.

[1] En la casa abulense de doña Guiomar de Ulloa, viuda joven y bien acomodada, pasaba temporadas Teresa de Jesús. Aquella dama ayudó fervorosamente a la obra de la Fundadora.

[2] Magdalena de la Cruz fue monja clarisa en el Convento de Santa Isabel de los Angeles, en Córdoba. Milagrera y simuladora, fue detenida y procesada por la Inquisición, que la condenó. Finalmente abjuró de sus errores y supercherías.

[3] El maestro Julián de Avila ayudó mucho a Teresa de Jesús en los pasos iniciales para la reforma de la Orden Calzada. Fue el primer capellán del Convento de San José. Su hermana María fue una de las cuatro primeras religiosas descalzas de este Convento.

[4] Monasterio emplazado al norte de Avila, sobre terreno que fue primitivamente osario de judíos. La primera misa se celebró en él el día del bautismo de Teresa de Cepeda y Ahumada, el 4 de abril de 1515. El Convento tomó desde entonces el nombre de la Encarnación. Sus religiosas fueron siempre carmelitas calzadas. Allí vivió Teresa desde 1536 hasta 1562, en que fundó el primer Convento de la Reforma, el de San José, también en Avila.

DOÑA GUIOMAR *(Indicando a Daza lugar en que sentarse; sentándose ella donde se ha dicho.)*
¿Saben si la Inquisición
dio sentencia en el proceso?

SALCEDO [5] Sí tal; he tenido cartas
de Sevilla, y asegura
quien las nuevas me procura
que habrá castigo.

DAZA [6] Son hartas
las sospechas de impostura.

SALCEDO Ya saben que es condición
de aquella tierra extremosa
poner en ascuas la rosa
pasional del corazón.
Llueve fuego en los conventos
de Sevilla. Hay tal bochorno,
que allí es cada celda un horno
para quemar pensamientos;
dan de sí llamas de luz
o dan humo de pasiones;
por lo visto, en sus visiones,
Magdalena de la Cruz
más humo infundió que llama,
y el Santo Oficio ha querido
matar de una veź el ruido
que estaba haciendo su fama.
La sentencia es de falsía
con aviso de anatema
si, enmendándose, no expía.

DOÑA GUIOMAR ¡Pues, gracias que no la quema!

[5] Don Francisco de Salcedo, al que Teresa llamaba *el caballero santo*, era pariente por afinidad de la Santa. Ayudó mucho a ésta. Al enviudar se ordenó de sacerdote. Falleció en 1580, legando toda su fortuna al Convento de San José, al que asistió varios años como capellán y en el que está enterrado.

[6] El maestro Gaspar Daza fue algún tiempo confesor de Teresa. El trasladó el Santísimo a la iglesia del Monasterio de San José el día en que éste fue inaugurado, e impuso en esa jornada el hábito a las cuatro primeras descalzas. Está sepultado en el citado Convento, primera fundación de la Santa.

SALCEDO

Quemada el sol la tenía;
ya basta, Doña Guiomar.
Y alabemos al Señor
que nos dio tierra mejor
para sufrir y esperar.
*(Con gestos que se van por la ventana, a cuyo lado está.)*
¡Mírenme, ella y mi señora,
su madre, por este vano
de la ventana, a esta hora
de atardecer castellano,
la santa quietud armada
de nuestra Avila!... ¡Sabemos
sus hijos que la tenemos
para siempre amurallada!
Y andamos a voluntad
por ella, sin alboroto
ni afán, con la libertad
del que es dueño en su heredad
porque antes le puso coto.
No intentamos vanas suertes;
nuestra ciudad—fortaleza,
pétrea y dura—es, de una pieza,
molde recio de almas fuertes.
En su frío y sequedad
maduran nuestros denuedos;
nos predican igualdad
las quietas peñas de Gredos;
su tierra nos alecciona,
que es agria, si con esfuerzo
no la obligamos, y el cierzo
nos sacude y apersona,
poniéndonos tan somera
la monda armazón de hueso,
que en cuerpos de barro espeso
labra tallas de madera.
Logrando el punto del ser,
nadie nos hace cambiar;
nuestro sueño es vigilar;
nuestra pasión, merecer;
y cuando el alma beata,
rompiendo el aire de plata,
busca su centro en la altura,

¡morimos con la soltura
de un nudo que se desata!

DOÑA GUIOMAR *(Asintiendo.)*
Todo aquí tiene medida;
no hay por dónde, en nuestra vida,
se cebe el fuego andaluz...
¡Otra fuera, aquí nacida,
Magdalena de la Cruz!

SALCEDO Si una monja castellana
da en santa, lo habrá de ser
con aplomo de mujer
que no reniega de humana.
La veo, a paso de hormiga,
tenaz, pegarse al sendero
de Dios...

DOÑA GUIOMAR *(Sonriente, con intención.)*
¡Ya está el caballero
pensando en su santa amiga!

DAZA *(También con intención, pero sin sonreír.)*
Ya está abonándola... [7]

SALCEDO *(Reserva; sin hipocresía.)*
¿Cómo?

DOÑA GUIOMAR *(Llana, resuelta.)*
Como que por ella habló... *(El Caballero deniega.)*
Cuando dijo de ese «aplomo
de mujer»..., ¿en quién pensó?

SALCEDO *(Evasivo.)*
No sé...

DOÑA ALDONZA Más necia querella
nunca he visto. No haya miedo
Don Francisco de Salcedo.
que está con amigos de ella.

DOÑA GUIOMAR Puede hablarnos sin cuidado;
pero sin mentir, no fuera
que ella en persona le oyera...

[7] *abonar*, 'calificar de bueno, acreditar, ponerse a favor'.

SALCEDO ¿Está cerca?...
DOÑA GUIOMAR Está... a su lado.
SALCEDO Sáqueme de dudas.
DOÑA GUIOMAR Pasa
la Pascua florida en casa;
pidió venia y se la han dado
para acompañarnos. Es
deuda de mi madre y mía.
DAZA Yo la confieso; querría
verla y postrarme a sus pies.
DOÑA GUIOMAR Siendo así, maestro Daza,
venga, que le he de reñir...
—¿Cómo se deja decir
que su merced la amordaza?
DAZA ¿Yo?
DOÑA GUIOMAR Sí. No la deja hablar,
de raptos ni apariciones.
DAZA ¿Está el tiempo hoy para andar
en esas disquisiciones?
¿Quieren otra Magdalena
de la Cruz?
DOÑA GUIOMAR ¿Por qué?
DAZA A mi juicio,
cuando sepa el Santo Oficio
que se arroba y enajena,
reprobará su oración;
y el mejor día, llevada
por la fuerza a una prisión,
va a sufrir muerte y pasión
Doña Teresa de Ahumada.
SALCEDO ¡Calle el nombre!...
DÁVILA Nada tema
tratándose de ella.
DOÑA GUIOMAR Está
bien con Dios. Ella no da
pretexto para anatema.
SALCEDO ¡Qué tiempos duros!
DAZA Muy duros,
Salcedo, amigo; pero es
porque en los pasos oscuros
se han de sentar bien los pies.
La Iglesia está amenazada...
DOÑA GUIOMAR Pues búsquenle defensores

que luchen: con los mejores
candados no logran nada.

DAZA Medio mundo es luterano [8];
¿qué hará España, enardecida,
si la Iglesia abre su mano?

DOÑA GUIOMAR Nada: España está dormida.
Y mientras, como Salcedo,
sus hidalgos de alma honrada
se tengan quietos por miedo,
no dormida, ¡maniatada!
Y mientras sus confesores
la amordacen, con ayuda
de huraños inquisidores,
sobre maniatada, muda.
Y hasta que la voz de alerta
de un espíritu valiente
levante en vilo a su gente,
muda es poca cosa: ¡muerta!
¿Piensan que extremo? Aquí estamos
hablando de una escogida
mujer de Dios... ¡y la vida
parece que nos jugamos!
No hay fervor: el corazón
por no errarla se está duermes [9];
a un ruido de Inquisición,
nos recogemos, inermes;
oliendo en todo herejía,
el alma tras del Señor,
no la arriesgamos sin guía...
Pues, la gentecilla al día,
¿quieren que lo haga mejor?
No; soslayan la tormenta,
capean al temporal,
por recelos de hacer mal
nadie hace más de la cuenta.
Para que en buena opinión

[8] Hacía por este tiempo siete años que se había firmado la Paz de Augsburgo, que puso fin en Alemania a la guerra de Religión. Por aquel tratado se reconocía a los protestantes la libertad de conciencia y la igualdad política con los católicos.

[9] *estar duermes*, expresión familiar, coloquial, no recogida en diccionarios. Equivale a 'estar desentendido, ajeno a la realidad'.

las tengan, ya no se dan
almas de santo que están
a solas, en oración,
hoy quieren públicos ritos
los católicos en masa:
rezan en la calle a gritos,
¡y pecan dentro de casa!
La franqueza en el deber,
la verdad de alma, el rigor
aquel con que era mayor
la virtud que el parecer
se han perdido. Hoy, por defuera [10],
todo es bueno y satisface;
de labios, reza cualquiera;
las obras nadie las hace,
¡y así anda España, entre dos
gemelas hipocresías:
repletas las sacristías,
y las conciencias sin Dios!

DAZA
¿Qué remedio?...

DOÑA GUIOMAR
El de Teresa:
no hay otro, maestro Daza.
En cada alma, una pavesa.
¡No una hoguera en cada plaza!
Déjense de otros intentos.
¡Reformen!... ¡quemen con brasas
de acciones y pensamientos!
y empiecen por los conventos...
¡que ya seguirán las casas!

DAZA
Tiempo hace está en reformar
su amiga Teresa. A mí
pidióme consejo, y di
mi opinión...

DOÑA GUIOMAR
...que era ¡esperar!
¿No tiene el Papa mandado
y el Concilio en Trento [11] igual,

[10] 'Exteriormente, superficialmente'.

[11] El Concilio de Trento, convocado por Paulo III, duró de 1545 a 1563. Estaba, por tanto, en el tiempo en que Eduardo Marquina comienza la acción de su obra, en la etapa final de sus deliberaciones. El Concilio fue la reacción del catolicismo frente a la disidencia que dividía a la cristiandad. Dejó numerosas disposiciones relativas al dogma y a la disciplina.

que, a su hora, cada Prelado
reforme lo que anda mal?
Pues, santo varón, ¿qué espera?
¿Que se acabe de caer
la Iglesia?...

DAZA — Si un hombre fuera,
pase; pero, una mujer...

DOÑA GUIOMAR — Pues una perdió el Edén,
padre; con que es natural,
si por una empezó el mal,
que de otra nos venga el bien.

DAZA — ¿Por qué ha de ser ella?

DOÑA GUIOMAR — Dios,
por lo visto, lo desea;
están de acuerdo, ¡y son dos
para salir con su idea!
Porque su paternidad
no ignora, si la confiesa,
que le habló Dios a Teresa.

SALCEDO — Calle...

DAZA — Puede ser verdad,
pero cállelo, ¿qué gana
dando que hablar a la gente?
Yo me abstengo; soy prudente.

DOÑA GUIOMAR — Yo lo creo; soy cristiana.
En ese mismo lugar
donde hoy su merced se expresa
tan sin fe que hace dudar,
se sienta a hablarnos Teresa
y es necesario creer.
Ya saben que, cuando trata
de Dios, es ella mujer
que pone el pecho, habla en plata [12].
Saca a relucir lo oculto
de arrobos y apariciones;
usa unas comparaciones
que es como verlo de bulto;
su fuego prende en la leña
del alma que lo recibe:
no es una monja que sueña,
es... una santa que vive.

[12] 'Hablar brevemente, directamente, sin rodeos ni veladuras'.

Y a mí me lleva arrastrada.

DOÑA ALDONZA Y a mí. Yo apruebo su intento.

DOÑA GUIOMAR Ya le tenemos comprada
casa en que funde Convento
y estamos en ser las dos
patronas de lo fundado.

DOÑA ALDONZA Y a Roma ya se ha mandado
por el permiso.

DOÑA GUIOMAR ¡Ahora, Dios
decida...! El paso está dado.

SALCEDO ¡No lo dan solas! Prefiero,
ya que ellas hablan, hablar
también. Yo doto un altar
cuando funde...

DOÑA GUIOMAR El caballero
no lo podía excusar...

SALCEDO Mi mujer, Doña Mencía,
con quien la monja trató
de sus conventos un día,
la promesa anticipó;
y ella y la dueña Ospedal,
de cuya vejez cuidamos,
ya están bordando el frontal
para el altar que dotamos.
Teresa lo ha visto, y creo
que les riñó buena pieza;
dice que es «mucho trofeo
para casa de pobreza».
Los conventos de granito
y jaspes tomó en horror;
ella quiere un «portalito
de Belén» para el Señor;
la cabaña en que, del prado
volviendo, el zagal reposa...
En fin: no habla de otra cosa
y a mí me tiene a su lado.
Y a lo que dijo del miedo,
contesto, Doña Guiomar,
que yo, en dándome, no cedo;
Roma les podrá faltar,
¡no les faltará Salcedo!

DÁVILA ¡Tampoco yo!

DAZA ¿Quién?...

DÁVILA *(Resuelto.)*
Julián
Dávila; un mal licenciado,
clérigo pobre, rapado
de cabeza y balandrán [13],
que para vivir no es dueño
de un hilo, que no dispone
de blanca [14]... ¡pero que pone
la persona en el empeño!
DOÑA GUIOMAR ¿También?
DÁVILA Me tiene contado,
como a todos sus amigos
nuestra madre de ese prado
que ha de dar tan buenos trigos;
y aunque ya ve que mi afán
no es remedio en un apuro,
¡me ha nombrado capellán
del monasterio futuro!
DOÑA ALDONZA Mucho le obliga con ese
favor...
DÁVILA No hay cómo lo exprese;
pero... mi hermana será,
cuando hagan monjas allá,
¡la primera que profese!...
DOÑA GUIOMAR Triunfa mi amiga... Creí
que iba a encenderse querella,
¡y ahora resulta que, aquí,
todos estamos por ella!
DAZA Bien dice: todos.
DOÑA GUIOMAR ¿También
su merced?
SALCEDO Pues, si no fuera
porque le parece bien
al confesor, ¿insistiera
la monja en su derrotero?
DAZA Pero... una cosa es ceder
en principio, y otra hacer
presión y obrar de ligero.
Yo le aconsejo que espere;

[13] *balandrán*, 'vestidura talar ancha y con esclavina que suelen usar los eclesiásticos'.

[14] *blanca*, 'moneda de plata'.

peligra el bien, cuando hiere
la ajena opinión.

DOÑA GUIOMAR *(Explicando, a los demás.)*
Total:
él quiere el bien; pero quiere
que a nadie le sepa mal.
Pues, si peca de tibieza
la Orden Calzada [15], si es cierto
que su fe de antes ha muerto,
si se cansó de pobreza,
si acuden como a un salón
a su locutorio a hablar
los hidalgos del lugar,
y si ya en la Encarnación
el torno es más que el altar,
su paternidad, ¿qué haría?
¿Piensa que el mal tiene espera?...

DAZA ¡Quién sabe!... La Orden entera
puede convertirse, un día.

DOÑA GUIOMAR Pues veinte años ha vivido
Teresa en la Encarnación
y nadie se ha convertido...

DAZA Y hasta ahora, ¿qué ha conseguido
forzando la conversión?
Guárdense vuesas mercedes
de ir más allá. La ayudaron
según dicen; procuraron
para el Convento paredes
y han hecho en Roma abogar
por su amiga.

DOÑA GUIOMAR ¡Sí!

DAZA *(Siguiendo su raciocinio.)*
Ya viene

[15] La Regla Carmelitana fue formulada por San Alberto, a comienzos del siglo XIII, y aprobada por el Papa Honorio III. En el siglo XV, Eugenio IV mitigó considerablemente los rigores de la Orden, iniciando así el proceso de suavización que más adelante fue continuado e intensificado. Teresa quiso volver a la dura disciplina y a la austeridad antiguas, que habían ido relajándose gradualmente. Los carmelitas de la Regla Mitigada eran los llamados «Calzados»; los de la Regla reformada, «Descalzos».

de Roma, el Breve [16]; ya tiene
permiso de reformar;
pero Teresa es, ahora,
monja de la Encarnación [17],
el Provincial, su Priora
la gobiernan, profesión
hizo en el Carmen Calzado;
no es libre; y, pues no tenía
sus superiores al lado,
¡debió esperar!...

SALCEDO ¡No podía!
La urgencia es única norma
de salud en caso extremo.

DAZA ¡Pues, por esa urgencia, temo
que no se hará la Reforma!

SALCEDO ¿Sabe novedades?

DAZA Sé
que está en ascuas la ciudad;
surgieron bandos [18]...

SALCEDO La fe
se prueba en la adversidad.

DAZA Como Teresa pretende
reformarlas, sé que airadas
con ella están las Calzadas;
conspiran, nadie se entiende.
Suponen que las injuria
queriéndolas convertir;
sé que dicen, que es decir,
que viven mal; una furia

[16] El Breve del Papa para autorizar la proyectada Reforma teresiana fue gestionado por el Padre Pedro Ibáñez y doña Guiomar de Ulloa. Fue expedido en Roma el 7 de febrero de 1562 por el Pontífice Pío IV.

[17] Teresa, efectivamente, era religiosa todavía en la Encarnación y estaba sujeta, por tanto, a la autoridad de sus superiores.

[18] En el invierno de 1560 había empezado a tomar cuerpo la idea de la Reforma teresiana, que propugnaba una mayor rigidez y una más honda austeridad en las religiosas del Carmelo. Al ser conocido el propósito, Avila se encrespó en murmuraciones y protestas. Surgieron bandos y opiniones en favor y en contra de lo proyectado. «No se podría escribir en breve—contó un día Santa Teresa—la gran persecución que vino sobre nosotras; los dichos, las risas, el decir que era disparate; a mí, que bien me estaba en mi monasterio; a la de mi compañera doña Guiomar, tanta persecución que la traían fatigada.»

del infierno arrolladora
palpita en cada profesa;
sé que hablan, con la Priora,
de encarcelar a Teresa
y sé que los valedores
que tienen—no capellanes
ni clérigos—, los galanes
que van a llevarles flores
al locutorio, hacen corro
y el Convento han rodeado:
Teresa, para un socorro,
¡no tiene nadie a su lado!

SALCEDO ¡Su Provincial! Todavía
me lo ha dicho, hace un momento.

DAZA ¿Qué le dijo?

SALCEDO Que él podía
recibir nuestro Convento.

DAZA No lo recibe. Quería,
por lo visto, reformar;
no le dejan los hermanos
¡y se acaba de lavar,
como Pilatos, las manos!
*(Sensación.)*
—¿Están viendo sus mercedes
tanta urgencia en qué paró?
Tienen capilla, paredes...,
pero el Convento ¡se hundió!

DOÑA GUIOMAR *(Que no se turbó con la noticia.)*
¡Tampoco! Si el Provincial,
que es Carmelita calzado,
no quiere ponerse a mal
con los suyos y ha negado
lo que otorgaba, es cruel
y es triste la negativa;
pero, en fin, no es que nos priva
del Convento. A falta de él,
otro habrá que lo reciba.

DAZA No sé quién.

DOÑA GUIOMAR Uno, que goza
de crédito bien fundado:
Don Alvaro de Mendoza.

DÁVILA *(Santiguándose.)*
¡Su Ilustrísima!

DAZA ¿El Prelado?
DOÑA GUIOMAR Yo le hablé. Y hoy viene aquí
para contestarme...
*(A todos, pero más a Daza.)*
Espero
que me lo convenzan, si
lo ven dudar.
DAZA *(A Salcedo.)*
¡Yo prefiero
marcharme!... Una canonjía
le tengo pedida; soy
clérigo suyo, ¡y no voy
a ponerlo en contra mía!...
¡Ya es demasiado exigir!
DOÑA GUIOMAR Pero... ¡no muestre la hilaza [19]
del mundo, maestro Daza,
que su alma lo va a sentir!
Venga acá... Si la confiesa
y es su amigo y le profesa
respeto, abrevie expedientes,
¡defienda en todo a Teresa!
¡No lo haga a regañadientes!
*(Va a responder Daza. Entra Mari-Barba, criada.)*
MARI-BARBA Don Alvaro de Mendoza,
su Ilustrísima, vá a entrar.
DOÑA GUIOMAR ¡Bien venido! Tráele silla,
Mari-Barba.
*(Sale la criada; a Daza.)*
¡Dios hará
lo que falta!
DÁVILA *(A Salcedo.)*
Estoy temblando...
DOÑA GUIOMAR *(A Aldonza, que salía.)*
¿Su merced, adónde va,
madre?
DOÑA ALDONZA Entre tanto que llega
su Ilustrísima, a cuidar
del vino y de los bizcochos...

[19] *hilaza*, 'hilo que sale grodo, desigual'. Aquí en sentido figurado, equivale a 'defecto, intimidad, fondo imperfecto o impuro'.

DOÑA GUIOMAR Mari-Barba cuidará...
DOÑA ALDONZA Y a conversar con tu amiga;
que hospedarla es por demás,
si, como en el claustro, en casa
la clausura ha de guardar.
DOÑA GUIOMAR Dígale que rece a Dios
y el Prelado cederá.
DAZA Voy a mandárselo...
DOÑA GUIOMAR No;
su merced sale a buscar
conmigo al Obispo; y cuando
convenga la autoridad
de sus consejos, si ve
que el pleito nos pinta mal,
¡se juega sus canonjías
y sirve a Dios de verdad!
DAZA Sus gustos me mandan; vamos...
DOÑA GUIOMAR Ya no hace falta...
*(Aparece el Obispo D. Alvaro de Mendoza[20]. Tras él, pajes y familiares que asoman sin pasar de la puerta.)*
DON ALVARO *(Signo de bendecir.)*
¡La paz
de Dios en la casa!
DOÑA GUIOMAR *(Arrodillándose para besar su anillo.)*
¡Dios
nos libre a todos de mal!
*(Los dos clérigos, también de rodillas, besan la cruz del pectoral. Por fin, Salcedo, inclinándose en genuflexión, el anillo. Ha entrado Mari-Barba con paños, almohada y sillón, que dispone en lugar aparente. Sale.)*
Y mientras le acercan mesa,
siéntese el Prelado y diga
qué me trae para mi amiga
la santa Madre Teresa...
*(Un silencio: el Obispo ocupa su sitio en el sillón. Doña Guiomar insiste:)*

[20] Don Alvaro de Mendoza, Obispo de Avila, favoreció la Reforma proyectada por Teresa. Está sepultado hoy en el Convento de San José, primera fundación de la Santa.

¿Sus bendiciones?...

DON ALVARO *(Mundano, pero resuelto, después de otra pausa.)*
Conviene
que aguarde Teresa. Ha dado
mucho que hablar de ella. Tiene
medio reino alborotado.
Yo tomé a pecho el intento
que lleva vuestra merced,
he puesto pies en pared [21]
por recibir su Convento;
pero... no encuentro manera.
*(Un frío en los que oyen.)*
La encontrara y, todavía,
nada ofrezco. No sería
justo que yo recibiera
lo que el Provincial desvía.
Por dar remedio a unos daños,
traeremos otros mayores;
si pelean los pastores,
¿quién guardará los rebaños?

DOÑA GUIOMAR Un pobre Convento espero
que no ha de hacerles reñir;
¿no lo quiere recibir
su Ilustrísima?

DON ALVARO No quiero
contienda. En la Encarnación
se oponen los pareceres
de aquellas monjas... ¡y son
ciento cuarenta mujeres [22]!
Si deciden apelar
a Roma, hasta sin escritos
apelan; que, con juntar
sus bocas para gritar,
¡llegan a Roma los gritos!
Paciencia.

SALCEDO *(Respeto; pero energía.)*

[21] *poner pies en pared*, 'mantener tenazmente una opinión o decisión; insistir con empeño y tesón'.

[22] Era, efectivamente, muy crecido el número de religiosas calzadas en el Monasterio de la Encarnación. A las novicias y profesas se unían las muchas damas que allí vivían también, pertenecientes a distinguidas familias de Avila.

El Papa ha mandado
reformar.

DON ALVARO *(Contrariedad, sin mirarle.)*
Lo sé.
*(Volviéndose ahora al Caballero: con sequedad.)*
Al Prelado
cumple decir cuándo y cómo;
déjenlo a nuestro cuidado,
y hasta entonces..., pies de plomo.
*(El Caballero Salcedo y Doña Guiomar han ido inclinando la frente. El Obispo, mirando a Daza y Dávila, concluye:)*
Disculpo que estos afanes
cundan en gente seglar...
Pero, que mis capellanes
ayuden...

DAZA He de observar
que yo no ayudé. Sería
menos certera la ciencia
del Prelado, y mi prudencia
¡lo mismo aconsejaría!...

DON ALVARO *(Satisfecho; por Daza, a Doña Guiomar.)*
¡Bien habla!...

DOÑA GUIOMAR *(Ironía.)*
¿Su reverencia?...
¡Merece una canonjía!

DAZA *(Con brusquedad, que no logra dominar.)*
¿Por qué me ofende?

DOÑA GUIOMAR *(Sin oírle.)*
Es prudente
y es juicioso consejero.
Confiesa a la monja, pero
ni hablar con Dios le consiente;
por si el fango del sendero
la enturbia..., ¡ciega la fuente!
Es de aquellos que escondían
los tesoros con sus manos
bajo tierra... ¡y los gusanos
y el moho los consumían!

No siembra por el temor
de que vayan yerbas malas
con el trigo bienhechor,
¡y no sabe que el Señor
nos da para algo las alas!...

DAZA La Iglesia manda...
*(Va a interrumpir la dama.)*

DON ALVARO *(Con ademán y tono de apaciguarles.)*
Un buen celo
ya ven de cuánto es capaz...
Se injurian casi, y el Cielo
quiere entre cristianos paz.
*(A Doña Guiomar, especialmente.)*
—Hija mía; aún vacilaba
cuando entré. Me parecía,
si a recibir me negaba
su Convento, que sería
como el que, en huertos de olor,
para el altar del Señor,
ve un montón de rosas finas,
¡y no las recoge por
no herirse con las espinas!
Ya no dudo. Eran zarzal
las rosas. Estas pasiones
de almas santas, al final,
traen fruto de maldiciones.
¿No les bastan las rencillas
que hay, por la fe, en las ciudades
de Europa? Nuestras Castillas
no han menester novedades.
Por un trastrueque de mantos
y un calzarse de alpargatas,
no harán, de monjas, beatas,
ni de pecadores, santos.
No se arriesguen a entender
en su propia salvación;
ya dice la religión
qué es lo que deben creer;
persistan en ella, que andan
sobre seguro; ya tienen
confesores que les mandan
preceptos que los sostienen,

un valle aquí de amargura
y una esperanza, detrás
de esas nubes, en la altura...

DOÑA GUIOMAR ¿Y... si el alma busca más?

DON ALVARO *(Desconcertado, después de una pausa, mirándola con energía.)*
No quiero contienda. Quiero
que en mi Avila amurallada
campe [23] mi grey [24], sin que nada
turbe la paz del sendero.
*(Se ha puesto de pie.)*
—Sirvan al dogma, hija mía,
que serán buenos cristianos...
*(Da unos pasos, se vuelve a bendecir.)*
¡Dios les dé paz por mis manos!

DOÑA GUIOMAR *(Con pena.)*
¿Y mi Convento?

DON ALVARO *(Bondadoso; pero sin ceder.)*
Otro día.
*(Va a andar. Aparece Teresa, seguida de Doña Aldonza.)*

TERESA *(Con santa exaltación: rápida.)*
¡Y olvídense del que dijo:
«No traigo paz a la tierra [25],
vengo al mundo a poner guerra,
vengo a separar al hijo
del padre, si es menester;
vengo a brindar libertad
a las almas... Vengo a ser
el camino y la verdad»!

DAZA ¡Teresa!

TERESA ¡Olvidan que un día
caminando entre la gente,
Nuestro Señor no tenía
piedra en que apoyar su frente!
Porque tan dura contienda
sus lecciones levantaron

[23] 'Acampe, se instale, se establezca'.
[24] Figuradamente, 'conjunto de personas con un signo común': en este caso, el de la fe cristiana.
[25] Son palabras del Evangelio de San Mateo, cap. X, versículo 34.

que las puertas le cerraron
y quedó solo en la senda.
Puso dique a los poderes
que el mundo se disputaban,
arrojó a los mercaderes
del templo en que traficaban;
defendió al pobre; ofreció
su paraíso a los reos
de la tierra; abominó
de escribas y fariseos;
mereció afrentas... Y cuando
los jueces le perseguían
a su libertad osando,
¡sus discípulos... dormían!
¡Tanto hubo de padecer,
tan poco pudo esperar,
que sudó sangre, al pensar
la sangre que iba a verter!...
Nadie a su lado luchaba;
todos le miraron mal...
¡y era el renuevo y la sal
de un mundo que se agotaba!
Murió en cruz..., fue noche el día...
¡Pero hizo tan buen trabajo,
que hoy vivimos todavía
de la caricia tardía
del renuevo que El nos trajo!...

DAZA Teresa..., ¿por qué habla así?

DOÑA GUIOMAR ¡Porque habla en ella el Señor!

DAZA ¿Sabe quién la escucha?...

TERESA Sí;
mi Prelado.

DON ALVARO *(Conmovido.)*
¡Un pecador
que tiene en sus pobres manos
la defensa del altar
y se negaba a luchar
por miramientos humanos!
*(A Daza.)*
—Maestro, el mayor saber
para este fuego, es pavesa;
desde hoy será menester

que aprendamos a creer
¡con las llamas de Teresa!
*(Transfigurado, humilde, acercándose a la monja.)*
—Reza a Dios por tu Prelado,
que, ausente de Dios, vivía
para otro dueño. Dormía
y a tu voz he despertado.
Procuraré no olvidar
tus palabras; las heridas
tendré a gala; sabré andar
entre zarzas encendidas...
Pero a esa costa vivir,
será duro; me han gastado
los años y harto he luchado,
Teresa; quiero morir
porque de mí desconfío;
¡pide a Dios que haga de suerte
que me dé pronto la muerte
y en ella... la paz que ansío!
—¿Rezarás?

TERESA *(Mirándole; después de una pausa, inefable sonrisa.)*
A condición
que por mí rece el Prelado.

DON ALVARO ¿También te tarda ir al lado
de Dios?

TERESA Fuera sin razón.
Tanto ha sufrido por mí
que nunca le pagaré,
pídale a Dios que me dé
tiempo en que servirle aquí;
pídale que, por atajos,
no alcorce [26] mi senda amarga;
que me dé vida muy larga
y en ella muchos trabajos
y la paz... ¡nunca! No creo
que la ganó mi desvío.

DON ALVARO *(Comprendiendo; edificado.)*

[26] *alcorzar*, 'cubrir de alcorza'; *alcorza* es una pasta azucarada con la que suelen cubrir ciertos dulces. En el texto equivale, figuradamente, a decir: ...no suavice, no endulce mi senda amarga'.

Bien. Cumpla Dios tu deseo...
y a mí no me cumpla el mío.
*(Un silencio. Don Alvaro va a salir y da unos pasos hacia la puerta. Doña Aldonza pregunta:)*

DOÑA ALDONZA ¿Se va el Prelado?

DON ALVARO *(Junto a la puerta, volviéndose.)*
¿Hasta cuándo
quieren que mi voluntad
dormite?—He visto, llegando,
que está en ascuas [27] la ciudad.
¡Aquietarla es menester
y darle cauce al hervor
de las aguas... si he de hacer
trabajo... como el Señor!

DOÑA ALDONZA Pero... siquiera un momento
descanse...

DON ALVARO No es hora.
*(Junto a la puerta, de rodillas, para besarle la mano al salir está Doña Guiomar. Lo hace sencillamente; al salir, Don Alvaro, añade:)*
—Diga
Doña Guiomar a su amiga
que le recibo el Convento.
*(Sale. Emoción indecible. Júbilo. Todos exultan.)*

SALCEDO ¡Por fin podrá reformar
Teresa!

DOÑA GUIOMAR ¡Por fin tenemos
Convento!

DÁVILA ¡Es para llorar
de gozo!...
*(Ruido de exclamaciones.)*

TERESA ¿Quieren callar?
¿Por tan poco hacen extremos?
Lo que importa es no perder
la fuerza en exclamaciones...
He visto altares arder
por exceso de blandones;
y el trabajito de hormiga

[27] *estar en ascuas*, 'estar inquieto, sobresaltado'.

de cuidarlos y cortar
los pabilos, es fatiga
que nadie quiere tomar.
Muchas bendiciones hoy,
muchos gritos porque vamos
a reformar... y aún estoy
sin campana si fundamos.
¿Se acuerdan del mercader
que nos quería vender
por su peso una de plata?...
—Voy a escribirle, y a ver
si nos la deja barata [28].
*(Y sale, ecuánime, sencilla, sin agitación ni exaltación, como si nada hubiese hecho.)*

## ESTAMPA SEGUNDA

*Celda de Teresa de Ahumada en la Encarnación. A la izquierda, puertecita de ingreso. Ventana, al fondo, abierta sobre el huerto y serranía. A la derecha, en la pared, crucifijo con imagen, de regular tamaño. A sus pies, vaso con flores. Cerca, mesa. Sobre ella, tintero, plumas de ave, algún libro. Legajo de papeles manuscritos y atados. Ultimas horas de una mañana. Sentada en una de las dos sillas que habrá en la celda, la novicia María de Ocampo [29]. Sin manto, con delantal burdo, haciendo limpieza de la celda—deteniéndose, a veces, para hablar y siguiendo luego—, Teresa.*

MARÍA OCAMPO — Cuénteme, Doña Teresa...
«Doña Teresa» es dictado
para esas salas de corte
y esos floridos palacios...
Veinte años..., los de su edad,
llevo de monja; y no acabo
de acostumbrarme a este vicio

[28] En una carta a su hermano Lorenzo dijo Teresa: «...Estoy tan baratosa y negociadora, que ya sé de todo, con estas casas de Dios y de la Orden.»

[29] María de Ocampo era sobrina de Teresa. Entró en religión con el nombre de María Bautista, y fue una de las religiosas que más ayudaron y defendieron a la Fundadora.

del tratamiento en los claustros.
Para mi Reforma en ciernes,
sólo habrá hermanas y hermanos:
Dios quiere igualdad: los títulos,
como son humo... ¡aventarlos!

MARÍA OCAMPO ¿Cuándo empieza la Reforma?
Va siendo tiempo.

TERESA He pensado
que empiece cuando Dios quiera,
y El se dará buena mano.

MARÍA OCAMPO ¿Dice que le han ofrecido
Convento?

TERESA No iba a comprarlo
sin blanca, una pobre monja.

MARÍA OCAMPO ¿Y es?...

TERESA No es chico, ni es sobrado [30].
Se trata de un caserón
de labranza. Lo arreglaron
para Convento, industriosos,
y viven allí entre tanto
Doña Juana y su marido,
Juan de Ovalle, mis hermanos.
Del patio sacan la iglesia,
en un balcón que da al patio
pondremos el coro; han hecho
sacristía del establo
—Dios ya sabe de eso, desde
que vino para salvarnos—;
en la sala el refectorio,
cocina y torno a su lado,
y en los desvanes, arriba,
cada tres o cuatro pasos
muros de mampostería
que, bien que estrechos, han dado
trece aposentos iguales
con su ventanita al campo.

30 Era una casa muy pequeña y humilde. Como comprador de ella—había que llevar con sigilo los preparativos de la Fundación, ante las murmuraciones y el encono de parte de la ciudad—figuró Juan de Ovalle, casado con una hermana de Teresa. «La casa—escribió Juan de Avila, el primer capellán del nuevo convento—era reducidísima, con harta pobreza y estrechura..., representaba bien al portalico de Belén.»

MARÍA OCAMPO ¿Trece aposentos?... ¿Seremos
tan pocas monjas? [31]
TERESA ¿Y cuándo
Dios puso en que fueran muchas
el empeño, y no en sus actos?
Ciento cuarenta aquí somos
y anda el altar descuidado.
Va al mar, en un río, el agua
que se pierde en mil regatos...
De muchas mujeres juntas
Dios nos libre... Dan trabajo.
MARÍA OCAMPO ¿Qué nombre tendrá el Convento,
madre Teresa?
TERESA He pensado
que lleve el de San José [32].
Como quiero asegurarlo
de modo que no se caiga,
le doy patrón operario
que trate madera y hierros,
que entienda martillo y clavos;
¡que mida, ensamble [33] y rejunte [34],
si es preciso, los pedazos!...
MARÍA OCAMPO Ya sabe que yo la sigo;
y allí me darán el hábito.
TERESA Pues Julián Dávila, ayer
otra novicia nos trajo;
su hermana. Profesará

[31] Según los Estatutos de la Orden reformada por Teresa, no podrían pasar de trece las monjas del proyectado convento, incluida entre ellas la priora. Al año siguiente de la fundación—que fue el 24 de agosto de 1562—, eran trece las descalzas agrupadas en San José.

[32] Teresa era devotísima de San José, y puso bajo la advocación de éste no sólo el primer convento de religiosas descalzas, sino otras fundaciones posteriores: Medina, Malagón, Toledo, Salamanca, Segovia, Veas... Contribuyó así a extender y fomentar la devoción al Patriarca, en aquel tiempo no tan generalizada como en épocas posteriores.

[33] *ensamblar*, 'unir, juntar'.

[34] *reajuntar*, 'reunir, acumular, unir'. Es palabra no recogida en los diccionarios. Se emplea como voz regional en algunas tierras españolas y americanas. Se encuentra con frecuencia en los textos de los escritores costumbristas. Unamuno quiso dar categoría literaria al vocablo y lo incluyó en algunas de sus páginas: «Todos rejuntábamos sentimientos para el conmovedor paisaje.» Lope la emplea también en una de las cartas recogidas y publicadas por Amezúa: «Rejuntando las cartas que hallare más a propósito...»

con todas si la dejamos,
y se llamará «María
de San José»..., ya está hablado.

MARÍA OCAMPO Yo me llamaré «María
Bautista»...

TERESA Por muchos años.

MARÍA OCAMPO ¿Y vuestra merced?

TERESA Teresa
de Jesús... por unos cuantos.

MARÍA OCAMPO Es nombre muy lindo.

TERESA ¡Lástima,
para mí!... Yo lo malgasto.
*(Una pausa. Teresa vuelve a su trajín.)*

MARÍA OCAMPO ¿Qué le decía en su carta
Doña Guiomar?... ¿Se la han dado?
¿La ha leído?

TERESA Sí... Me dice
del día en que nos vayamos
a San José... Que ya es tiempo
de empezar a prepararnos;
que ella y su madre estarán
en el Convento esperándonos
aquel día, con Salcedo,
que es un caballero santo
de la ciudad, y el maestro
Gaspar Daza, y mis hermanos.
Que estemos nosotras quietas,
que ya vendrán a buscarnos
de parte del caballero;
y que éste toma a su cargo
la empresa.

MARÍA OCAMPO Todo eso... ¿pronto?

TERESA Según como lo veamos;
«pronto», para Dios, son siglos...

MARÍA OCAMPO ¿Teme que voy a contarlo?

TERESA ¿Curiosidad, en esclava
de Dios?

MARÍA OCAMPO ¿No es lícito, cuando
queremos un bien, tratar
de saber y anticiparlo?

TERESA No quiera empujar al tiempo
con palabras, será en vano;

con obras, llénelo, y es
más seguro que empujarlo.

MARÍA OCAMPO Como ya llevo en la espera
trece meses...

TERESA Yo, veinte años.

*(Una pausa. Cambia la Ocampo de camino en sus preguntas para averiguar mejor.)*

MARÍA OCAMPO Y esta mañana, ¿por qué
se puso a ordenar su cuarto?

TERESA Su merced, ¿puede vivir
un día sin ordenarlo?

MARÍA OCAMPO ¿Por qué buscó sus papeles
y de ellos hizo un legajo,
y al ir al coro, según
las encontraba en los claustros,
una por una, a las monjas
pidió perdón?... *(Teresa calla.)*
¿El Prelado
nos dio permiso? ¿Ya es hora?...

TERESA Para el corazón cristiano
lo es siempre; la eternidad
no pasa: siempre está dando.

MARÍA OCAMPO *(Después de una pausa.)*
¿Por qué lava esos cristales?

TERESA Si hoy muriera, he de pasarlos
a la que me heredé limpios...

MARÍA OCAMPO ¿Qué prisa de hacer le ha entrado?
Y... a ese Cristo de esa Cruz,
¿por qué lo mira al soslayo,
como que lo ha de dejar
y no quisiera dejarlo?
*(En efecto, está Teresa inmóvil, como sin poder despegar los ojos del Cristo.)*
¡Conteste!

TERESA *(Corriendo a besar los pies del Salvador.)*
¡No, Jesús mío!
¡No te dejo!

MARÍA OCAMPO Luego, ¿vamos
a salir? ¿Es hoy el día?

TERESA ¿Lo desea?

MARÍA OCAMPO ¡No me canso
de pedirlo!

TERESA Ella no deja
media vida en estos claustros...
*(Recogida en sí, como que reviviera lo que dice.)*
¡Tenía la Encarnación,
cuando a su puerta llamamos
mi padre y yo, tanto hechizo
para mis ojos sin años!...
Me veo como era entonces;
no sé si pierdo o si gano...
Niña, enferma, tan delgada [35]
que el aire por esos campos,
para cimbrearme, apenas
tenía que hacer trabajo...
Miraba a todo, y de nada
se me aprovechaba el ánimo.
Parecía mariposa
que hace los vuelos cortados;
no va; de cuantos colores
pintan al sol, el reclamo
la lleva a tontas y a locas,
sin que ella sepa a qué santo;
ella misma es... un poquito
de color que ha salpicado.
Di a todas malos ejemplos
en la Encarnación, pecando;
me los dieron buenos muchas;
de alguna los tomé santos.
Sufrí; dudé; resistí;
me serené, remansando
como el agua, entre los muros
de esta celda... aquí me hablaron
los labios de Dios, hermana...

[35] Era muy quebradiza la salud de Teresa cuando entró en el Monasterio de la Encarnación. Desvanecimientos frecuentes, dolencia cardíaca, parálisis, debilidad extrema obligaron al padre de Teresa a sacar a ésta del convento durante una temporada. A lo largo de su permanencia en el Monasterio, Teresa tuvo visiones y deliquios. Conoció allí a figuras eminentes. Fue visitada en la Encarnación por San Juan de la Cruz—al que ella hizo confesor de las monjas cuando fue priora—, San Pedro de Alcántara, San Luis Beltrán, San Francisco de Borja...

¿Quién nació que olvide tanto?
Maduré en la Encarnación...
¡Me cuesta caer del árbol!

MARÍA OCAMPO *(Compadecida.)*
Si le duele..., ¿por qué busca
nuevos caminos?... ¡Sigamos!
Dejémosla si es su gusto.
Si no, ¿por qué la dejamos?

TERESA Porque es el gusto de Dios...

MARÍA OCAMPO Pero...

TERESA Porque ya me canso
de serle a la Iglesia inútil.
Recé mucho... ¡He de hacer algo!
Oración de obras importa
que recemos los cristianos;
para juntarlas viviendo,
como se suele, debajo
del techo del ataúd,
¡Dios no nos diera estas manos!
*(Calla de pronto. Mira a la puerta de la celda.)*

MARÍA OCAMPO ¡Siga, madre!

TERESA He de callar.
Se acerca gente; oigo pasos;
no se queden, a la escucha,
por las rendijas mirando.
—Salga y mándeme a quien vea;
si no, vaya a sus trabajos.
*(Como María de Ocampo se dispone sumisa a salir, sin preguntar más, la Madre concluye:)*
Y vuelva a mi celda, para
salir de aquí juntas, cuando
de parte del caballero
llame a las puertas del claustro
la hermana de Julián Dávila,
que ha de venir a buscarnos.
*(Indecible expresión de alegría y triunfo en el rostro de la novicia; la impasible actitud de Teresa le impone silencio y sale. Vuelve a cerrarse la puerta. Teresa va hacia el crucifijo: cambia el agua en el vaso de flores que tiene a*

*sus pies. Toma una rosa del búcaro y la deja, caída sobre el legajo de papeles. Oración muda, brevísima. Natural, se acerca a la puerta. La abre. Deja sitio. Y dice, sin mirar:)*

—Pase, madre.

*(Entra la Madre Priora: mujer mediocre, con cierto sentido de su dignidad y un tono autoritario, no exento de hipocresía melosa; más monja rutinaria que mujer de Dios.)*

MADRE PRIORA — No llamé,
¿cómo supo que venía?

TERESA — Dios me lo dijo.

MADRE PRIORA — Señal
que quiere que me reciba.

*(Va a sentarse la Madre en la silla que acercó a Teresa, y ésta vuelve a la puerta, diciendo:)*

TERESA — ...Y a la Prefecta del Coro,
Doña Beatriz de Espina,
y a Doña Luz Castellanos,
que viene en su compañía...
*(Saca la cabeza fuera, llamándolas.)*
No se me queden, al golpe
de la intemperie, tullidas
en el corredor. Hay viento
de la sierra; Avila es fría.

*(Han entrado las dos monjas aludidas: Doña Beatriz, como de treinta años; más joven, casi niña, Doña Luz. Permanece Doña Beatriz junto a la Priora, y anda curioseándolo todo Doña Luz.)*

Madre Priora, ¿a qué debo
las honras de su visita?

MADRE PRIORA — *(Fingiendo.)*
¿Cómo le van los negocios
de la Reforma?... Estas hijas
me dicen que el Provincial
Calzado está en prohibirla...

DOÑA BEATRIZ — *(Con expresión de compasiva simpatía.)*
No le recibe el Convento
que ha de fundar.

MADRE PRIORA *(A Teresa.)*
Valor, hija.
Lo hemos sentido.
TERESA ¿Por qué?
No falta quien lo reciba.
DOÑA BEATRIZ ¿Saben que empieza a decirse
por Avila que nos quitan
a Don Alvaro, el Obispo,
para llevarlo a la silla
de Toledo?
MADRE PRIORA Hay familiares
de una monja que lo intrigan
cerca de Su Majestad.
DOÑA BEATRIZ Gente noble, muy creída
de todos...
TERESA Sus familiares,
Doña Beatriz de Espina,
ya me lo han dicho, y me pesa
—huélguense[36]—de la noticia;
pero no es contrariedad
de tomo[37]. Todo sería
darnos priesa y consagrar
el Convento y su capilla
un día de éstos.
DOÑA BEATRIZ *(Con intención.)*
Yo espero
que su merced lo consiga.
MADRE PRIORA Pero... el caso es que, desde hoy,
no creo que le permitan
sus muchas ocupaciones
vacar[38] en las naderías
de esa Reforma. He venido,
como estoy vieja y tullida,
a suplicarle—a exigir
si es necesario, hija mía—
que el báculo de Priora
desde mañana reciba;
yo, a cuidar mis alifafes
entraré en la enfermería...
*(A Beatriz y Luz.)*

[36] *huélguense*, 'alégrense'.
[37] *tomo*, 'importancia, consideración'.
[38] *vacar*, 'descansar, hacer alto en el camino habitual'.

—Y aprovéchense y den gracias;
que ganan con la interina.

TERESA *(Impasible.)*
Desde mañana, si es Dios
servido, será servida
la Madre; salvo que lejos
de casa me encuentre el día.

MADRE PRIORA ¿Por qué lo dice?...

TERESA *(Mirando a Beatriz y Luz, que durante unos instantes han estado cuchicheando y cambiando miradas de inteligencia.)*
Lo digo...
porque también sé que intrigan
con el Santo Oficio algunos,
instando a que me persiga.
Si de hoy a mañana, un juez
se engaña y me cree digna
de sufrir cárcel por Dios,
se quedan sin interina.

MADRE PRIORA La Inquisición va con pies
de plomo...

TERESA Así pesa.

MADRE PRIORA Digan
lo que digan, y aunque es cierto
que hoy todo sabe a herejía,
yo, que la conozco y sé
que a todas nos edifica,
no puedo creer que jueces,
hombres de Dios, la persigan.

LUZ *(No exenta de ingenuidad, repitiendo lo que ha oído.)*
Falta cuerpo de delito
para acusarla...

TERESA ¿Sabía
Doña Luz que «falta cuerpo
de delito...»?

LUZ *(Apurada.)*
Eso decían...

TERESA *(Rápida.)*
¿Quién?

DOÑA BEATRIZ *(Ayudando a la novicia.)*
Dos hidalgos, ayer,
en el locutorio.

TERESA ¿Silban
también en el locutorio
las sierpes?
DOÑA BEATRIZ Ellos no hacían
sino alabarla de cauta.
Su merced es precavida,
madre Teresa. En sus pasos,
y en el orden de sus días,
y en su exterior, toma el aire
del natural de la vida.
*(Explicando, en general, y dirigiéndose particularmente a la Prelada cuando pone intención.)*
Pero en sus escritos, cuando
se pone a escribir, publica
deliquios tan de alma adentro
y unas cosas tan subidas
de Dios y de sus misterios,
que es allí donde peligra
de dar el traspiés, y está
ras con ras de la herejía...
Sobre todo, cuentan de uno
que es el Libro de su vida[39]...
TERESA ¿Qué cuentan?
DOÑA BEATRIZ Al parecer,
se da en él tan por amiga
de Dios, que Dios se le entrega,
la abraza, y ella lo explica
con palabras tan de miel
y un fuego tal de caricias,
que el amor...
TERESA Si me aborrece,
Doña Beatriz de Espina,
¡traspase con un cuchillo
mi carne y llévese tiras
de mi piel entre las uñas;

[39] El *Libro de mi vida* (al que ella, que no ponía título a sus obras, llamaba *Libro de las misericordias de Dios)* fue el primero que Teresa compuso, empezándolo a finales de 1561 o primeros de 1562. Es su obra más extensa, y la hizo por mandato de uno de sus confesores, el padre dominico Pedro Ibáñez. El libro fue llevado a la Inquisición por intrigas de la princesa de Eboli, pero aquel tribunal aprobó entusiásticamente la obra escrita por Teresa.

pero... déjeme tranquilas
y no se ponga en los labios
esas pobres letras mías!

DOÑA BEATRIZ Buscando sólo su bien
hablé de su Libro.
*(A la Priora.)*
—Opinan
que de caer en las manos
del Santo Oficio, sería
cuerpo de delito: él basta
para perderla... *(A Doña Luz.)*
Dirían
por eso, los dos hidalgos,
que fue cauta, precavida,
nuestra madre...
*(Una mirada de inteligencia que apenas ha de advertirse. Vuelve Doña Luz a curiosear por el cuarto y se queda junto a la mesa.)*
Hay varias copias
del libro; gentes distintas
lo han hojeado; no obstante,
sus copias tan a escondidas
van por el mundo, que nadie
sabe cómo: las hechiza.

MADRE PRIORA *(Rompiendo un silencio que ha quedado.)*
¿Tiene alguna en su poder?

TERESA *(Leal: ahora Doña Luz curiosea en la propia mesa de la Fundadora.)*
Una.

DOÑA BEATRIZ *(Rápida.)*
Hace bien... Debería
leerla la madre. *(Por la Priora.)*

TERESA Puedo
leérsela cuando diga;
me da que ganar mandándome
que lo haga.

MADRE PRIORA Preferiría
yo, a mis solas...

DOÑA BEATRIZ *(Oficiosa.)*
Por ejemplo,

cuando esté ociosa, estos días...
*(A Teresa.)*
Le dará con qué matar
el tiempo en la enfermería...
*(Teresa calla.)*

MADRE PRIORA ¿Tiene la copia?

TERESA *(Mostrando sus manos libres.)*
Aquí no.

MADRE PRIORA Búsquela...

TERESA *(Sin moverse, como entendiendo que es para luego.)*
No se me olvida.

MADRE PRIORA *(Asediándola más de cerca.)*
Pronto. Me han puesto curiosa
con lo que han dicho estas hijas.
Dios me lo perdonará...

TERESA Sí, señora; aun si es maligna
su curiosidad..., no tema.
Como van tan mal escritas,
la castigarán mis letras.

LUZ *(Fingiendo naturalidad.)*
¿Qué hace esta rosa caída
sobre estos papeles?... Borra
de las palabras la tinta...

TERESA *(Mirando, rápida: tranquila, inmóvil.)*
Cuando he remudado el agua
de todas en la vasija,
la quité; mustia, era impropia
de Dios; recé, quedó encima
del escritorio, olvidada...

MADRE PRIORA Salve los papeles, hija;
no fueran... *(Luz va a tomar el legajo.)*

TERESA *(Pronta.)*
¡Deje!...

MADRE PRIORA *(Inmovilizándola con voz de mando, instantánea.)*
¡Aquí!
*(Se detiene Teresa. La Priora sonríe, le tiende las manos, haciendo esfuerzos por levantarse.)*
—¡Ayúdeme,
Teresa! Vino tullida

la Madre Priora: empiecen
sus oficios de interina.
*(Cuando, a pretexto de apoyarse en ellas para levantarse, tiene cogida a Teresa por las manos, por encima del hombro de la monja, pregunta, ya de pie, a la novicia:)*
—¿Qué dicen esos papeles?

LUZ *(Ingenua: leyendo.)*
Dicen: «Libro de mi vida».

MADRE PRIORA ¡Tráigalos!

TERESA *(Involuntaria.)*
¡No!...
*(Doña Luz entrega a la Priora, que lo toma con avidez, el fajo de papel escrito. Teresa, con voz de ruego, suplica:)*
Madre...

MADRE PRIORA *(Otra mujer, imperiosa, triunfal.)*
¡Sí!
Madre... ¡y Prelada! Benigna,
parcial de ella, al lado suyo,
consolándola en sus cuitas
si agradecida al Convento
no lo abandona. Si olvida
la Reforma esa de infierno,
con que a todas nos denigra:
¡madre y criada, a su lado!
Pero, si cambia de vida,
si quiere ser más que todas,
si desobedece altiva,
¡con su libro entre mis manos
su acusadora en justicia!

TERESA No es libro, ese libro... ¡es mi alma!

MADRE PRIORA ¡Se la guardo! A eso venía:
¡por mi cargo, tengo el cargo
de las almas de mis hijas!
*(Al salir, amenazante.)*
Ahora ya sabe: esta prenda
responde de ella... ¡Decida!
*(Y sale la Priora, ante quien, despidiéndola, se inclina humildemente Teresa. Al levantarse queda interceptan-*

*do la puerta, y Doña Luz, que iba a escurrirse, cohibida, dice:)*

LUZ
Perdone que, sin querer,
con la ocasión imprevista
de hablar de esa malhadada
rosa que los escondía,
sus papeles haya puesto
donde ella y ellos peligran.
Pero es su culpa. Ha debido
prevenirme. Yo no habría
dicho nada; ahora lo siento.
Mándeme otra vez; no viva
tan para sí...

TERESA
*(Ladeándose para dejarla pasar.)*
Vaya en paz...
No lo sienta, hermana mía.
*(Y cuando ha pasado la novicia, sigue reteniéndola.)*
Ya ha habido, en otra ocasión
—también, como hoy, imprevista—,
quien sin querer, con un beso,
más tierna acción no cabía,
puso a Jesús en las manos
de los que le perseguían.
*(Cordial, tomando las manos de la monjita:)*
Venga ahora acá: déme un poco
del cielo de sus pupilas...
¿Por qué no me ha de querer,
si yo se lo estimaría?...
Cuando la hace Dios tan buena
como es, ¿por qué no se quita
de encima del corazón
tantas cortezas postizas?
Es joven; vuelva su cara
de rosa al sol que la anima...
Dios, para besos de Judas,
no hace estas bocas de niña...

LUZ
*(Con voz de lágrimas.)*
Perdón...

TERESA
*(Abrazándola, maternal.)*
¡Qué dice!...

LUZ *(Desconsolada, llorando.)*
¡Perdón!
¡Quise perderla!
TERESA *(Secándole las lágrimas con el velo, haciéndola callar, dándole golpecitos en la espalda y en el rostro, como a una hijita:)*
—Ande... siga...
*(La hace salir y, rápida, se vuelve para encararse con Doña Beatriz.)*
—Le pedirá cuenta el Cielo,
Doña Beatriz de Espina,
del daño que hizo a esta oveja.
*(Por Doña Luz, que ya desapareció.)*
Pero, cuanto a las heridas
que abre en mí con sus maldades,
Dios se las pague; una lima
no hace por el hierro más
cuando lo muerde y afila,
no hace más tirando el arco
por la saeta que avía...
Yo iba para poco; soy
mujer ruin, cristiana indigna;
pero ella [40], con sus martirios,
tanto me empuja y aviva,
que, desde que la conozco,
no estoy sin ganancia un día.
Nos hemos de separar
y siento esta despedida.
¡Desmereceré, faltándome
los golpes con que me aguija!
DOÑA BEATRIZ ¿Nos hemos de separar?
TERESA *(Impasible.)*
A menos que ella me siga.
DOÑA BEATRIZ ¿Le dieron permiso?...
*(Exaltándose, con ira y despecho.)*

[40] *ella*, 'pronombre personal de tercera persona', empleado aquí, como en otros pasajes de la obra, en segunda persona. A veces, este pronombre de tercera persona—utilizado en segunda—cobra un cierto sentido despectivo. Es frecuente su uso en obras de los siglos XVI y XVII. Por ejemplo, en *La Lozana Andaluza*, de Francisco Delicado, se lee: «Más niña es vuestra merced que sus ñetecicas, dexe estar lo que no es para ella.»

¡Al fin
saldrá con lo que quería!

TERESA Con lo que manda Dios
aunque nadie lo permita.
*(Y hace ademán de dirigirse a la puerta.)*

DOÑA BEATRIZ *(Rápida, incapaz de resignarse a dejarla partir: gradualmente, ciega de envidia y celos)*
¿Dónde va?... *(Como quejándose.)*
¿No sabré de ella?

TERESA Sí sabrá: lo que otros digan.
Y alégrese, que han de hacerme
poco favor las noticias.
La Teresa que le pinten
será ruin; quede tranquila.
Por mucho mal que me quiera,
no llegará al que le digan.

DOÑA BEATRIZ *(Tratando de retenerla; suaviza la voz.)*
No me deje y me convierto...

TERESA ¿Qué dice?...

DOÑA BEATRIZ *(Suplica; y el desvarío que antes se dijo.)*
¡Quédese!... ¡Habría
de encontrar en mí una sierva
si se quedara!... Ella misma
no ignora a lo que se expone,
corriendo, toda la vida,
tras de la gloria del mundo...
Tendrá nombre...—¡Eso quería!—.
¡Se hablará de ella!... ¡Lo sé!
No habrá fama tan subida
como su fama... Sabrá
convencer, arrastrar... Hija
de sus obras, en el reino,
los Grandes han de seguirla,
y el Rey le abrirá sus puertas!...

TERESA *(Natural, inefable.)*
¡Qué aduladora es la envidia!...
En poco me hace «Duquesa
de Dios». *(Sonríe.)*
No..., pobre monjita:
maestra de corazones

tal vez sí; para que sirvan
a Dios, sirviéndose entre ellos;
pero... en lo demás, ¡indigna
de calzarle sus calzados,
Doña Beatriz de Espina!
*(Saluda y mira a la puerta.)*
—Quede con Dios.

DOÑA BEATRIZ *(Fuera de sí, tomándola del brazo.)*
¿Dónde va?
*(Junto a la puerta, la voz dulce de María de Ocampo.)*

MARÍA OCAMPO ¿Se puede, madre?
*(Al oír que llega gente, Beatriz suelta a Teresa; ésta dice:)*

TERESA Entren, hijas.
*(Aparecen en traje de calle María de Ocampo y la hermanita de Julián Dávila, casi una campesina. Teresa continúa:)*
—Va a conocer, la primera
de casa, a mis dos novicias:
*(Presentándolas.)*
María Bautista, hasta hoy
Ocampo, y ésta, María
de San José; y una y otra,
Dios mediante, ¡Carmelitas
descalzas desde mañana!

DOÑA BEATRIZ *(Amenaza.)*
¡Si yo he muerto!...

TERESA *(Inefable serenidad.)*
¡Aunque ella viva!
¡Dios sobre todos, señora!
*(Y Teresa y las dos novicias salen. El mundo se desploma sobre la hermana Beatriz, que se considera anonadada y vencida por Teresa. Casi con odio, vuelta al crucifijo, dice:)*

DOÑA BEATRIZ ¿Tú has dicho «igualdad»?... ¡Mentira!
Lo tiene todo, y yo, nada;
yo no veo; ella, adivina;
¡come de tu pan!; yo como

las migajas que me tiran...
*(Va furiosa a la ventana. Observa. De pronto, un sobresalto, un grito mordido.)*
¡Teresa!... Pasan el huerto...
Van como las tres Marías...
En su frente, el resplandor
del Cristo que resucita...
*(Desesperación. Crisis. Casi histérica, rueda a los pies del crucifijo.)*
¡Yo aquí, muriéndome, sola!...
*(Un nuevo apóstrofe al Cristo.)*
¿Qué justicia es tu justicia
que me lleva a Satanás
y no he muerto todavía?
*(Espanto, compunción delirante, humillándose.)*
¡Por mi culpa!... ¡Por mi culpa!...
*(Irguiéndose, los puños cerrados, desde la ventana.)*
¡Maldita seas!... ¡Maldita!
*(Se desploma como un cuerpo muerto.)*

# ESTAMPA TERCERA

*Zaguán del recién fundado convento de San José. Al fondo, reja del locutorio, practicable. Pasando tras de la reja, por la parte de dentro, una cortina blanca, muy bien corrida. En primer término, derecha, puertecita que da a la iglesia, y por ella, al huerto. En segundo término, puerta que conduce al refectorio, y de allí, a la clausura. Puerta que da a la calle en el otro lado. En escena, Juana de Ahumada* [41]*, en solemne atavío de fiesta. Aire señoril, de nobleza provinciana pegada a la tierra. Juana estará sentada en el único sillón de baqueta que habrá en el zaguán. Junto a la reja del locutorio, una sillita de anea. Teresa, de pie, hablando con su hermana, pero llevando en brazos y zarandeándole suavemente a Gonzalillo, un chiquillo de meses, hijo de su hermana. La luz clara de tarde.*

DOÑA JUANA ¿Cómo has podido salir
con tanto estorbo adelante?
TERESA Dios me ayudaba. *(Abraza al niño.)*
DOÑA JUANA ¿Se duerme?
¿Cierra los ojos?
TERESA *(Mirándolo y sonriendo; repica a fiesta la campanilla fina del Convento.)*
Los abre...
Con estas algarabías
¿quieres que se duerma un ángel?
DOÑA JUANA No tendrá sueño.
TERESA *(Solícita, fijándose.)* ¿Será
que el paño burdo le raspe
la carita y no se acabe
de aclocar [42]?...
DOÑA JUANA *(Dispuesta a tomarle el niño.)*
Puede ser... Dame.
TERESA *(Sin querer soltarlo.)*
No. Pon tu lenzuelo [43] aquí,
donde está tibio, al socaire
de la cabecita, el hábito...
*(Juana lo hace.)*

[41] Doña Juana de Ahumada era la hermana menor de Teresa. Casó con Juan de Ovalle.

[42] *aclocar*, 'arrellanarse, ensancharse y extenderse en el asiento con toda comodidad'.

[43] *lenzuelo*, 'pañuelo'.

Ya se agrada... *(Sonríe al niño.)*
Así es más fácil
que tome el sueño...
*(Su hermana ha vuelto a acomodarse en el sillón. Teresa, andando y rezando, se le acerca.)*
¿Decías,
Juana?

DOÑA JUANA
Digo que sacaste
por fin, sola y poco menos
que a puños, tu obra adelante.
¡No pueden contigo todos,
ni cien más que se juntasen!
¡Valiente hermana hube en suerte!
*(Intimidad; muchos años se deshacen entre las dos.)*
Si hoy viviera nuestro padre[44],
lagrimones como almendras
se le caerían mirándote...

TERESA
*(Conteniéndose voluntariamente. Sincera.)*
Cuesta poco hacer conventos
en Castilla... El toque es darles
para que duren, espíritu,
y para que vivan, carne.

DOÑA JUANA
¿También... carne?

TERESA
*(Inefable.)* Hasta los lirios
quieren tierra donde arraiguen.
*(Acercándose.)*
A lo que en el mundo fundas,
si no lo aseguras dándole
peso de hombres y mujeres,
pronto se lo lleva el aire,
y hacer de gleba[45] ladrillos
y de ladrillos alcázares

[44] Don Alonso Sánchez de Cepeda, el padre de la Fundadora, murió en 1543, aproximadamente a los cincuenta y ocho años de edad. Le asistieron en sus últimos momentos Teresa—que salió expresamente del convento para ello—y el confesor, padre Vicente Barrón.

[45] *gleba*, 'el terrón que se levanta con el arado'.

lo entienden todos... *(Por el niño.)*
Hacer
hombres, de esto casi nadie...
*(Intima, recogida, hablando al chiquitín como las madres les hablan.)*
—¿Verdad, señor Don Gonzalo,
que da miedo? No se espante...
¡Déme Dios mimbres, y haremos
buenos cestos, que le basten
para regir bien los pasos
de que suelte esos pañales!
No será el mozo de España
—plegue a Dios—huero y brillante;
no será el agrio varón
recuelo de vanidades,
que porque él no ha sido nada
no quiere que otros avancen;
será... el hombre que hizo Dios,
que firme en sus gravedades
se pregunta: «¿adónde voy?»,
y se contesta: «a tal parte»;
no anda en obras si no puede,
no habla cosa si no sabe;
ayuda al prójimo y mueve
los prójimos a ayudarle...
*(Como se distrajo del niño para hablar, vuelve ahora a él.)*
¿Verdad, señor Don Gonzalo?...
*(Gestecillo de humor.)*

DOÑA JUANA *(Levantándose a ver.)*
¿Se ha dormido?

TERESA El dijo: «¡Tate,
que no ha menester liciones
un hombre!» Sermonearle
pudo más que el zarandeo
de rigor...
*(Con mucho tiento pone al niño dormido en brazos de su hermana.)*
Ya es personaje
de los de tomo en el mundo:
se duerme con las verdades.

*(Aparece por la puerta de segundo término Juan de Ovalle.)*

JUAN DE OVALLE Dios guarde a vuestras mercedes[46]...
*(Obsequioso, dirigiéndose particularmente a la monja, que le contesta grave:)*
Y a mí Teresa me saque
de medianía...

TERESA Sí haré;
déme ocasión, Juan de Ovalle.

JUAN DE OVALLE Mejor no la pintan.

TERESA Eso
quise decir.

JUAN DE OVALLE Una parte
de la gloria de Teresa
yo creo que ha de llegarme
si Dios quiere... ¡Ahora podremos
vivir bien los de su sangre!
¡Todos se hacen lenguas de ella!

TERESA *(Resignada.)*
¡Sea por Dios!

JUAN DE OVALLE No se enfade,
y allégueme[47] lo que pueda...

DOÑA JUANA Pero hoy, ¿a qué viene?... Cállate.
No la importunes.

JUAN DE OVALLE ¿Yo? Nunca.

DOÑA JUANA Pues no te quejes.

JUAN DE OVALLE ¿Quejarme
yo, que, a Dios gracias, me basto
para mí? No pido a nadie.
Pero... si van a correr
las aguas por otros cauces...
*(Obsequioso, con disgusto de Teresa.)*
Yo, en su lugar, lo primero
que había de procurarme
desde hoy sería el castigo
de enemigos y rivales...
¡No acabarían en paz
su vida!

[46] Juan de Ovalle casó en 1553 con Juana de Ahumada, hermana de Teresa.

[47] *allegar*, 'acercar'.

TERESA *(Evasiva.)*
Ya pienso, Ovalle.
JUAN DE OVALLE ¡Como que muera a sus manos
de no destruirlos antes!
TERESA *(Intención.)*
También lo pienso; que puede
que me den palma de mártir;
y en ese caso, no sé
si era mejor no acosarles.
JUAN DE OVALLE ¡De mí no se reirían!
TERESA *(Sonrisa fina.)*
Teman a Dios: ya es bastante.
JUAN DE OVALLE Yo a la justicia me atengo:
quien tal hizo, que tal pague.
TERESA *(Señalando al Cielo.)*
Si allá pensaran lo mismo,
¿quién del mundo iba a salvarse?
JUAN DE OVALLE Pero la venganza es buena...
TERESA ¿Y el perdón?..., ¿para qué trance
lo deja?
JUAN DE OVALLE Yo no perdono.
TERESA *(Apenas dicho para sí.)*
¡Y así le va, Juan de Ovalle!
*(Un tiempo.)*
—¿Le han regalado[48] allá dentro?
JUAN DE OVALLE Y aún quedaban regalándose
Doña Guiomar, Don Francisco
Salcedo y los Capellanes
Gaspar Daza y Julián Dávila...
TERESA *(Sonríe, al recuerdo.)*
Dos santos: Dios me los guarde.
*(Con mayor unción, mirando al Cielo.)*
¡Y a Don Alvaro, mi Obispo,
que llevó a puerto la nave!
JUAN DE OVALLE *(Aprovechando.)*
A ese Obispo que es tan suyo,
póngalo de nuestra parte
si puede...
TERESA Sí haré...
JUAN DE OVALLE Con nada

[48] *regalar*, 'obsequiar, agasajar, complacerse'.

que haga por nosotros, hace
mucho... *(Teresa calla.)*
Por ejemplo, dígale,
para ver de interesarle,
que es de nuestro Gonzalillo
madrina..., que lo haga paje.
*(Teresa calla.)*
¿Se acordará?

TERESA *(Como si se le ocurriera de pronto.)*
¿No acababan
los de la fiesta? Ya es tarde.

JUAN DE OVALLE Quedaban dando las gracias. *(Sonríe.)*
Yo he salido... *(Sonríe más.)*
¿A que no sabe
por qué he salido? *(A su mujer.)*
Ni tú.
Pues verán, quiero contarles.
En la posada en que estamos
ya llevan rato esperándome
cuatro amigos. La posada
tiene puerta a un patio grande,
y al patio dan los balcones
del casón de los Andrade.
Concejales del Concejo,
todos ellos la combaten;
y uno me llamó una vez
«polilla de los altares»;
no querían su Convento;
¡ya lo tienen!... Ahora, rabien.
Con mis amigos tenemos
pensado, toda la tarde
y entrada la noche, hacer
festejo en el patio..., ¡rabien!,
y unas coplas que los befan;
vendrá al patio quien las cante;
¡les enseñaré a poner
estorbos a los que valen!

TERESA ¡Olvídelos!... No haga tanto
por mí...

JUAN DE OVALLE *(Sin cazar la ironía.)*
¿Yo?... Por una madre
—y ella lo es para nosotros—,
¿qué no haré?... ¡Deje que rabien!

¿Vamos?

DOÑA JUANA — Sí, Juan, cuando quieras...

JUAN DE OVALLE — No, mujer, cuando tú mandes...
*(Se abrazan las hermanas. Juana sale, conmovida, llorando. Y todavía Juan, según se la lleva, dirá:)*
—Verás tú qué cuatro amigos,
y verás tú, los Andrade...,
¡y verás qué caras cuando
se cante lo que se cante!... *(Salieron.)*

TERESA — *(Los ojos en el Cielo.)*
¡Y esto saca de las obras
que hago por Ti... Juan de Ovalle!
*(Por segundo término entran Doña Guiomar, Salcedo y los clérigos Gaspar Daza y Julián Dávila, que, como siempre, permanecerá apartado y silencioso.)*

DOÑA GUIOMAR — *(A Teresa.)*
No me quisiera apartar
de este blanco portalito
de Belén; pero la quito
de recogerse y rezar;
y mi madre me ha llamado
para ver en qué paró
la Fundación.

TERESA — Acabó
mejor que había empezado.
Dígale que desde ayer
que vine para fundar
aún no he podido encontrar
ocasión de merecer.
Ya estoy hasta desabrida
de que todo ande tan llano;
no hay trabajo. Así la vida
no deja poso en la mano.

DOÑA GUIOMAR — ¡Tiene recio corazón!

TERESA — Tengo harto que trabajar
si el jornal que he de ganar
en el mundo es mi perdón. *(A Salcedo.)*
—Don Francisco de Salcedo,
¿qué dice?

SALCEDO — Que todavía
no he muerto, pero ya puedo
morir después de este día.

DAZA — *(Que exulta*[49]*.)*
Y eso mismo han de decir
mañana lo más granado
de la ciudad... y el Prelado
que nos lo dejó cumplir.
No saben con qué fervor
me ha bendecido al saber
que hoy era el día de hacer
este regalo al Señor. *(A Teresa.)*
Quiso que la saludara
de su parte. *(A todos.)*
Yo he rezado
la misa, porque el Prelado
me mandó que celebrara.
Pero ya les dejo...
*(Teresa besará la mano al capellán, y éste, al marcharse, junto a la puerta, se vuelve para decir:)*
Voy
donde le pueda pintar
al Obispo el nuevo altar
con que contamos desde hoy.

DOÑA GUIOMAR — *(Sorna.)*
Dígale que ha celebrado
la misa..., que fue obediente...

DAZA — ¡Eso!... Y que, siendo prudente,
me he vuelto por él osado:
le diré cuanto hice aquí
por servirle, hasta que vi
de pie nuestro portalito...

TERESA — *(Fina ironía de hembra castellana.)*
Diga que también a mí
me lo agradezca un poquito...
Si le parece que yo
tuve parte en San José...

DAZA — *(Comprendiendo la ironía y con protesta leal.)*

[49] *exultar*, 'saltar de alegría, transportarse de gozo'.

¿Quién?... Su merced lo fundó;
yo, gracias que no estorbé.
Sé quién es; sé de qué modo
llevó esta casa en su entraña...

TERESA *(Muy natural.)*
Pues ahora también se engaña;
ni él ni yo: Dios lo hizo todo.

DOÑA GUIOMAR No le quiten la esperanza
de haber podido inclinar,
dejándola reformar,
el plato de la balanza;
lo traerá a cuento en su día,
siembra, para recoger...
*(Casi al oído de Teresa.)*
Pretende una canonjía.
*(Teresa mira, triste, a Daza, que se inclina, confuso.)*

DAZA La procuro merecer...

TERESA *(Después de una pausa; acento de compasión.)*
¡Vaya en paz!... *(Sale Daza.)*
Y como él... ¡cuántos
por esas iglesias ruedan!...
Los llama Dios para santos
y en canónigos se quedan.
¡Ruindad de la carne!... A veces
que falta orgullo imagino;
se nos regala con vino...,
¡disputamos por las heces!
¿Quieren ruindad... más modesta?
*(Todos callan. La Madre parece dirigirse hacia la clausura. Salcedo pregunta:)*

SALCEDO ¿Manda algo?...
*(Teresa, cortés, los atiende.)*

TERESA Vayan, señores...
Y gracias por los honores
que han hecho a mi pobre fiesta.
Ya es hora de que el portal
que les debe tanto bien
se quede como en Belén
su divino original:
solitario, ido el cortejo

de reyes, magos, doctores,
y humilde en el aparejo [50]
de unos cándidos pastores. 1.415
*(Señala el locutorio.)*
Cuatro ovejas en ofrenda [51]
tras de ese redil están;
y no falta, en el zaguán,
quien a las cuatro defienda:
Teresa... *(Por Dávila.)*
y su capellán. 1.420
*(Se acerca a él; hace cambio de tono.)*
Que, por cierto, bien podría
decirme algo... Ya es faltar.
Hice a su hermana María
Priora...

DÁVILA *(Con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta.)*
No puedo hablar...
¡No me deja la emoción!... *(Llora.)* 1.425

TERESA ¡Hombre de Dios!... Bien, pues calle;
bástame ya, no batalle:
¡más dijo que en un sermón!
*(Y sonríe inefable, por vez primera, contenta.)*
Me dejan agradecida...

SALCEDO *(Saliendo.)*
Quede con Dios...

DOÑA GUIOMAR *(Besando las manos de Teresa.)*
Voy transida. 1.430
¿Cuándo nos veremos?

TERESA *(Afectuosa, acompañándolos hasta la puerta.)*
Yo
creo que pronto..., y si no,

[50] 'Conjunto de objetos necesarios para hacer alguna cosa'.
[51] Las cuatro religiosas que iniciaron con Teresa la vida monástica en el Convento de San José, primera fundación teresiana, fueron éstas: Antonia de Henao, María de la Paz, Ursula de Revilla y María Dávila. Todas eran huérfanas y pobres. Ellas iniciaron la nueva vida conventual: aunque el propósito de la Santa era que la Comunidad estuviese compuesta por trece religiosas, en aquella primera y humilde casa no había espacio para más.

¡siempre nos queda otra vida!
*(Sale Doña Guiomar; Teresa, al quedar a solas con su capellán, le dice:)*
Verá una ermita en el huerto;
yo la mandé aparejar
para que en ella, de adobes,
tenga casa el capellán.
Vaya, y Dios me lo bendiga...
*(Dávila hace intención de salir; ella sigue:)*
Venga a diario a rezar
la misa, y cuando le llamen
la confesión a escuchar
de estas hijas que le fío,
muéstrese con ellas tal
que ni tanto las evite
que las haga maliciar,
ni ande tan llano en los tratos
que, al frecuentarlas, el mal
traduzca la sencillez
por licencia que le dan.

DÁVILA ¿No se queda con nosotros
que me quiere aleccionar
de una vez en tantas cosas?
—¿Va a marcharse?

TERESA Dios dirá.
Profesé en la Encarnación;
no me dejan renunciar
mis votos.

DÁVILA ¿Quién no le deja?

TERESA Fray Angel, el Provincial.
Estoy de aquella Priora
sujeta a la autoridad,
y harto ha sido desde ayer
poderles acompañar.
Tienen Madre de prestado;
por eso habrá de mirar
con más amor por mis hijas
que viven en orfandad.
—Vaya...
*(Julián obedece y va a salir por el primer término.)*

—De todas maneras,
si hay tumulto en la ciudad
y estoy en peligro o pueden
nuestras monjas peligrar...
venga a ayudarnos...

DÁVILA — Sí, Madre. 1.470
¡Primero me matarán!...

TERESA — No diga tanto. A San Pedro
que habló mucho, le fue mal...
*(Sale Julián. Teresa va a cubrirse con el velo y a salir del Convento. Sonríe mirando al locutorio. Abre el portillo o mirilla de la puerta de la calle. Saca el brazo y suena en lo interior del zaguán una campanita. Se hace un poco de luz tras la cortina de la reja y se oye hablar a las monjas.)*

MARÍA SAN JOSÉ — ¿Qué hace, hermana [52]?
M. BAUTISTA — ¿No oyó, hermana?
Llamaron. La campanita 1.475
del locutorio sonó...

MARÍA SAN JOSÉ — ¿Y eso, qué? No está en los días
de la Encarnación. Aquí
no han de importarle visitas...
*(Repite su llamada Teresa.)*

M. BAUTISTA — Vuelven a llamar.
MARÍA SAN JOSÉ — La hermana 1.480
tornera se basta.

A. ESPÍRITU SANTO — Diga...
¿quién es?

TERESA — *(Disimulando un poco la voz; pero la traiciona su emoción.)*
¡Una Madre...

A. ESPÍRITU SANTO — ¿Quién?...

TERESA — *(Acabando su frase.)*
...que quiere ver a sus hijas!

MARÍA SAN JOSÉ — Pero... ¿es Ella?...
TERESA — Yo.
MARÍA SAN JOSÉ — ¿Teresa?

[52] María de San José fue en el siglo María Dávila, hermana de don Lorenzo, primer capellán del nuevo convento.

TERESA Teresa de Jesús. Digan
mi nombre entero. No me hagan
coja de nombre. Harta grima
da, a mis años, que ande coja
de alma y perfecciones... ¿Iban
a retirarse... Está dando
las boqueadas el día.
¿Cómo les va con el nuevo
palomar?, ¿viven tranquilas?...
¿Ya están todas escuchándome?
MARÍA SAN JOSÉ Sí, Madre, todas.
TERESA Mentira
me parece; no oigo ruido.
MARÍA SAN JOSÉ ¿Cómo ha de oírlo?, ¿quería
ruido?... ¡Si apenas contamos!...
TERESA Son cuatro. No es comitiva
para cortejo, en un mundo
que hace del número estima;
pero con menos salvaba
Dios las ciudades malditas...
¿Prefieren ser más y hacer
menos trabajo? Tendría
menos que pagarles Dios...
¿No descorren la cortina?
Me cuesta hablar sin mirarlas...
MARÍA SAN JOSÉ ¿No hay gente en casa?
TERESA Mis hijas
y yo: se fue todo el mundo...
MARÍA SAN JOSÉ Si antes lo dijera...
*(Rumor de la cortinita descorriéndose y aparece el blanco locutorio con las cuatro monjas agolpadas a la reja.)*
M. BAUTISTA ¡Albricias!
No sabíamos...
TERESA Sí saben,
puesto que obedecen, hijas...
*(Contemplándolas.)*
¡Qué gran cosa es ver las cosas
por los ojos de una misma!...
Cuatro mujeres contadas...,
¡pero la Reforma... viva!
*(A la aludida.)*

—María Bautista, es casa
de pobreza la en que habitan;
si no trabaja, no come:
ya tiene lo que quería...

M. BAUTISTA ¡Verá qué telas hilamos!

TERESA Bien..., hágalo y no lo diga.
—Su hermano está para poco;
no sé en qué sitio Castilla
guarda sus hombres. Julián
quedó en niño. Necesita
más que puede dar... Tendrá
que velar por él, María
de San José... Vamos pobres
de pastor por las ventiscas
de esta sierra. Menos mal
que les servirá de guía
Jesús..., que por algo es hombre;
mujeres solas peligran.

MARÍA SAN JOSÉ ¿Tiene sospechas?...

M. BAUTISTA ¿Nos quieren perseguir?

A. ESPÍRITU SANTO ¿La arrancarían
de San José?
*(Ha sonado, brusca, la campana del Convento.)*

MARÍA SAN JOSÉ ¿Llaman?

TERESA Sí.

MARÍA SAN JOSÉ ¿Quién puede ser?...

TERESA *(A María del Espíritu Santo.)*
¡La cortina!
Córrala, hermana, y descansen.
Yo no puedo todavía.
*(Se corre la cortina y apaga todo ruido en el locutorio. Teresa abre la puerta. Entran dos monjas calzadas, cubiertas los rostros con el velo.)*

DOÑA BEATRIZ *(Al entrar.)*
¡Dé gracias a Dios que aún vivo!
*(Y empieza, como la hermana que la acompaña, a levantarse el velo de la cara.)*

TERESA *(Sin aguardar a verle el rostro.)*

Doña Beatriz de Espina,
ya que no ha muerto, ¿qué daños
me trae? Faltábanme... Diga.

DOÑA BEATRIZ Vengo a salvarla.

TERESA Ahora sí
que entiendo que estoy perdida.

DOÑA BEATRIZ ¿Y a quién culpará esta vez
la hermana más que a sí misma?
Ni el Provincial, nuestro padre,
ni la Priora sabían
en la Encarnación su fuga.
Cuando se rezaron vísperas
y en el coro apareció
sin ocupante su silla,
me preguntó la Priora...
*(Cambia el tono, finge.)*
Yo imaginara mentiras
por no delatarla a estar
de su intento prevenida...
No quiso advertirme; tuve
que contar lo que sabía:
la había visto salir,
pensé que lo permitían...

TERESA ¡Dios, sí!

DOÑA BEATRIZ La Madre Priora,
que en su autoridad la había
casi investido, escuchándome,
lloraba a lágrima viva.
Pide al Provincial consejo;
cierra la noche, abre el día;
la que nos dejó no vuelve
y es forzoso que decidan.
No les queda otro camino;
reclaman de la Justicia
que la busque; y al Convento
¡la han de llevar, muerta o viva!

TERESA ¿Tenían más que llamarme?
Siempre obedecí sumisa.

DOÑA BEATRIZ ¿Quería que le rogasen,
después de su apostasía?

TERESA ¡Dios me valga y de qué granos
de arena ruin, la malicia

de la gente hace montañas!
*(Sonríe; con sencillez se dispone a salir.)*
—Vamos...

MONJA 2.ª *(Alarmada, cerrándole el paso.)*
¡No salga!

DOÑA BEATRIZ *(Idem.)*
¡Peligra!

TERESA ¿Yo?

DOÑA BEATRIZ Sí. Buscándola vienen
cuadrilleros y justicias.
*(Fingiendo sentimiento.)*
Yo me anticipé, a salvarla.
*(Abre del todo la puerta entornada y señala afuera.)*
De ese recuero[53], en la esquina,
que a la espera[54], entre la recua
de mulas, calla y atisba,
tengo palabra.
*(A Teresa, bajando la voz, insinuante:)*
Ella sale,
se acomoda, el hombre pica
para la sierra, no para
si es menester en seis días,
y yo espero. Cuando lleguen
les señalo a los justicias
un rumbo falso. Entre tanto,
si no aparece en Castilla
nunca más, se habrá salvado
vuestra merced.

TERESA ¿Fugitiva?

DOÑA BEATRIZ *(La misma insinuación, pero ahora con amenaza.)*
Porque, de quedarse..., piénselo:
la Orden que dejó ofendida,
Avila en bandos, patente
desde ayer su rebeldía,
y el Santo Oficio a la busca
de pruebas con que afligirla,
poco es la cárcel... Se hablaba

[53] *recuero*, 'el arriero o la persona a cuyo cargo están los animales que forman la recua'.

[54] *a la espera*, 'estar en observación esperando alguna cosa'.

del fuego...

TERESA ¿Y lo perdería?...
*(Serena, mostrando a Beatriz que entendió su intención.)*
No me asustan los trabajos,
no hace tanto los pedía...
Falló el camino; por éste
de Teresa no se libra;
me sufrirá hasta que muera;
soy, de su nombre, la *espina*.
Si quiere verme escapar,
bríndeme goces y dichas;
pero el cebo de la cruz,
los presagios de ignominias,
los castigos que merezco,
las burlas y las heridas,
no son alas que me da,
¡son clavos con que me fija!
*(Ha ido creciendo un rumor en las calles, que va acercándose, y del que distintamente se destacan ahora voces inteligibles.)*

UNA VOZ ¡La monja!

VARIAS —¡Atrás!...
—¡Paso! ¡Corran!
—¡Queremos verla!
—¡Justicia!
—¡La monja! ¡La monja!
*(A los gritos se agruparon las tres mujeres; tranquila, Teresa; acobardadas, las otras dos. Tras la cortina del locutorio se encendió un resplandor de altar, como que la comunidad rezara. El rumor amenazante se acerca.)*

DOÑA BEATRIZ *(Asustada de su obra.)*
¡Huyamos!

TERESA *(Conteniéndola.)*
Doña Beatriz de Espina,
¿qué miedo le entró?... Soy yo,
no es ella la que peligra.
*(Vuelve el tumulto más cerca. La Mon-*

*¡a segunda cerró la puerta. Ahora la golpean.)*

VOZ GOLILLA ¡Justicia, en nombre del Rey!

TERESA *(Resuelta, abriendo.)*
¡Paso franco a la justicia!
*(Golilla, cuadrilleros, alguaciles; gentes del pueblo, hombres en su mayoría, entran con violencia. Las monjas dejaron caer sus velos. Teresa, conteniendo a las turbas, sigue diciendo:)*
—Pero ésta es casa de Dios;
no echen sobre El culpas mías,
que son muchas armas para
llevar a una desvalida,
y son muchos gritos donde
los santos se callarían.

VOCES ¡Las monjas!

OTRAS ¡Queremos verlas!
*(Aparece despavorido Julián Dávila. La Monja segunda dice al verlo:)*

MONJA 2.ª ¡Socorro, Padre!
*(El pueblo está a punto de arrollar a los corchetes.)*

VOZ GOLILLA ¡Pandilla
de forajidos, atrás!
Si hay quien proteste, ¡hablen picas!
*(Un silencio momentáneo; la Monja segunda insta a Julián, que no se decide a intervenir.)*

MONJA 2.ª Dígales, Padre...

VOZ GOLILLA *(Restablecida la calma; con solemnidad:)*
¡Buscamos
a Teresa, carmelita!

TERESA Yo soy Teresa.

VOZ GOLILLA ¿Testigos?... *(Silencio.)*
Los presentes, ¿acreditan
que ésta es la monja Teresa? *(Silencio.)*

TERESA Cuando no niegan..., afirman.

VOZ GOLILLA *(Creyéndolo también así; a Teresa.)*
Tendrá que seguirnos...

TERESA — Vamos;
cuando llegaron, salía...
*(Revuelo en la gente; forman los armados. Teresa da un paso hacia Julián.)*
Mucha es su emoción, ya sé;
pero esta vez convenía
menos emoción y hablar
en defensa de sus hijas...
¡Duele que enmudezcan hombres
donde hasta las piedras gritan!
¿No me prometió morir?...

DÁVILA — *(Arranque, ciego:)*
¡Sí, Madre!...

TERESA — *(Conteniéndole.)*
¡Quieto! *(Sonríe.)*
Otro día.
*(Vocerío. Un hombre logró abrirse paso; llega junto a Teresa, desprevenida; va a arrancarle el velo.)*

HOMBRE — ¡Yo quiero verla!

TERESA — *(Sujetándolo por la muñeca.)*
¡No pierda
sus miradas, señoría!...
¡No tiene una monja más
que una mujer, y es nacida
de madre honrada, al igual
que la que usarced [55] bendiga!
*(Se ha impuesto. Confuso, el hombre bajó el brazo. Se ha hecho un silencio absoluto. Teresa dice al jefe de la tropa:)*
—¿Quieren molestarse un poco
y abrir paso?
*(Se hace una calle; a las dos calzadas.)*
—Vengan, hijas...
Detrás de mí... No se arriesgue,
Doña Beatriz de Espina...
*(Rumor de las gentes que habrá en la calle.)*

[55] Metaplasmo de 'vuesarced, vuestra merced'.

Póngase a mi espalda. Aúlla
la gente airada. Si tiran
piedras o escupen, ¡yo haré
lo que pueda por cubrirlas!
Que yo muera, no es gran cosa...
*(Se han pegado a la cortina del locutorio las cuatro sombras de la comunidad, formando el mismo grupo que hacían durante su conversación con Teresa.)*
—Con Dios, Padre...
*(Va a andar. Una mirada al locutorio. Baja la voz; inefable, tierna:)*
No les diga
que me llevan a sufrir...,
no fuera a darles envidia.
*(Salen. Griterío en la calle.)*

# ESTAMPA CUARTA

*Una cruz de piedra en un cruce de caminos. Radiante mañana. Cielo andaluz. Cal. Dardos de sol. Casas de Veas a lo lejos. Peldaños al pie de la cruz. Algunas piedras. Sentados, fray Juan de la Cruz y Julián Dávila. Alternativamente sentado y de pie, fray Jerónimo Gracián. Hablan.*

DÁVILA *(Con el aire de seguir una conversación.)*
... no es tanta miga de pan.
Se enfadó mucho una vez,
hace tiempo, el mismo día
que fundamos San José.
Vinieron unas calzadas
y entró gente. Me quedé
sin voz cuando la prendieron
para obligarla a volver
al otro Convento [56]; y Ella
me tuvo tanto desdén
afeándome el silencio,
que al escucharla lloré.
No se me olvidó en diez años,
no ha de olvidárseme en cien;
tendría yo veintisiete;
cuando quiere reprender,
sabe la Madre Teresa;
llega a lo vivo.

PADRE GRACIÁN [57] Hace bien.
¿Cómo se pudo callar
si la injuriaban?

[56] Tras la ceremonia de inauguración en San José, Teresa hubo de acudir, a requerimiento de la priora de la Encarnación, a este Monasterio, en el que fue sometida a un juicio del que salió, finalmente, absuelta. El tema de la Reforma descalza siguió en la calle, divididas en bandos las gentes de la ciudad. El Corregidor quiso expulsar del convento a las religiosas, cerrando la nueva fundación. Llegó el pleito hasta la Corte, y, por último, la madre Teresa salió triunfante, tras un largo y amargo camino. «Toda la causa que daban—escribió Julián Dávila—era que, como profesaban pobreza y querían vivir de limosnas, parescíales a todos que vendría gran daño al pueblo.»

[57] El padre Jerónimo Gra-

DÁVILA — No sé.
Los pocos años... y el miedo...
No era para menos ver
reunidas tantas armas
en el «portalito» aquel
tan humilde...

PADRE GRACIÁN — *(Extrañado, a Fray Juan.)*
No sabía...
¿Conoce vuestra merced,
Fray Juan de la Cruz, el caso
del día de San José?
¿Dice que a la Fundadora
la obligaron a volver
por fuerza a la Encarnación?

FRAY JUAN[58] — Sí, padre Gracián. Se ve
que él no estuvo a los principios
de la Reforma. Después,
en la misma Encarnación,
le dieron crédito y fue
Priora de aquel Convento...

cián (Valladolid, 1515-Bruselas, 1614) fue figura eminente de la Iglesia y las letras españolas en el siglo XVI. Sintió muy joven la vocación religiosa. Cantó su primera misa en 1570, e influido por el conocimiento y el epistolario de la Santa, tomó el hábito de carmelita descalzo en 1572, en Pastrana. Fue visitador apostólico de los Carmelitas Calzados de Andalucía y visitador general de Calzados y Descalzos. En 1581, primer provincial de la Descalcez. Le persiguieron sañudamente, como a algunos otros partidarios de la Reforma carmelitana, y llegó a ser expulsado de la Orden. Se trasladó a Roma, cayó prisionero de los turcos y finalmente—de nuevo con la confianza del Santo Padre—vistió otra vez el hábito del Carmen.

[58] Juan de Yepes, fray Juan de la Cruz en el claustro (Fontiveros, 1542-Baeza, 1591), tomó el hábito de carmelita calzado en 1563, y cinco años más tarde el de descalzo, en Medina. El es el primer carmelita descalzo de España. Conocida es su profunda identificación con Teresa de Jesús. Esta le había conocido en Medina, adonde él—que contaba veinticuatro años y estudiaba en Salamanca—había llegado para cantar su primera misa en presencia de su madre. Teresa y Juan hablaron allí del deseo de extender a los religiosos del Carmelo la Reforma ya iniciada entre las monjas. Se cuenta que la Santa, al salir del locutorio, tras de hablar con Juan, buscó corriendo a sus religiosas y les dijo, refiriéndose a los dos padres con los que ya contaba (fray Juan de la Cruz era muy pequeño de estatura): «¡Bendito sea Dios, hijas, que ya tengo para la fundación de mis descalzos fraile y medio!»

DÁVILA La idolatraron en él
todas las hermanas, salvo
sus rivales, dos o tres,
que abandonaron los hábitos
y han vuelto al mundo; no sé
que fue de ellas: ¡mire Dios
por las pobres donde estén!

PADRE GRACIÁN ¿Costaron las fundaciones
primeras?

FRAY JUAN Toda la fe
de la Madre no bastó
para el triunfo alguna vez.

DÁVILA En Medina, en Malagón,
en Valladolid, la hiel
de los desprecios y afrentas
que le dieron a beber
combatiéndola, fue tanta
que llenaría un tonel.

FRAY JUAN Yo la conocí en Medina.
Ella quería extender
su reforma a los conventos
de frailes; y la ayudé
para fundar uno, el mío,
que fue en Duruelo [59]... Después
se hizo el segundo, en Pastrana;
—y allí entró vuestra merced.

DÁVILA Y entre tanto los de monjas
crecían. Uno, también
en Pastrana; otro, en Toledo
que aseguran que es de ver,
y en Salamanca uno pobre [60].

FRAY JUAN Ni éstos le bastan. Ayer
fundaba en Segovia: apenas
transcurre un año y hoy es
la fundación aquí, en Veas [61]...

PADRE GRACIÁN Donde le han dado a beber,

[59] La primera comunidad de descalzos se había iniciado en Duruelo, con fray Juan de la Cruz y fray Antonio de Jesús, en noviembre de 1568.

[60] El de Pastrana fue fundado en 1569; el de Toledo, ese mismo año, y el de Salamanca, en 1570.

[61] La fundación del convento de San José, en Segovia, es hecha por Teresa en 1574. El

Julián Dávila, ya no
tragos amargos; ¡la miel
del triunfo!...

DÁVILA ¡En andas la llevan!...
—¿Ha visto vuestra merced
la procesión de las gentes
del concejo?

PADRE GRACIÁN ¿Y el tropel
de los hidalgos? Montaban
potros de rico jaez [62]
con borlas como amapolas
en campo de rubia mies.

DÁVILA Y alrededor de la Madre,
díganme, ¿han visto el vaivén
de la muchedumbre? Gentes
desharrapadas, los pies
descalzos, tirando el hombre
del brazo de la mujer
y entre sus piernas, los niños,
canela y oro la piel,
desnudos, tan vivos, tantos
que no entraba un alfiler.

FRAY JUAN Ya no es Castilla, esta España...

PADRE GRACIÁN Bulle otra gente. Se ven
ojos cristianos en caras
de morisco bereber...

FRAY JUAN Y aún queda lejos Sevilla.

DÁVILA No crea que no me dé
que pensar. El caballero
Salcedo pintaba aquel
jardín de la Andalucía,
como un infierno...

PADRE GRACIÁN Está en él:
toda la tierra echa fuego.

FRAY JUAN De todo saldrá con bien
Teresa; no tenga dudas.

convento de San José del Salvador es fundado en Veas de Segura al año siguiente. Quedó allí de priora la madre Ana de Jesús, que, después, muerta la Santa, fundó los primeros conventos de descalzas en Francia y Bélgica.

[62] *jaez*, 'adorno de cintas con que se engalanan las crines de los caballos'.

PADRE GRACIÁN No sabe de eso mi fe;
pero, un Convento en Sevilla
me parece que ha de ser
leña en un horno [63]... *(Hay un silencio.)*
¿Va enferma
la Madre?

DÁVILA No hay como esté
sin sus dolores un día;
pero los soporta bien.

FRAY JUAN La he visto andar de cayada...

DÁVILA Un báculo que una vez
le mandó su hermano [64], de Indias,
y no se separa de él.
Por todos los corredores
del Convento se la ve
con el bastón de Lorenzo,
pastora atenta a su grey.
Y tan bien la anuncia el son
de la contera al caer,
que, en oyéndolo, a sus monjas
se les renueva la fe.

FRAY JUAN ¿Saben si quiere seguir
el viaje hoy mismo?

DÁVILA Tal fue
su intención cuando me dijo
que aguardáramos los tres
en esta Cruz... El camino
para Sevilla es aquél. *(Lo señala.)*

PADRE GRACIÁN ¿Cómo ha sabido que estábamos
en Veas?

DÁVILA Se lo anuncié
yo mismo, después de verles
en la Parroquial, ayer.

[63] «Nadie pudiera juzgar—escribió un día la Santa—que en una ciudad tan caudalosa como Sevilla, y de gente tan rica, había de haber menos aparejo de fundar que en todas partes que había estado. Húbole tan menos, que pensé algunas veces que no nos estaba bien tener monasterio en aquel lugar. No sé si la misma clima de la tierra, que he oído siempre decir los demonios tienen allí más mano para tentar...»

[64] Lorenzo de Cepeda, el hermano de Teresa, estuvo en América, y ayudó frecuentemente a la obra reformadora de la Santa. Murió en Avila, en 1580, y dejó a Teresa como «única ejecutora de su testamento».

PADRE GRACIÁN ¿No les parece que tarda
si hemos de salir?
DÁVILA Tal vez.
Nunca dejan estas fiestas
coyuntura en que romper
para los despidos... ¡Callen!
*(Un alegre repique de campanas llega de la parte de Veas. Escuchan todos.)*
Conozco esos toques bien.
*(Se han puesto de pie. Callan y hacen oración mental.)*
¡Enhorabuena!... El rebato
final. Acaban de hacer
la consagración. Ya tiene
Veas, Convento; la fe,
nueva campana, y Teresa
de Jesús, otro plantel.
*(Sin dejar a Dávila, que se sienta de nuevo, Gracián le empuja, diciéndole:)*
PADRE GRACIÁN ¡Vaya en su busca!
DÁVILA *(Consultando a Fray Juan.)*
Si quieren...
PADRE GRACIÁN *(Impaciente.)*
¡Vaya, Padre!
FRAY JUAN Ha de tener
más paciencia...
PADRE GRACIÁN ¿No acabó?
FRAY JUAN Pero le cumple atender
a las gentes que se honraron
haciéndonos la merced
de acompañarla...
PADRE GRACIÁN Por eso...
¡Vaya, Padre! Mejor es,
en estas mundanidades,
no dejarla...
*(Acuciado por el Padre Gracián, sale Dávila. Al quedar solo con el de la Cruz, Gracián se acerca a él y sin tratar de esconderle su emoción, dice:)*
—Hoy hablaré
por vez primera a Teresa.

FRAY JUAN *(Sorprendido, mirándole:)*
¿Nunca la ha visto?
PADRE GRACIÁN Una vez;
esta mañana, de lejos.
Me abrí paso en el tropel;
pero no pude...
FRAY JUAN ¿No hablaron?
PADRE GRACIÁN Me lo estorbó no sé quién
llamándome por mi nombre:
«¡Padre Gracián!» Me paré,
buscando a quien voceaba,
y cuando quise volver
hacia Teresa, la Madre
ya estaba en el templo; fue
verla y no verla... ¿Comprende
mi impaciencia?
FRAY JUAN Mas diré:
le compadezco.
PADRE GRACIÁN En Pastrana
la he podido conocer.
Vino a vernos. Preguntó
por mí. Pero yo logré
que no me encontraran...
FRAY JUAN ¿Cómo?...
PADRE GRACIÁN Corrí a esconderme.
FRAY JUAN ¿Por qué?
PADRE GRACIÁN Tan ruin, me daba rubor
hablarle. Quería ser
digno de ella, al avistarme
con ella.
FRAY JUAN ¿Y hoy?...
PADRE GRACIÁN Renuncié.
Siglos que pasarán, siglos
que se habían de perder
sin realzarme a sus ojos.
De todas maneras es
la entrevista del gusano
con el águila.
FRAY JUAN Más bien
me parece esta humildad
que antes su ambición.
PADRE GRACIÁN Ya sé

que no he de pasar del polvo
que levanta con sus pies.

FRAY JUAN ¿Ve este hábito? *(Por el que lleva.)*
Lo cosieron
sus manos [65]. Una mujer
como todas. No hay quien diga...

PADRE GRACIÁN ¿La conoce su merced
desde hace tiempo?

FRAY JUAN Diez años.
Como tan chico me ve,
me llama su «medio fraile».
Siempre atina a entretejer
con las cosas más subidas
del espíritu las que
prenden mejor en la tierra,
y así junta alas y pies.
Como a mí un viento me lleva,
de ella aprendo a no perder
el aplomo. Ve mis luchas
y me escribe...

PADRE GRACIÁN A mí también;
sin conocerme. Dos veces
quiso hacerlo. Una, después
de mi sermón de Alcalá;
y, al profesar, otra vez.
Guardo en Pastrana sus cartas...

FRAY JUAN *(Natural; sacando del pecho, debajo del hábito, unos papeles que muestra y acaricia.)*
Yo nunca me separé
de este regalo... Aquí está
mi rosal... Cuando no sé
por dónde llegar a Dios,
lo abro, leo..., me hundo en él...
*(Queda como absorto, en silencio, inmóvil.)*

PADRE GRACIÁN *(Después de una pausa.)*
Teresa de Jesús..., dígame,
Fray Juan de la Cruz, ¿cómo es?

[65] En agosto de 1568, Teresa había entregado en Medina el hábito de descalzo, cortado y cosido por ella, a fray Juan de la Cruz.

FRAY JUAN *(Que piensa un instante.)*
Si un día la perdiera [66]
y por el mundo, errante, la buscara,
no sé en qué lengua hubiera
palabras justas para
decir cómo es de espíritu y de cara.
Buscándola, no había
de llamar a las puertas señoriales;
por las sendas iría
que enmarañan zarzales;
diría a los pastores y zagales:
«De la tez es trigueña;
su frente, luna clara en los sembrados;
trae como lugareña
de los labios colgados
los refranes del pueblo y sus dictados.
Pasó, desconocida
del próspero y feliz; los sinsabores
de los dolientes cuida;
y deja, en los alcores,
con palabras de sol, rastro de flores.
¿La han visto?... De Ella aprende
claridad y depejo la mañana;
con voz tranquila enciende
con fiebre de amor sana,
¡respira paz de aldea castellana!»...
*(Queda como estático.)*

PADRE GRACIÁN *(Rompiendo el silencio que ha quedado.)*
Cuando se acerque y nos hable,
me parece que será
como si toda la vida
la conociera, Fray Juan.
Me asusta menos...

FRAY JUAN Los hijos,
¿cómo se van a espantar
de su madre?

PADRE GRACIÁN Y puede ser
que no le parezcan mal

[66] Fray Juan de la Cruz, al hacer aquí el retrato de Teresa, emplea la lira: la estrofa en que aquel poeta místico escribió los versos de su *Noche oscura del alma* y de su *Cántico espiritual.*

la imperfección de mis obras,
mi falta de voluntad,
si es tan llana como dice
su merced...
*(Ha ido acercándose, sin que la vieran los dos frailes, Beatriz de Espina, que viste ropas seglares y viene de manto. Dice, ya muy cerca de ellos, aprovechando un silencio:)*

DOÑA BEATRIZ — Padre Gracián...
PADRE GRACIÁN — *(Sobresaltado, volviéndose y viéndola.)* ¡La voz de antes!... ¿Quién?...
DOÑA BEATRIZ — Yo, padre.
Si me quisiera escuchar...
PADRE GRACIÁN — ¿Será en confesión, hermana?
DOÑA BEATRIZ — Si me oye, no pido más.
PADRE GRACIÁN — Cuando esté solo...
FRAY JUAN — *(Disponiéndose a salir.)* Está solo.
PADRE GRACIÁN — No se me vaya, Fray Juan.
FRAY JUAN — No hago sino retirarme
donde me ponga a rezar.
Dios le acompañe. *(Sale.)*
PADRE GRACIÁN — *(Al que sale.)* El le lleve.
*(Un silencio.)*
DOÑA BEATRIZ — *(Dando un paso, Gracián se retira.)* ¿Doy miedo, padre Gracián?...
Le he llamado, en el tropel.
PADRE GRACIÁN — Me he vuelto para buscar...
DOÑA BEATRIZ — Y no me ha visto.
PADRE GRACIÁN — No, hermana.
DOÑA BEATRIZ — Me escondí... Como era tal
mi turbación... *(Silencio.)* —Padre mío,
le sigo desde Alcalá.
PADRE GRACIÁN — Vengo de Pastrana.
DOÑA BEATRIZ — Yo
sigo, desde antes de entrar
su reverencia en Pastrana,
todos los pasos que da.
Me convertí a Dios la tarde

de su sermón de Alcalá.

PADRE GRACIÁN ¿Se acusa, hermana?

DOÑA BEATRIZ De envidia.
Curé de ella al escuchar
aquel día sus palabras...
Creo que recordará
que habló del Carmen Descalzo...
No se podía encontrar
mejor lección para mí.
Había dejado atrás
la Encarnación con los hábitos
de Carmelita, y su altar...

PADRE GRACIÁN ¿Por qué?

DOÑA BEATRIZ Para no vivir
sujeta a la autoridad
de Teresa de Jesús,
la Fundadora.

PADRE GRACIÁN ¿Qué más?

DOÑA BEATRIZ La odiaba.

PADRE GRACIÁN ¡Calle!

DOÑA BEATRIZ Perdone
mi falta de caridad.
Pero ya todo es cenizas:
una sola voluntad
me trajo sin alma a Veas:
buscarle...

PADRE GRACIÁN ¿A mí?

DOÑA BEATRIZ ...confesar
mis pecados y, contrita,
fiarme a su autoridad
atada de pies y manos.
Mande, padre.

PADRE GRACIÁN ¿Hizo algún mal
a Teresa?

DOÑA BEATRIZ Cuantos pude.

PADRE GRACIÁN Los habrá de reparar
uno por uno.

DOÑA BEATRIZ ¡Aunque fuera
por uno ciento! *(Un silencio.)*
¿Es verdad
que hace el camino a Sevilla
con Ella, padre Gracián?

PADRE GRACIÁN ¿Por qué lo pregunta?...
DOÑA BEATRIZ Padre...,
y a Pastrana, ¿volverá?
PADRE GRACIÁN Dios lo sabe.
DOÑA BEATRIZ ¡Dios lo quiera!
PADRE GRACIÁN ¿Le importa?...
DOÑA BEATRIZ ¡Para lograr
mi salvación! En Pastrana,
siquiera vivía en paz.
Las mañanas, a su misa
para verle consagrar;
las tardes, si predicaba,
donde pudiera escuchar
su predicación; las noches
con lágrimas de ansiedad
esperando el alba. Luego,
rota el alba, en el cristal
del aire, la campanita
llamaba a la cristiandad...
¡Su misa! Luego... ya he dicho;
todos los días, igual.
Algunas tardes, de lejos,
afueras de la ciudad,
le seguía para oírle
sus sermones repasar
en voz alta. Me escondía.
Traíame la piedad
del aire, hasta los oídos
alguna vez, el final
de una frase. Poco: «Hermanos»...,
«martirio»..., «amor»..., «caridad».
Como el que vuelve con oro
de un viaje en que fue a explorar
el desierto, yo volvía,
con ese poco, a mi hogar.
¡Quién le arrancó de Pastrana!
¿Qué hemos de hacer los de allá?
PADRE GRACIÁN La Orden que empieza requiere
nuestros cuidados.
DOÑA BEATRIZ ¿Tendrá
que viajar mucho?
PADRE GRACIÁN Así mandan.
DOÑA BEATRIZ Quien se lo mande hace mal.

PADRE GRACIÁN Mi fuerza es obedecer...
DOÑA BEATRIZ Nació para predicar
la ley de Dios. En el púlpito
rinde su fruto el caudal
de su ciencia: sus devotas
le reclamamos allá...
Cuando, las manos en alto,
la luz que de un ventanal
se filtra nimba su rostro,
¿no le ha ocurrido escuchar
nuestros sollozos, oyéndole?
No mueren solas jamás
sus palabras en el aire;
las tienen que acompañar
gemidos de corazones,
da mucha unción... Es igual
que el doble son con que un río
golpea el aire al pasar:
el ruido de las espumas
que sobre las aguas van,
y el de la arena, debajo
de las aguas, al rodar...
PADRE GRACIÁN Para llegar a las almas
procuro, hablando, juntar
al consejo, la emoción...
DOÑA BEATRIZ ¡Y acierta dos veces!
*(Confuso, calla Gracián.)*
¿Va
por mucho tiempo a Sevilla?
PADRE GRACIÁN Lo que tarde en visitar
sus conventos. Soy, del Carmen,
Visitador General.
DOÑA BEATRIZ ¿Sabe el padre si Teresa
lleva intención de fundar
en Sevilla?
PADRE GRACIÁN ¿Lo pregunta?...
DOÑA BEATRIZ ¡Porque me quiero encerrar
en el Convento que funde!
PADRE GRACIÁN ¡Primero!...
DOÑA BEATRIZ *(Interrumpiéndole.)*
¡Recibirá
de mí, todas las disculpas!
Tengo hacienda: he de dotar

la fundación. Les daré
la mayor seguridad
de enmienda que necesiten.
¡Y si es menester probar
mi fe, pónganme cilicios!
¡Día y noche he de sangrar
en una cárcel! No miren
que soy, por la calidad
de mi cuna, mujer débil:
¡lo sufro todo, con tal
de compartir sus trabajos!
Lléveme, padre Gracián,
a Sevilla... ¡Hágame suya,
de una vez, para el altar!...
Jesús a la Magdalena,
y era mujer de arrabal,
no la apartó de su lado.
¿Su merced me apartará?
*(Va exaltándose hasta caer de rodillas, besando el hábito del fraile.)*
Padre Gracián..., ¡seré santa!...
¡No me deje condenar!
¡Atada de pies y manos
me entrego a su caridad!
¡Padre Gracián!..., ¿no me escucha?
*(Gime, besando, como se ha dicho, los hábitos de Gracián, que, turbado y conmovido, quiere levantarla:)*

PADRE GRACIÁN ¡Cobre aliento!

*(Aparece Teresa de Jesús, que, como si le viera en un peligro, clama:)*

TERESA ¡Hijo Gracián!...

*(A esta voz, el Padre Gracián se vuelve, clamando al verla:)*

PADRE GRACIÁN ¡Madre!

*(Un silencio; contrariada, se levantó Beatriz; Teresa ha dicho antes, señalándola:)*

TERESA *(A Gracián.)*
¿Qué hace, de rodillas,
esta mujer?

PADRE GRACIÁN — Confesar
sus pecados.
DOÑA BEATRIZ — No: ¡morir
para la tierra y su afán!
*(Y mostrando contrición y arrepentimiento, se inclina delante de la Fundadora.)*
TERESA — Entre tanto resucita
para Teresa. Señal
que Dios se acuerda de mí
cuando la vuelvo a encontrar...
*(A Gracián, cambiando de tono.)*
—Además de confesión,
¿qué pedía?
PADRE GRACIÁN — *(Sinceramente impresionado por la actitud y los llantos de Beatriz.)*
Caridad...
La merece un malhechor;
una pecadora, más.
TERESA — *(A Beatriz.)*
«Hermano lobo», al de Gubio [67]
que devastaba el lugar,
llamó San Francisco. Diga
qué entiende por caridad,
«hermana Beatriz».
DOÑA BEATRIZ — *(Como si no osara hablar; a Gracián.)*
Diga
qué pido, padre Gracián.
PADRE GRACIÁN — *(Abogando por la dulce pecadora.)*
Pide... acogerse al Convento
que va, en Sevilla, a fundar.
TERESA — *(Con sequedad.)*
Traje conmigo las monjas
que necesito.

[67] Se cuenta en una de las *Florecillas* de San Francisco que éste logró que el lobo que asolaba los alrededores de la ciudad italiana de Gubio se amansase y no volviese a sembrar daños y muertes entre las gentes de la región. «Hermano lobo», llamó Francisco al animal, que juró con su pata derecha, puesta sobre la mano del Santo, que no causaría nuevos males. Entre los vecinos de Gubio vivió el lobo tranquilamente el resto de su vida, hasta la muerte. Es el tema recogido—dándole final distinto al de la *florecilla* franciscana—por Rubén Darío en la composición *Los motivos del lobo.*

PADRE GRACIÁN — Una más,
que ofrece servir a todas,
¿en qué la puede estorbar?
La oveja vuelve al redil,
¿sus pastores... la echarán?

TERESA — *(Obediente.)*
Si el Visitador lo quiere,
por mí no se perderá. *(A Beatriz.)*
Doña Beatriz de Espina,
vaya a Sevilla a llamar
a las puertas del Convento:
las puertas se le abrirán.

PADRE GRACIÁN — *(Radiante, emocionado.)*
¡Dé gracias a quien perdona
tan bien, que sabe olvidar!...

DOÑA BEATRIZ — *(A Teresa, casi sin voz por la aparente emoción.)*
¡Dios se lo pague!...
*(Va a salir; vacila y se apoya en el brazo de Gracián.)*
¡Y ampáreme
su merced, padre Gracián!
Atada de pies y manos,
Beatriz es su esclava..., ¡hará
lo que le manden Beatriz!
*(Los sollozos ahogan su voz y Gracián tiene que tranquilizarla.)*

PADRE GRACIÁN — Bien... ¡No llore!
*(Beatriz, con un esfuerzo, se domina.)*
¡Vaya en paz!
*(El gesto de la absolución con que el Padre subraya estas palabras, parece darle fuerzas para salir, dueña de sí misma. Y Gracián, vuelto a Teresa, añade, conmovido:)*
Sé, madre, cuánto le exijo,
pero súfralo; y así
Dios gana un alma.

TERESA — Por mí,
salga de cuidados, hijo.
Si me ha visto vacilar
y en acogerla tardé,
no fue guardándome, fue... *(Le mira.)*

porque tengo a quien guardar.
Antes que ella y su acomodo
con Dios, en mi corazón
está mi propia intención
y está Gracián, sobre todo;
que es mozo, de quien se ufana
con razón justa el Carmelo,
que en sabiduría y celo
va solo... y que nada gana
para su alma, en aventuras
del mundo...

PADRE GRACIÁN — Me enterneció,
lloraba contrita...

TERESA — Yo
soy poco dada a ternuras
y me espantan en mis hijos.
Para dejarse vencer
de lágrimas de mujer
no estudie en los crucifijos.
La religión que en el día
profesa unturas de miel
y usa llantos, no es la mía:
Jesucristo en la agonía
tuvo sed, diéronle hiel,
y en hiel, tormentos y clavos
nos trajo la salvación...
Con lágrimas de emoción
¡aún seríamos esclavos!

PADRE GRACIÁN — *(Quemado por el fuego de Teresa.)*
Sí, madre. Es tanta verdad,
que ya me pesa en el pecho
mi osadía de haber hecho
violencia a su voluntad;
si el rigor ha de servir
de espuela a la penitente,
déjela a solas sufrir
y trátela duramente.
No escuche al Visitador,
haga a su modo, mi queja
desoiga y niegue el calor
de su redil a la oveja;
pero atienda a la salud
de un alma en peligro, mire

que en ella sola se inspire,
madre... No tenga inquietud
por mi salvación. Sería
negarse a sí misma, ser
dura con una mujer
y tierna en defensa mía,
¡porque a su hijo ha de guardar
una madre! Es de razón
que, hombre, el hijo esté en sazón
de guardarse y de triunfar.
Por eso dejó las calmas
del mundo, y no sólo quiso
salvarse él, mas llevar almas
por su mano al Paraíso.
Dura con los otros, sí,
cuando otro empeño no lleve;
dura, por guardarme a mí,
¡ni puede, madre, ni debe!
Del riesgo en que yo cayera,
¡no se acuerde! No es buen celo,
para que yo gane el cielo,
¡dejar otras almas fuera!
*(Hay el fuego y la elocuencia del predicador nato en cuanto dijo Gracián. Le oyó Teresa embebida, materna, y exclama:)*

TERESA ¡Dios me lo bendiga!... ¡Así,
de esta hombría y de este arrojo,
son los hijos que yo escojo!...
No abundan... Hasta hoy creí
que no existían. Soltar
puedo desde hoy la cayada;
tengo hombro en que descansar,
¡ya está mi obra asegurada!
*(Súbito recelo y timidez de madre.)*
Pero... me va a prometer
guardarse más...

PADRE GRACIÁN *(Juvenil alarde.)*
Yo...

TERESA *(Callándole.)*
No quiero
quitarle sus alas; pero...

como soy pobre mujer,
poco letrada y viví,
y acobarda lo vivido,
para no asustarme a mí,
mi hijo va a ser precavido.

PADRE GRACIÁN *(Como antes.)*
Teniendo a Dios...

TERESA *(Como antes.)*
El cristiano
debe en su Dios confiar;
pero no debe llevar
su corazón en la mano
donde vaya; un campeón
que viste seda en la plaza,
luego, cuando entra en acción,
se resguarda el corazón
debajo de la coraza.
Es... todo lo que le pide
mi angustia, no exijo más;
guarde su alma cuando cuide
las almas de los demás.
La luz bajo el celemín,
como no alumbra, hace mal;
a resguardo de un cristal,
no muere y cumple su fin.
*(Quiere quitar importancia a su amonestación.)*
Dirá mi Visitador
que por qué le doy consejos...
Porque es... achaque de viejos;
lléveme en esto el humor.
*(Volviendo, como quien no quiere, para no herirle, a su primera idea.)*
Y otra vez, en la ocurrencia
de mandarle el corazón
ternuras a su conciencia,
mire si es por compasión
o si es por condescendencia.

PADRE GRACIÁN *(Ligero acento melancólico de resentido, pero con dulzura.)*
Bien está, madre. Ya veo
que desconfía de mí...
Perdóneme, si no di

la razón al buen deseo
con que acogerme la vi.
Por algo quise esperar
a verme con ella hasta hoy...
No había para qué...; soy
basura de muladar...
*(Va a alejarse, y antes, aceptando la reprimenda de la madre, concluye:)*
Si la madre lo desea
le pondré al alma cristal
y seré cauto.

TERESA *(Firmeza.)*
¡No crea
que en ello le vaya mal!

PADRE GRACIÁN *(Otra vez alarde juvenil.)*
Pero... me ha de prometer
que en la obra que he comenzado
de salvar a esa mujer
me ayudará de buen grado...
*(Frunce un pliegue la frente de Teresa, que ya sonreía. Hay un frío. Viene Julián Dávila, llamando:)*

DÁVILA ¡Madre!...

TERESA ¿Qué cuenta Julián
de mis hijas y su hermana?

DÁVILA Ya está el carro en el zaguán
del Convento, y todas van
a salir en caravana. *(A Gracián.)*
Nosotros, si no hay recuero
con quien topemos viajando,
iremos a pie; y espero
que llegaremos andando. *(A Teresa.)*
Esa dama que ha venido
de Pastrana y va a marchar
en su carroza, un lugar
para la madre ha ofrecido;
y aún le quedan sitio y silla
si con la madre otros van...

TERESA *(Lentamente, después de una pausa, fijando al Visitador.)*
¿Qué pensaría Gracián
de hacer el viaje a Sevilla
con la dama?

PADRE GRACIÁN *(Sobresalto, que domina.)*
¿Acompañado
de quién?
TERESA Solo. ¿No decía
que, hombre, un hijo se valía?
Pues... solo irá bien guardado.
PADRE GRACIÁN ¿Lo quiere la Fundadora?
TERESA Lo mandaría si hubiera
necesidad.
DÁVILA La señora
junto a la posada espera.
*(Gracián palideció; se inclina ante la Madre y dice:)*
PADRE GRACIÁN Bendígame, si dispone
que salga.
TERESA *(Dándole su bendición.)*
¡Su voluntad
Dios tenga... y no le abandone!
*(Sale Gracián. Un frío-pausa.)*
DÁVILA Y con esta novedad,
la madre, ¿qué se propone?
TERESA Lo sólo que me interesa,
buen Julián... ¡Saber de fijo
si es hombre de Dios este hijo
que al fin le han dado a Teresa!
*(No pudiendo reprimir su inquietud que crece y se humaniza hasta el final.)*
¿Dice que la dama...?
DÁVILA Estaba
llorando cuando ofrecía
lo que le he dicho...
TERESA ¿Lloraba?...
DÁVILA Con llanto que enternecía.
TERESA Me figuro... A los que den
precio al humano dolor.
DÁVILA Sí, madre...
TERESA Al Visitador...
DÁVILA Le enternecerá también.
Porque, sabio, vive ausente
del mundo..., pero... yo estoy
en que es tan niño inocente
como yo he sido... y lo soy.

TERESA *(Sonríe.)*
¡Niño!... Sí...
*(El clásico ruido de cascabeles a lo lejos.)*

DÁVILA Pronto saldrán;
llegarán pronto, y habrán
de esperar horas enteras...

TERESA *(Arranque súbito.)*
¡No, no! *(Aún duda; se decide.)*
¡De todas maneras,
acompáñeles, Julián!
¡Vaya!...
*(Empujándole, apremiante, el alma puesta en sus palabras.)*

DÁVILA ¿No quiere saber?

TERESA Ya no... ¡Prefiero dudar!
Porque verle sucumbir,
si triunfara la mujer,
y tenerle que olvidar...
¡no lo podría sufrir!...
*(Salió Julián; queda Teresa, en expectación. Lento, plácido, un libro en la mano, llega por el fondo Fray Juan de la Cruz. Un oreo de paz distiende el espíritu de la Santa; el ruido de la carroza se disipó.)*

FRAY JUAN ¿No es hora, madre?

TERESA Venía
para buscarle, fray Juan.
¿Qué hacía, lejos?

FRAY JUAN Leía,
pensaba... ¿Y ella?

TERESA Sentía...

FRAY JUAN Lo mismo, con otro afán...
*(Empiezan a andar.)*

TERESA *(Deteniéndose.)*
Dígame vuestra mercé:
la copla suya que hablaba
del alma que preguntaba...
¿cómo decía? *(Pausa.)*
Ya sé.

«Paśtores los que fuéreis [68]... 2.315
*(Duda.)*

FRAY JUAN *(Siguiendo.)*
... allá por las majadas al otero,
si por ventura viéreis...

TERESA *(Siguiendo, a su vez.)*
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco y peno y muero...»

## ESTAMPA QUINTA

*Patio blanquísimo, enjalbegado, aljofifado [69], nítido en muros y suelo, de un caserón de Sevilla recién dispuesto para convento por las Carmelitas de Teresa [70]. Muro al fondo. Ventanitas con celosías en varios pisos. Muros laterales cerrando el patio. Puertas a cada lado—la de la derecha del actor, en la lateral; la de la izquierda, en el fondo—. Fuente. Macetas con rosales. Claro cielo de principio de tarde. La hora de la recreación. En el patio, agrupadas: María Refugio (en el siglo, doña Guiomar), Beatriz de Espina, Antonia del Espíritu Santo, Ana de San Bartolomé y dos o tres monjas más. María Reparadora, los bracitos arremangados, riega las rosas. Entra María de San José, priora, por la derecha del actor. Se acalló un rumorcito de conversación que había.*

MARÍA SAN JOSÉ ¿Quién dejó abierto el portillo 2.320
del coro?...
*(Todas las monjas atienden y ninguna contesta. María Reparadora sigue regando. La Priora insiste:)*

[68] Es la segunda estrofa del *Cántico espiritual entre el Alma y Cristo su esposo*, de fray Juan de la Cruz, alteradas las palabras *fuerdes* y *vierdes* por 'fuereis' y 'viereis'.

[69] *enjalbegado*, 'blanqueado con cal, yeso o tierra blanca'; *aljofifado*, 'fregado con *aljofifa*, un trozo de paño basto de lana'.

[70] El 3 de junio de 1576 fue inaugurado, con cinco monjas, el convento de San José del Carmen, en Sevilla, pasado el año de haber llegado Teresa a la ciudad. Hubo para la fundación del convento muchas dificultades y contrariedades. De ello habla Teresa en sus *Fundaciones* y en algunas de sus cartas. «Las injusticias que se guardan en esta tierra—escribe a la priora de Valladolid—es cosa extraña; la poca verdad, las dobleces. Yo le digo que con razón tiene la fama que tiene... Es aquí como un infierno.»

—¡Pregunto a todas!

M.ª REPARADORA *(Deteniéndose y mirando a la que habla. Ligero ceceo al hablar.)*
¿Por qué lo pregunta?

MARÍA SAN JOSÉ *(Acercándose a la novicia.)*
¿Quién,
María Reparadora?

M.ª REPARADORA Por de contado que fui yo.

MARÍA SAN JOSÉ Siempre va a tontas y a locas.

M.ª REPARADORA Siempre voy la última en filas.

MARÍA SAN JOSÉ Por eso: a la última toca
cerrar la puerta.

M.ª REPARADORA Por eso
no se olvidarán las otras
de cerrarla; ¿a qué pregunta?
Ya sabe que la faltona
soy siempre yo...

MARÍA SAN JOSÉ Bueno, basta;
María Reparadora,
vaya al coro, cierre y vuelva.

M.ª REPARADORA Regaba un poco estas rosas...

MARÍA REFUGIO *(Interviniendo.)*
Más vale tarde que nunca;
y si hoy las riega, ya es hora;
que las tenía agostadas
de sed...

MARÍA SAN JOSÉ *(Contestando a María Refugio.)*
Pero antes importa
que cierre...

M.ª REPARADORA *(A Refugio.)*
¿También culpable
de que se mueran las rosas?

MARÍA REFUGIO ¿Quién las regaló al Convento?

M.ª REPARADORA Yo las regalé; y a todas
les gustan; de modo que...

MARÍA REFUGIO *(Atajándola.)*
De modo que, si abandona
su cuidado a las demás,
no hace el regalo a su costa,
sino en su provecho: es carga
que echa encima de las otras.
*(María Reparadora piensa un momen-*

*to, ve que es cierto lo que dicen, sonríe y se somete de buena gana.)*

M.ª REPARADORA Tiene razón.

MARÍA SAN JOSÉ *(Sonriendo también, con simpatía.)*
Vaya y cierre.

*(María Reparadora deja la regadera y va a salir por la derecha, secándose las manos. Se detiene y pregunta:)*

M.ª REPARADORA *(A las monjas.)*
Si algo quieren...

DOÑA BEATRIZ Yo una cosa,
ya que se brinda. En la celda
se me quedó el libro de horas;
tráigalo.

ANA S. BARTOLOMÉ Y a mí la rueca
si puede.

A. ESPÍRITU SANTO Y a mí, la estola
que bordo para Gracián...

M.ª REPARADORA Con tantos mandados me honran,
que a poco que me descuide
se me van de la memoria
los más ¡y vuelve a faltar
María Reparadora!
Será el sino... que también
lo tenemos las personas
¡como lo demás del mundo!
*(El tono del que repite un cantar de pueblo.)*
«Se le fue al pastor la honda...
¡y vino a darle la piedra
a aquella ovejita coja!»

MARÍA SAN JOSÉ ¿Qué está hablando del pastor
y de la piedra?...

A. ESPÍRITU SANTO ¡Sus coplas,
que no se le olvidan!

MARÍA SAN JOSÉ ¿Cuándo
dejará de ser la moza
cortijera que ha nacido
para hablar como una monja?
No profane el templo.

M.ª REPARADORA *(Compungida.)*
Tengan
caridad para mis coplas.

Las da nuestra tierra, como
los claveles y las rosas;
no me las lleven a mal...

MARÍA REFUGIO
Nuestra Madre Fundadora,
que entiende de todo, entiende
también de esto; y las encomia.
Como que dice que estar
en Dios el alma devota
levanta en ella... un deseo
de salir diciendo coplas.

M.ª REPARADORA
¿Sí?..., pues oigan estas dos
que hacen al caso y son cortas:
*(Piensa; una tras otra dice las dos coplas, que sin duda improvisa, para rematar el clavo de lo que antes ha dicho, y escapa, riendo:)*
«Hay almas para este mundo:
les dan los zarzales rosas,
y los arenales, fruto.»
«Hay almas para la Gloria:
reciben aquí las piedras...
¡como la ovejita coja!»

MARÍA SAN JOSÉ
*(Con sonrisa triste, cuando la niña ha salido.)*
Da pena mortificarla.

A. ESPÍRITU SANTO
Pero es necesario hacerlo:
dice el padre que estos duendes
alborotan los Conventos.

MARÍA REFUGIO
¡Si es buena!

MARÍA SAN JOSÉ
Pero tan niña
me la han traído al Convento,
que se me pone a jugar
con los santos si la dejo...
Vayan... *(Empiezan a salir las monjas.)*
Y despachen, hijas,
los encargos que le hicieron...
Con lo torbellino que es,
¡si entra en las celdas, le tiemblo!
—Dispongan, Antonia y Ana,
la mesa donde solemos.
*(Las dos asienten y salen.)*
¿Se va, hermana Beatriz...

DOÑA BEATRIZ
¿No ha dicho la madre?...

MARÍA SAN JOSÉ — Quiero
que me resuelva unas dudas...
DOÑA BEATRIZ — Si lo desea, me quedo.
*(Se fueron las otras monjas. La Madre Priora toma asiento mirando abstraída, sin decir palabra. Beatriz la observa, también en silencio, un instante.)*
¿Decía la madre?...
MARÍA SAN JOSÉ — *(Mirándola, como sorprendida; con desaliento.)*
Nada.
DOÑA BEATRIZ — *(Después de otra pausa.)*
¿Qué dudas tiene?...
MARÍA SAN JOSÉ — No tengo
dudas.
DOÑA BEATRIZ — ¿Desazón?
MARÍA SAN JOSÉ — Tristeza;
callárame a gusto.
DOÑA BEATRIZ — Puedo
marcharme y dejarla sola.
MARÍA SAN JOSÉ — Sola es peor.
DOÑA BEATRIZ — ¿Tiene miedo?
MARÍA SAN JOSÉ — Se me hace en la soledad
marañas el pensamiento.
DOÑA BEATRIZ — María de San José,
¡como si nos conociéramos
hoy las dos!...
*(Sentándose junto a ella para seguir hablando.)*
Ya llevo días
a su lado, en el Convento;
¿voy a creerla capaz
de hacer malos pensamientos?
*(Taimada, hablándo precisamente de lo que al Priora quiere callar.)*
¿Que tiene melancolías
y sufre... o llora a destiempo?
Será, como no ha vivido,
que según va conociendo
la vida, le espanta ver
que nada es aquí perfecto.
Yo la aventajo en diez años

por la edad; pero aún recuerdo
la desgana y el dolor
de mis combates primeros;
sobre todo... si traía
batalla de sentimientos...

MARÍA SAN JOSÉ *(Herida en lo vivo.)*
¡No hay martirio comparable
con este martirio!...

DOÑA BEATRIZ *(Que le observa; fingiendo calma y serenidad.)*
Luego,
cuando los años nos hacen
egoístas, comprendemos
que, antes que vicio, es virtud
permitirnos estos vuelos
de índole santa; admirar,
querer lo que es justo y bueno.
Según lo templan los años
el corazón cobra alientos;
sabe que hay ruines pasiones,
pero que hay puros afectos;
no se manchan los armiños
porque atraviesen el cieno;
si no consiente la carne...

MARÍA SAN JOSÉ *(No queriendo oírla; interrumpiéndola con ingenua indignación.)*
¡Hermana!... ¡Quién habla de eso!

DOÑA BEATRIZ ¿Lo ve la Madre?... Se azora,
y está, a Dios gracias, tan lejos
de los males de este mundo,
que le espanta hasta el supuesto
de que pueda consentir...
No tema: es justo y es bueno
todo lo que siente. ¡Dé
rienda suelta a sus anhelos!

MARÍA SAN JOSÉ Nadie me conoce tanto
como su mercé...
*(Una pausa; como asfixiándose.)*
Este fuego
que se masca entre estos muros
le quita holguras al pecho.
No hay más respiro que estarse
cerca del agua.

DOÑA BEATRIZ — Yo creo
que la conocían mal
quienes aquí la trajeron.
Escriba a la Fundadora
que la lleve a otro Convento.
La plata del aire en Avila
le será de más provecho,
María de San José,
si vuelve allá, que los fuegos
de este sol tan varonil
en la infancia de este cielo...

MARÍA SAN JOSÉ — Me gustaría un rincón
de paz... y de frío.

DOÑA BEATRIZ — Gredos
a su espalda...

MARÍA SAN JOSÉ — *(Apenas musitado.)*
...y no ver padres.

DOÑA BEATRIZ — Cabal. Soledad, silencio.
*(Hay otra pausa grande; el ruido del agua; siseo de cigarras a lo lejos.)*
¿Por qué deja que María
Reparadora ande haciendo
tanto acopio de rosales
en un patio de Convento?...
Se llena toda la casa
de aroma... y se pone espeso
de ternura y dejadez
el aire...
*(Vuelve en María de San José a manifestarse una sensación de asfixia.)*
En Castilla, el cielo
manda a la tierra; la obliga
con la rigidez de un cetro
nivelador... Aquí, es niño,
rie, acogedor, el cielo;
se comba como el que abraza;
refleja lo que está viendo,
lo allega como el que quiere
paladearlo, comerlo...
Son de carne, en el ocaso,
las nubes...

MARÍA SAN JOSÉ — *(Como en tortura.)*
¡Calle!... No quiero

que siga en mi corazón,
como en un libro, leyendo...
Parece que lo haga adrede...
*(Con sollozo.)*
—¿No ve que sufro?
*(Apenas puede respirar; se ha levantado, se aleja de Beatriz. Esta la mira y fingiendo asombro, concluye:)*

DOÑA BEATRIZ — Sí..., veo.

*(Al poco rato llegan por la derecha Antonia del Espíritu Santo y Ana de San Bartolomé, trayendo entre las dos una pequeña mesa de roble oscuro, que instalan en el patio. Tras ellas, con lo necesario para aderezar esta mesa, manteles y platos, otras monjas. Luego, María Reparadora con el pan y frutas en un plato. Por distinta puerta, la de primer término del mismo lado, momentos antes de hablar, María Refugio. Beatriz pregunta:)*
—¿La mesa para Gracián?

A. ESPÍRITU SANTO — Sí, hermana.

DOÑA BEATRIZ — *(A María de San José.)*
¿Le serviremos también hoy?

A. ESPÍRITU SANTO — Hemos logrado
que sea tan huésped nuestro,
que ya no come en Sevilla
sino lo que le ofrecemos.

MARÍA SAN JOSÉ — ¡Y haga Dios, si ha de guardar
su vida, que en mucho tiempo
no se siente a otros manteles!

ANA S. BARTOLOMÉ — ¡Dios lo haga!...

MARÍA REFUGIO — ¿Por qué ha de hacerlo?

DOÑA BEATRIZ — Porque los Calzados le odian [71],

[71] Fray Jerónimo Gracián fue muy perseguido y calumniado en Sevilla. Se hizo público que le querían matar. Contribuyó todo ello al disgusto de Teresa en Sevilla. «No me entiendo con la gente del Andalucía», escribe la Fundadora al general de la Orden en febrero de 1576. Y poco después decía en otra carta a la madre María Bautista: «Yo confieso que esta gente de esta tierra no es para mí...»

y al servirle en sus Conventos
la comida, ¿quién no ve
que pueden darle venenos?...
¡Triunfan de Teresa el día
que le quiten su heredero!

MARÍA REFUGIO ¡Calle!... No crean patrañas,
no nos lo ponga tan negro...

DOÑA BEATRIZ ¡Se ha dicho en todos los patios
de la ciudad!...

MARÍA REFUGIO ¡El Carmelo
no es hablilla de comadres
para que anden repitiendo
lo que se dice en los patios
de la ciudad!...

*(A todas, que se van agrupando para escuchar su plática.)*

En el reino
ya es Teresa de Jesús
planta que arraigó, creciendo;
no crean que será fácil
desentrañarla del suelo.
Tiene el instinto que tienen
de la sazón los labriegos,
aprovecha en bien del alma,
como quien dice, el tempero [72],
y hace de horas y minutos
la cosecha de lo Eterno.
Monja humilde, sobre el manto
de nieve el temblor del velo
meditativo, a las horas
de soledad y silencio,
la pluma de ave en la mano,
su espíritu, paralelo
de la infinita llanura
castellana, a ras del suelo
como un segundo horizonte,
pide auxilios, da consejos,
insta, manda, escribe cartas

[72] *tempero*, estado de madurez y buena sazón de la tierra para las sementeras y labores'.

infatigable, rigiendo
las almas desde el rincón
de su celda de Toledo.
Y no hace excepción de nombres
y atiende a lo más pequeño
como a lo más encumbrado
del mundo; dicta preceptos
al Rey con la misma pluma
con que encomienda al buen celo
de una Priora la compra
de unas ropas, el aseo
de un rinconcito de claustro,
la probidad de un recuero.
No hay con ella menesteres
sin alma, caminos muertos,
sendas truncas: va a su fin
por todos los derroteros.
Es... como un barco, en el agua
del mar metido de lleno,
la vela y el palo izados
entre los brazos del viento,
que ni al mar cede, ni el aire
se lo lleva al retortero [73].
Porque hay una cosa, el rumbo,
que hace del barco en secreto
cuerpo vivo; y eso, el rumbo,
mitad obra de elementos,
mitad milagro del alma,
lo salva, lo lleva a puerto,
¡pegue como pegue el mar,
sople como sople el viento!

DOÑA BEATRIZ María Refugio ha sido
buena amiga en otros tiempos
de la madre Fundadora
—no es decir que el mucho afecto
la ciegue—. Doña Guiomar
se llamaba en los comienzos
de la Reforma, y es justa;
crean lo que dice. Pero...
*(A María de San José.)*

[73] *al retortero*, 'sin rumbo ni sosiego, de un lado para otro'.

no me desoigan a mí:
defiendan al Padre.

MARÍA SAN JOSÉ ¡Haremos
todo lo posible!

DOÑA BEATRIZ Y más:
nunca ha sido tanto el riesgo. *(A todas.)*
¿Les contaron, del Capítulo
de Almodóvar, los sucesos? [74]
Se separaron Calzados
y Descalzos. Pretendieron
erigirse los Descalzos
en Orden aparte. Creo
que lo propuso Gracián;
lo apoyó con argumentos
fray Juan de la Cruz; tan grande
fue el escándalo, que hubieron
de levantar el Capítulo
sin que se tomara acuerdo;
y de vuelta de Almodóvar

[74] La rivalidad entre Calzados y Descalzos iba en aumento. Aquéllos se reunieron en La Moraleja, y los últimos—secretamente—en Almodóvar. El nuncio Ormaneto favoreció a los Descalzos. Pero al morir el representante del Pontífice, el nuevo nuncio. monseñor Sega, no quiso saber nada con los reformadores, y apoyó resueltamente a los Calzados. Fue este nuncio el que calificó a Teresa de «fémina inquieta y andariega». Se endureció la persecución contra los Descalzos. Fue excomulgado y encarcelado Gracián. Fray Juan de la Cruz fue preso también, llevándosele de Avila a Toledo, donde permaneció nueve meses encerrado y maltratado en un oscuro cuartucho. Teresa, ante todo esto, escribió al rey Felipe II: «...Por amor de Dios suplico a Vuestra Majestad no consientan que anden en tribunales testimonios tan infames...»

Los Descalzos se reunieron en un nuevo Capítulo, también en Almodóvar, el 9 de octubre de 1578, y el acto fue considerado carente de validez por el nuncio, que dictó contra ellos una resolución por la que quedaban en todo sujetos a los Calzados. El rey intervino, finalmente; escuchó las razones de las dos partes, y se llegó a un acuerdo: para lograr la armonía entre Calzados y Descalzos, se convino en separar a unos y otros en provincias distintas, cada una con su jurisdicción propia. Hacía falta para esto un Breve del Pontífice, y éste—Gregorio XIII—lo extendió. Resuelto el largo y enconado problema, los Descalzos eligieron provincial: el padre Jerónimo Gracián, que era en el claustro Jerónimo de la Madre de Dios. Y la Santa pudo escribir, sosegadamente: «Ahora estamos todos en paz, Calzados y Descalzos; no nos estorba nadie a servir a Nuestro Señor.»

fray Juan de la Cruz fue preso.

MARÍA REFUGIO ¡Fray Juan de la Cruz!...

DOÑA BEATRIZ El Padre
Gracián, en Sevilla, huyendo
de envidiosos y enemigos,
no sabe en qué sitio el suelo
se abrirá bajo sus pies...
Pero ciérrenle el convento
si quieren; no hagamos caso
de los rumores del pueblo...

MARÍA REFUGIO *(A quien impresionaron las hábiles noticias de Beatriz.)*
¿La madre Teresa tiene
noticia?...

MARÍA SAN JOSÉ ...¿de los sucesos
de Almodóvar?... Sí; me escribe...

MARÍA REFUGIO ¿Qué le escribe?...

MARÍA SAN JOSÉ Que debemos
salvar a Gracián.

MARÍA REFUGIO ¿Sirviéndole
mesa y comida?

MARÍA SAN JOSÉ ¡Y haciendo
para que no coma fuera
de casa el último esfuerzo!

DOÑA BEATRIZ No es hablilla de comadres.

MARÍA REFUGIO ¿Teresa lo manda?...

MARÍA SAN JOSÉ Tengo
sus cartas...

MARÍA REFUGIO Que dicen...

MARÍA SAN JOSÉ *(Leyendo; todas las monjas se acercan a la Madre para no perder palabra de la carta:)*
«Hija:
de veras se lo encomiendo,
cuiden del padre Gracián;
miren que sé que por verlo
perdido y a mí sin él
no harán ascos ni al veneno
los del Paño[75]. Les envidio

[75] Se llamaba «los Padres del Paño» a los Carmelitas Calzados, porque vestían hábito de lana. Los Descalzos llevaban sayal de estameña y alpargatas.

que estén, a cada momento,
de sus labios de letrado
tomando ciencia y consejos.
No saben qué triste estoy
sin saber de él en Toledo.
Ahora es de noche; desnuda
los cigarrales [76] el viento,
y es un ruido temeroso
que pone desgana y tedio.
Me deja muy sola Dios;
será a ver si me despego
más del mundo, y por buscar
amigos, me voy al Cielo.
Ya es hora. He vivido mucho...
¿Cuándo querrá Dios?... La dejo;
cuídenme al padre Gracián,
no olviden cuánto le debo.»

MARÍA REFUGIO *(Después de una pausa.)*
Ahora me pregunto cómo
no hizo por él más, sabiendo
los deseos de Teresa...
*(A las otras monjas.)*
¿En qué están, que no pusieron
sobre la mesa el mantel?...
*(Se ponen todas las hermanas a disponer la mesa. La Priora se les acerca.)*

M.ª REPARADORA *(Quitando el mantel de manos de Antonia del Espíritu Santo.)*
¡Sí!...

MARÍA SAN JOSÉ *(Cambiando, a rastras, la mesa del sitio en que la dejaron.)*
¿No ven que el espejeo
de estos cuchillos de sol
le molestará comiendo?...
Ya basta...
*(Inspecciona la mesa, ya ataviada por todas; a María Reparadora.)*
¿Por qué este pan?
¿No hay mejor? Tráigalo tierno
para Gracián.

[76] El cigarral es en Toledo una huerta cercada, fuera de la ciudad, con árboles y casa para recreo y descanso.

M.ª REPARADORA — El me pide
los mendrugos que tenemos
para los pobres.
MARÍA REFUGIO — No importa;
déjelo que diga.
M.ª REPARADORA — ¡Es terco!
MARÍA SAN JOSÉ — Si habla del Visitador,
no está de más el respeto.
M.ª REPARADORA — *(Cediendo de mala gana, infantil.)*
¡Voy por el pan!...
MARÍA SAN JOSÉ — *(Resuelta, saliendo.)*
No hace falta;
yo misma iré; tome ejemplo.
MARÍA REFUGIO — ¿Qué freila [77] está en la cocina?...
A. ESPÍRITU SANTO — Rosa Bustos...
MARÍA REFUGIO — *(Menea la cabeza.)*
Poco espero
de sus condumios...
MARÍA SAN JOSÉ — *(Que se detuvo escuchando a Refugio.)*
Pues venga...
MARÍA REFUGIO — *(Saliendo con la Priora.)*
Sí; las dos la ayudaremos.
DOÑA BEATRIZ — Me dan ganas de ponerle
flores en la mesa.
M.ª REPARADORA — Acerco
si quieren estos rosales... *(Lo hace.)*
No siempre han de oler a incienso
los santos... Más fresco aroma
dan éstas... *(Por las macetas que acercó.)*
Lo deslieron
en ampollas de rocío
los duendecillos del viento.
A. ESPÍRITU SANTO — *(Que observaba desde la lateral izquierda.)*
El Padre Visitador...
DOÑA BEATRIZ — *(Cerciorándose.)*
¡El Padre!
*(A las que aún disponen algo en la mesa.)*
¡Ya le tenemos!
Díganselo a la Priora
para que venga a su encuentro.

[77] *freila*, se llamaba así a la religiosa lega de una Orden regular.

M.ª REPARADORA *(Que quisiera quedarse, y las demás también.)*
¿Quién va a decírselo?
DOÑA BEATRIZ Todas,
si les parece. Yo espero.
*(Salen María Reparadora, Antonia del Espíritu Santo, Ana de San Bartolomé y las demás. Queda en escena, ansiosa, esperando, Beatriz de Espina. Compone toca y velos; cruza sus manos. Entra el Padre Gracián. Sin moverse, Beatriz le saluda.)*
Dios guarde al Padre Gracián.
*(Gracián, que atravesaba la escena sin verla, se vuelve y la ve a estas palabras; Beatriz repite el saludo.)*
Venga al Convento en buen hora
vuestra merced.
PADRE GRACIÁN ¿La Priora?...
DOÑA BEATRIZ Apercibiéndola están
de su llegada.
*(Y acerca asiento al Visitador, que, no sin contrariedad, se decide a sentarse y esperar en el patio. Queda a su lado, de pie, Beatriz. Hay una pausa. Casi a la espalda del Padre, Beatriz dirá:)*
María
de San José, como yo
cuando en Veas me encontró,
padece melancolía...
*(Afecta la voz de Beatriz una perfecta naturalidad e indiferencia. Tranquilizado, Gracián la observa y pregunta:)*
PADRE GRACIÁN Dígame, hermana Beatriz:
su desvarío... ¿ha pasado?
¿Ya es buena?... En su nuevo estado,
¿teme a Dios? ¿Vive feliz?
DOÑA BEATRIZ *(En el tono que inició, sonriendo.)*
Deje su paternidad
que tome aliento. Me extraña
que sienta curiosidad
por mis cosas... ¿No se engaña?

Porque es la primera vez,
desde que el velo me dio,
que no me habla como un juez
al reo que delinquió.

PADRE GRACIÁN ¿Yo?

DOÑA BEATRIZ Sí; las persecuciones
le hacen misericordioso.

PADRE GRACIÁN ¿No apoyé en Veas, piadoso
con ella, sus peticiones?...

DOÑA BEATRIZ *(Variando y caldeando el tono, al recuerdo de lo que cuenta.)*
Lo olvidó todo al venir
de Veas. Me acompañaba
sin mirarme; yo buscaba
consuelos para vivir
y en vano los esperé
de su implacable desvío:
las lágrimas que lloré
me las secó el viento frío.

PADRE GRACIÁN *(Cambiando también de tono y actitud a medida que ella desvela sus sentimientos.)*
La ayudé con oraciones,
rezando, la tarde aquella;
pedía a Dios los perdones
que necesitaba; y ella,
sin verlo, pensó quizás
que la tenía olvidada...

DOÑA BEATRIZ ¡Me habría ayudado más
con una sola mirada!

PADRE GRACIÁN ¿Qué ha dicho?

DOÑA BEATRIZ Pobre mujer,
padre, en aquella ocasión
yo sentía el corazón
dispuesto a reverdecer;
cebado en limos [78] humanos,
pero ardiente de ansiedad;
atada de pies y manos
me entregaba a su piedad;

[78] *limos*, 'lodos, légamos'. La palabra se emplea aquí figuradamente: 'impurezas, debilidades'.

el arbolillo en su anhelo
quería hacer explosión
de flor..., ¡y a su lado, el hielo
me secó la floración!

PADRE GRACIÁN No era flor que convenía,
para el huerto nazareno,
la de un árbol que traía
salpicaduras de cieno.

DOÑA BEATRIZ ¡Sí!... Vuestra paternidad
no me escatimó el desdén...
*(Igual gesto en él.)*
Y podía hacerme el bien
de un poco de caridad,
no acorazarse en su manto,
dar sosiego a mis latidos,
¡acordarse, aunque era santo,
del corazón que amó tanto
en el mundo a los nacidos!
¡Pero no! Quiso la palma
de la victoria, en su calma
no arriesgó un gesto por mí,
y desde Veas aquí
triunfó el santo..., ¡murió un alma!
*(A medida que han ido hablando, el despecho de su corazón asoma franco.)*
Cuando, el camino acabado,
las puertas del claustro abría
para despedirme, al lado
del padre, ya no venía
la oveja que pudo ser
en el redil ejemplar:
llegó... ¡la pobre mujer
que había aprendido a odiar!

PADRE GRACIÁN ¡Diga que *seguía* odiando,
como siempre!...

DOÑA BEATRIZ *(Rápida.)* ¡De otro modo!...
*(Deja Gracián una pausa y, mirándola, se decide a amonestarla como debe.)*

PADRE GRACIÁN ¡Diga que mintió, jurando
que lo olvidaría todo!
Ni un día me obedeció
sumisa; ni uno, la vi

cambiar... Desde que llegó
¡fue nuestra enemiga aquí!

DOÑA BEATRIZ *(Decidiéndose también a decir lo que siente y afrontando la situación de lleno, con sonrisa de triunfo.)*
¡Su crueldad me ayudó!

PADRE GRACIÁN ¿No la merece?...

DOÑA BEATRIZ ¡No quiero
fingir más! Ya ¿para qué?
Réproba soy, nada espero
de Dios... ¡y no tengo fe!

PADRE GRACIÁN ¡Calle!...

DOÑA BEATRIZ *(Exaltada, sin oírle.)*
¡Le engañaba el día
de Veas! ¡La pecadora
no volvía a Dios; quería
perder a la Fundadora!

PADRE GRACIÁN *(A tono con la exaltación de Beatriz.)*
¡No contaba, hollando flores
de Dios, con impía planta,
que tendría defensores
entre sus hijos la Santa!

DOÑA BEATRIZ ¡Sí, padre Gracián; conté!
Sabía, en las religiones,
de cuánto es capaz la fe,
de cuánto nuestras pasiones,
y fui... la serpiente: a más
mi audacia no se atrevía.
Hablé poco... El sol había
de hacer todo lo demás...

*(Ha ido suavizando el tono de voz, que ahora será insinuante y tajante, como un silbo suave. Sonríe. Se aleja del Padre Gracián y observa por la lateral.)*

PADRE GRACIÁN ¿Qué intenta la pecadora?

DOÑA BEATRIZ *(Sonríe.)*
Ya, nada.

PADRE GRACIÁN *(Sin darle crédito, pero presintiéndolo.)*
¿A qué horror se atreve?...

DOÑA BEATRIZ *(Sonríe, triunfal.)*
Cálmese el padre...
*(Pensativo y receloso, Gracián medita.*

*Con la mayor naturalidad le saca de su abstracción Beatriz, diciendo:)*

No debe
de tardar nuestra Priora.
No sé qué le habrá pasado,
pero no le ha de enfadar
su tardanza. Entró a buscar
otro pan; no habrá encontrado,
y de fijo se impacienta
más que el padre todavía...

*(Calla Gracián, visiblemente contrariado; se acerca Beatriz. Concluye:)*

Sufre de melancolía...
Como yo en Veas...

PADRE GRACIÁN ¡No mienta!
María de San José
del lado de Dios está:
como quien es sufrirá,
no como vuestra mercé.

DOÑA BEATRIZ Ya sé que en su corazón
la admira...

PADRE GRACIÁN ¡No dio Sión
palma tan alta, que sea
más propicia a la atracción
del Cielo en que se recrea!...

*(Encarándose con Beatriz.)*

Sé dónde quiere llegar
la hermana con las sospechas
que escupe... ¡Y se han de quebrar
sin hacer blanco sus flechas!
Porque la humana malicia
no puede turbar la calma
del Cielo. Dios ve en el alma,
¡y es Dios quien hace justicia!
¡Sépalo, hermana!... Y ahora,
si lo puede soportar,
llame a la Madre Priora
y quédese aquí, a escuchar.
Y aunque no es digna, recoja
temblando en nuestras razones,
agua clara, a ver si moja

la fiebre de sus tizones [79].
Y aprenda qué es caridad
y agrado en Dios, y ternura
de fe activa y alma pura.
Y envidie nuestra amistad,
que como en Dios se interesa,
da un mentís a todo afán
de este mundo...
*(Volvió la espalda a la puerta, para gritar su indignación a Beatriz. No ha visto, pues, llegar a Teresa de Jesús, que apareció allí hace un instante; le ha oído y ahora le interrumpe:)*

TERESA — Hijo Gracián,
¿qué dice?

PADRE GRACIÁN — *(Volviéndose.)*
¡Madre Teresa!
*(Impresionado al verla.)*
¡Qué!... ¿Viene enferma?...

TERESA — *(Avanzando con pena.)* Dolida
del alma, que no es igual...
Vengo de Santo Tomé...

PADRE GRACIÁN — Y aquí le daremos paz,
y ella nos dará consuelos,
que iban faltándonos ya...

TERESA — *(Sin dejar de mirarle, triste.)*
Vengo de Santo Tomé,
en donde espera a Gracián
para juzgarle, por cargos
que le hacen, un Tribunal
de Calzados...
*(Beatriz inclina la frente, cruza sus manos bajo las mangas del hábito y guarda una actitud hermética.)*

PADRE GRACIÁN — *(Turbado y más bien extrañado.)*
¿A mí?...

TERESA — Vaya
si cree que puede dar
razones que lo disculpen.
Le esperan: no tarde más.

[79] 'Palos o leños a medio quemar'. El vocablo se emplea aquí figuradamente.

PADRE GRACIÁN Pero...
DOÑA BEATRIZ *(Anunciando, sin subrayar.)*
¡La Madre Priora!...
*(Y aparece por la lateral derecha María de San José.)*
TERESA *(Acogiéndola.)*
¡Dios nos la guarde!...
*(Y en seguida a Gracián, que no se ha movido.)*
¿No va?...
Los minutos que malgasta
sin disculparse, Gracián,
me están pareciendo siglos...
¿No me los quiere acortar?
PADRE GRACIÁN *(Con sinceridad.)*
¿Sospecha de mí la Madre?
TERESA Cuando acusa un Tribunal,
que sospeche o no Teresa
de Jesús..., ¿qué más le da?...
Si, inocente, su inocencia
demuestra, le absolverán;
si es culpable y lo castigan,
sufra el castigo: tendrá,
con la sanción por su falta,
pruebas de humilde que dar.
PADRE GRACIÁN Pero si en falso me acusan
y, enemigo, el Tribunal,
como a tantos estos días,
me castiga...
TERESA *(Impaciente y enérgica.)*
¡Sufrirá
martirio por Dios! Y su alma
¿qué va perdiendo, Gracián?
Me lo ofrecieran a mí,
¡vería lo que es volar!
PADRE GRACIÁN *(Dubitativo y preocupado, se decide, finalmente, a interrogar a Beatriz de Espina.)*
Los Calzados que en mi ausencia
vinieron para informar,
según decían, a Roma,
como a todas las demás
le hablaron... ¿Sabe la hermana

contra mí qué cargos hay?

DOÑA BEATRIZ *(Evasiva, sin inmutarse.)*
¿Voy a saber?...

TERESA *(Con creciente impaciencia, imponiéndose.)*
¿Sabe el hijo
de Teresa que este afán
de estudiar los cargos antes
de empezarse a disculpar,
si no señala al culpable,
del justo haría dudar?

PADRE GRACIÁN *(Arranque sincero y dolido.)*
¡Eso, no!

TERESA Pues bien: ¿qué espera?

PADRE GRACIÁN *(Decidido a salir.)*
Su bendición. *(Sale Gracián.)*

TERESA Vaya en paz.
*(Y del brazo de la Priora, Teresa se acerca a Beatriz y se sienta entre las dos, que la ayudarán.)*

MARÍA SAN JOSÉ *(Con miedo indecible.)*
Pero... ¿es cierto?...

TERESA Sí. ¡Tenemos
en entredicho a Gracián!

DOÑA BEATRIZ Como a San Juan de la Cruz,
preso dos noches atrás.

TERESA *(Mirándola.)*
No, hermana. De otra manera;
la acusación no es igual.
Prendieron bajo pretexto
de rebeldía a fray Juan;
al Visitador lo acusan...,
perdonen, hijas..., de estar
amancebado: una monja
por compañera le dan...

DOÑA BEATRIZ Puede ser otro el pretexto
y ser la inocencia igual...

TERESA *(Que miró un rato a Beatriz; ésta baja la frente.)*
¡Quién sabe!... Y todos tenemos
parte de culpa... Yo, más.
Vieja, yo empiezo a estar lejos

del mundo para mandar;
olvido, a veces, que estamos
hechas de carne mortal;
nunca me dio que sentir;
por lo visto, a otras les da...
Queriéndole hacer un bien,
tal vez expuse a Gracián...
Les mandé que lo acogieran
aquí, en casa. Oía hablar
de peligros, de venenos...
En todas partes los hay,
y aquí, también. El del alma
probó aquí... *(Una pausa; mira. Sigue.)*
Tanto rosal
en este patio de alcorza,
tanta blancura, la paz
de esta mesa, en que mujeres
de barro cortan el pan,
por fin...
*(Advierte una turbación en María de San José.)*
¿Qué tiene, hija mía?
*(Evasiva, indicará que nada.)*
Por fin...

MARÍA SAN JOSÉ *(Que cae de rodillas.)*
¡Madre!...

TERESA *(Mirándola.)* ¿Va a llorar?

MARÍA SAN JOSÉ ¡Sí, Madre!... Yo...

TERESA ¡Diga!...

MARÍA SAN JOSÉ *(Un nudo en la garganta, ahogándose.)*
¡Espere!...
No puedo...

TERESA *(Mirándola en los ojos, para leer en ellos.)*
¿Es... ella?...

MARÍA SAN JOSÉ *(Entre sollozos.)* ¡Sí!...

TERESA *(Levanta los ojos al Cielo: dolida.)*
¡Dar
semejante vuelta un alma!...

MARÍA SAN JOSÉ *(Con un grito sincero del corazón, conteniendo los sollozos.)*
¡Pero él no pecó jamás!

¡Lo han calumniado!

TERESA *(Apremiándola.)* ¡Hable! ¡Diga!...

MARÍA SAN JOSÉ Sólo me puedo acusar
de pensamiento; ni el aire
supo, a mi lado, mi afán.
¡Lo encerré en mi corazón
día y noche, sin dejar
que alentara!... Hasta he mentido
para mejor ocultar
lo que sentía... ¿Hice bien?
Ya ve qué cosa es el mal,
que alivia encubrirlo y duele
menos que él la falsedad...
Así, como el fuego..., ahogándolo...,
diga, madre..., ¿pasará?...

TERESA ¿No tiene más que decir?
¿Nunca sospechó Gracián?

MARÍA SAN JOSÉ ¡Nunca!... ¿No me ve que aún vivo?
¡Habría sido mortal
la vergüenza!... *(Llora.)*

TERESA Bien, ¡sosiéguese,
que no ha muerto!...

MARÍA SAN JOSÉ ¿Dios podrá
perdonarme, un día?...

TERESA *(Inefable.)* Yo,
que nunca he sufrido más...,
casi la perdono. Vaya...,
y desde hoy me podrá hablar
siempre de esas amarguras
que ese trabajo le dan;
se avergonzará conmigo
de ser mala..., y curará.

MARÍA SAN JOSÉ ¡Dios quiera escucharla!...
*(Va a salir. Teresa le dice:)*

TERESA Deje
su báculo donde está...
y mándeme a las hermanas...
*(Sale María. Va a seguirla Beatriz.)*
Beatriz de Espina, he de hablar
con vuestra merced; no salga.
*(Suena en lo interior una campanita de mano.)*

DOÑA BEATRIZ Llaman al coro.
TERESA Ya irá...
¿Qué prisa le entró?
*(Beatriz, a quien Teresa mira de hito en hito, haciéndola esta pregunta, baja la cabeza como al entrar la Fundadora. Esta da un paso y cerca de ella, añade, bajando la voz:)*
No tuvo
razón para delatar;
esa oveja hasta hoy libró
sus vellones del zarzal;
sin saber nada, mal pudo
pecar con ella Gracián,
y he visto en la información
que hicieron días atrás
los pliegos en que a los dos
acusa de liviandad
vuestra merced. ¿Qué razones
tenía para acusar?
DOÑA BEATRIZ Tenía sospechas...
TERESA ¿Bastan?
*(Frente a frente, se miran. Con decisión, Beatriz continúa:)*
DOÑA BEATRIZ Bastaban... para informar;
si eran fundadas o no,
los jueces decidirán;
yo, en conciencia, sospechando,
no me podía callar.
TERESA La tentación no es pecado
resistiéndola. No está
la culpa en que nos hostiguen
sino en dejarnos ganar;
y esa oveja saldrá ilesa
del horno. Apaga un volcán
el tiempo: las almas justas,
¿qué fuego no han de apagar?
DOÑA BEATRIZ Sé cuánto puede, en las almas,
la mordedura carnal;
¡no sabía que tuvieran
tal fuerza para triunfar!
TERESA ¡Sabe poca cosa de almas
su merced!

DOÑA BEATRIZ *(Revolviéndose.)*
Así será:
¡pero mucho de pasiones!
¡Quise vengarme!

TERESA *(Con serenidad, como quien oye lo que esperaba.)*
Además...
*(Señala la puerta por donde salió María.)*
... ¿le hizo agravios la Priora?

DOÑA BEATRIZ ¡Quién piensa en ella!

TERESA *(Dejando una pausa.)* ¿Gracián?
*(Otra vez toca a Beatriz, aunque intenta resistirlo, inclinar la frente bajo la mirada de Teresa.)*
¿Por qué no contesta?
*(Calla Beatriz, y parece hinchar su pecho en un suspiro que no exhala.)*
¿Sufre?...

DOÑA BEATRIZ *(Reaccionando, al temblor materno y dulce que tiene ahora la voz de Teresa.)*
¡Sufrir!... No quería más
cuando del padre a los pies
le pedía caridad...
Pero sufrir por mis culpas,
y no de su crueldad;
ser en casa como todas,
de mis iguales la igual...
¡No!... Tuvo predilecciones;
quiso a la impura apartar...
—y mi crimen era... el crimen
de no saber ocultar
los que otras callan... y aciertan—;
yo, réproba; las demás,
sus ovejas, y ella..., ¡palma,
rosa de olor del rosal!
¡No! ¡No me arrepiento!...
*(Erguida frente a Teresa y exaltándose hasta el final de la escena.)*
¡Quise

vengarme, y en marcha está
mi delación! Si es calumnia,
¡decídalo el Tribunal!
Dé cada cual lo que tiene;
yo, fango; me quiso aislar,
¡y el fango le salpicó!

TERESA ¡Déjelo al sol caldear,
y dará flores el fango!

DOÑA BEATRIZ ¿Por qué lo olvidó Gracián?
*(Sollozando casi.)*
Y quien sabe... Hay flores dentro
de mí... ¡Yo sé que las hay!
*(Desesperada.)*
¡No se abrirán nunca al sol!
¡A nadie aprovecharán!...

TERESA *(Materna.)*
Cuénteme lo que ha sufrido...

DOÑA BEATRIZ *(Pronta, volviendo a encerrarse en su pasión.)*
Ya lo cuenta mi maldad.
La piedra que hiere, hiere
por la fuerza que le dan,
y el alma daña después
que la dañan los demás.

TERESA *(Con mucho fuego.)*
¡No es alma un alma si vive
como una piedra, al azar
de las manos que la empujan!
No la rigen los demás;
es libérrima en el mundo;
tan sólo el alma es capaz
de hacer estos dos milagros
que sobre la tierra están:
¡sacrificarse por otros
y devolver bien por mal!

*(Callan las dos. Como al fuego de Teresa, enmudeció Beatriz; Teresa, en voz de aprecio y conminación persuasiva, le dice, después de una pausa, como una madre a una hija rebelde:)*

Van a venir las hermanas;
dirá a la Comunidad

que ha mentido en sus calumnias
contra María y Gracián.

DOÑA BEATRIZ ¡No, madre!

TERESA ¿Tanto les odia?

DOÑA BEATRIZ ¡Tanto me hicieron llorar!

TERESA ¿Tendré que mandarle?...

DOÑA BEATRIZ ¡Mande!

¡De nada le servirá!
*(Ve Teresa el báculo de Priora, que María de San José dejó al salir. Y empuña el báculo y dice:)*

TERESA ¡Pues mando en nombre de Dios
y ejerzo su autoridad!
Sepa, si desobedece,
que bajo el peso caerá
de la ley y que en mi apoyo
tengo el brazo secular.
Puede a una cárcel llevarla
su calumnia. ¿Cumplirá
lo que le mando? *(Beatriz calla.)*
¡Responda!...
¿Su traición confesará?

DOÑA BEATRIZ ¡No, madre!
*(Una contracción de indecible dolor en el rostro de Teresa. Vacila. Le duele el corazón. Se apoyará en una silla.)*
¿Le duele ver
que sus Conventos están
amenazados de escándalo?...
¡Sálvelos, si puede más
su dolor de fundadora
que mi flaqueza mortal!

TERESA *(Reaccionando, radiante de caridad, en un último esfuerzo.)*
¡No!... ¿Qué importan mis Conventos
y la amenaza en que están
si es su alma—¿oye, hermana?—, ¡su
lo que he venido a salvar? [alma!
*(Beatriz no puede comprender lo que oye; confusa, pregunta:)*

DOÑA BEATRIZ ¿Mi... alma?...

TERESA Jesucristo, en cruz,
muriendo por ella está.

¿Dejaré que lo desaire?
¿No está viéndole sangrar?...
*(Casi con lágrimas.)*
¿Se arrepiente?

DOÑA BEATRIZ ¡No!... ¡No puedo!...
Caí...; déjeme rodar...
¡Pague el que me mata... y sea
lo que Dios quiera!

TERESA *(Entre amenaza y profecía, el rostro transfigurado.)* ¡Será!...
*(Y ahora una rigidez de éxtasis envara la figura toda de Teresa. Su rostro echa lumbre. Una beatitud cariñosa, infinita de amor, en la expresión. Dios le habla; ella contesta:)*
—¡Sí!... *(Pausa.)*
¡Lo que me mandes! *(Pausa.)*
¿Yo?
Tienes razón... Todavía
puedo hacer más: humillarme.
¿Bastará, Esposo? *(Pausa.)*
¿Temías
que no me atreviera?... ¿Cuándo
conocerás a tu amiga?... *(Pausa.)*
¡Volver la espalda!... ¿Por qué?
*(Pausa.)*
Los desprecios, la saliva,
que ya fueron tuyos, honran. *(Pausa.)*
Sí..., ¡voy!...
*(Entra, salvo la Madre Priora, toda la Comunidad, que un instante espera sin hablar las palabras de la Fundadora. Pero, inquieta, María Reparadora la llama, cariñosa:)*

MARÍA REFUGIO ¡Madre!
*(Y Teresa, como quien desciende un peldañito fácil de practicar, pasa de Dios a la tierra sin esfuerzo, ligera, cambiando el rostro y la voz gradualmente:)*

TERESA Vengan, hijas.
M.ª REPARADORA ¿Qué le pasa?... Resplandece

su rostro... ¡echa luz!...

TERESA *(Dándole un sopapo maternal.)*
María
Reparadora, no adule...

M.ª REPARADORA *(Poniendo de testigos a las demás.)*
¿Que no resplandece?...

TERESA Diga
que refleja... *(Señalando las del patio.)*
Estas paredes
tienen brillo y me iluminan.
*(A todas las monjas.)*
María de San José
me ha dado que sentir, hijas.
Está enferma; ha de dejarlas:
¡vuelve conmigo a Castilla!
Las llamé para nombrar
priora que las dirija...
*(Todas callan. Teresa mira donde está Beatriz de Espina. Solemne y sencilla a un tiempo, concluye:)*
Lléguese, hermana Beatriz;
tome el báculo y reciba
con él, en nombre de Dios,
mi convento de Sevilla.

DOÑA BEATRIZ *(Con voz que le tiembla.)*
¿El... báculo?

TERESA *(Da un paso hacia ella.)*
Y mis disculpas
y mi respeto...
*(Por las monjas que, edificadas y conmovidas, la escuchan.)*
Estas hijas
saben que la hice sufrir
a lo largo de su vida
con mi soberbia y mis pujos
de santidad... *(Inefable.)*
Ella misma
se me quejó alguna vez...
¡Perdóneme!...

DOÑA BEATRIZ *(En quien un complejo de arrepentimiento pugna por estallar.)*
¿Yo?...

TERESA *(Con ansia, humildísima.)*
Tenía
razón... Pecados veniales,
palitos de brezo, aristas
de paja, mi vanidad
los abultó como vigas...
Le di miedo y le quité
la fuerza que necesita
para defenderse un alma...
De sus faltas, fueron mías
la mitad; Dios me castigue
por ellas, ¡y hará justicia!
Tome el báculo...

DOÑA BEATRIZ ¡No puedo!

TERESA *(Mayor ansiedad cada vez.)*
¿No quiere? Pues... ¡de rodillas,
con el peso de mis años
y de mis culpas encima,
se lo pediré!...
*(Se deja caer, sin que puedan impedirlo, a los pies de su enemiga.)*
¡Perdone
mis represiones altivas,
mi falta de amor con ella!
¡Téngame piedad! ¡Reciba
mi casa!...

DOÑA BEATRIZ *(Estalla su arrepentimiento.)*
¡Madre!
*(Quiere levantarla; Teresa resiste. Beatriz, fuera de sí, los brazos en alto, grita:)* ¡He mentido!
¡Fui mala monja!... ¡Quería
perder dos almas de Dios!

TERESA *(Radiante, levantándose para acallarla.)*
¡Calle, por piedad!... ¡No diga
lo que nadie ha de creer!
Sea madre de mis hijas,
su ejemplo...

DOÑA BEATRIZ ¡Madre Teresa!
¡Perdón!... ¡Perdón!...

TERESA *(Yendo a ella.)* ¡Hija mía!...
*(La abraza.)*

—¡Y además, llora! *(A Refugio.)*
¡Abre peñas
Dios, sin martillo ni pica!
Tome el báculo.

DOÑA BEATRIZ *(Con súbita inspiración.)*
¡Ahora, sí!
*(Y en este traspaso de la insignia hay una solemnidad sencilla, que hace que incluso el tono de la voz de Beatriz cambie un instante.)*
Para nombrar por mí misma
mi sucesora..., *(A las monjas.)*
que todas
acatarán.

TERESA ¿Quién?

DOÑA BEATRIZ ¡María
de San José!
*(Baja la voz; se acerca a Teresa.)*
No es culpable,
Madre... ¿Por qué nos la quita?...

MARÍA REFUGIO Confirme la elección...

DOÑA BEATRIZ ¡Muéstreme
que es buena una cosa mía!...

TERESA Bien: ya veo que no quieren
que dé la vuelta a Castilla
bien acompañada... *(A Beatriz.)*
Sea
como su merced decida:
aún es priora y gobierna.

MARÍA REFUGIO *(Por María de San José.)*
¡Llora en su celda María!
Suba a entregarle el bordón...

TERESA *(A Beatriz.)*
De sus manos lo reciba,
madre Beatriz... *(Una pausa; a todas.)*
Y adiós.
Me esperan recuero y silla
sobre una mula a la puerta.
¡Nuestro Señor las bendiga!

MARÍA REFUGIO *(Desolación.)*
¿Se va?...

TERESA ¿No las dejo en paz?...

MARÍA REFUGIO Teníamos prevenida
mesa...
TERESA *(Empezando a salir.)*
Hoy por hoy, no hace falta;
Dios ya me ha dado comida:
un alma ganada... y leguas
que tragar... *(Otro paso.)*
DOÑA BEATRIZ ¿No necesita
llevar en la alforja?...
TERESA *(Interrumpiéndola.)* ¡Nada!
MARÍA REFUGIO *(Triste.)*
Pues... ¡buen viaje, Madre!
TERESA *(Ya en la puerta.)* Digan:
¡Buena llegada! Ya es todo
lo que deseo... ¡Adiós, hijas!
*(Sale. Todas se agolpan a la puerta, todos los brazos la saludan en alto. Beatriz gime, suplicante.)*
DOÑA BEATRIZ ¡Madre!... ¡Madre!... ¡No se vaya!
¡Bendita sea! ¡Bendita!

## ESTAMPA SEXTA

*Entrada de la capilla del convento, que cierran cortinas. Al entreabrirlas se verá al fondo un ventanal. Algunos reclinatorios. Oscuridad casi total. En la pared de la derecha del actor, ante una imagen, una lamparilla que humildemente sangra en las tinieblas. Suena una campanita sobre la puerta lateral izquierda. Por la derecha, llevando un farolito, aparece Luz Castellanos; entre las descalzas, María de la Luz. Se entreabre la cortina y asoma apenas la figura de Teresa de Jesús. Dice a María de la Luz.*

TERESA ¿No oye, hermana?
LUZ Sí, señora.
TERESA ¿Qué esperaba para abrir?
Será el recuero.
LUZ ¿Venir
con tal prisa y a tal hora?...
*(Suena otra vez la campanita. Teresa de Jesús ha desaparecido tras las cor-*

*tinas. Luz abre la mirilla de la puerta. Observa y dice:)*
Diga.

VOZ GRACIÁN — Abra, hermana.

LUZ — ¿Quién es?

VOZ GRACIÁN — ¿No es Medina este lugar?

LUZ — Sí, hermano.

VOZ GRACIÁN — Traigo los pies
rendidos de caminar
y no me atrevo a seguir
sin descansar un momento.
¿Me podrían recibir
en el zaguán del Convento?

LUZ — Duerme la Comunidad
todavía. Yo no sé
si debo...

VOZ GRACIÁN — Por caridad...

LUZ — Ya vuelo: preguntaré.
*(Y va hacia la derecha; pero le sale al encuentro Teresa de Jesús.)*

TERESA — ¿Todavía no ha podido
saber quién llama?

LUZ — Un hermano
descalzo. Viene rendido
y abrirle no está en mi mano,
si licencia no me dan.

TERESA — *(Pidiendo a Luz el farolito, que ésta le da.)*
Deme... No fuera patraña
para entrar...
*(Mira por la ventanilla y muestra sorpresa.)*
¡Qué!

VOZ GRACIÁN — No se engaña
nuestra madre...

TERESA — ¡Abra!...
*(Lo hace María de la Luz; deja Teresa en un rincón el farol que semiilumina el zaguán. Entra el Padre Gracián. Teresa lo saluda con su nombre.)*
¡Gracián!...

PADRE GRACIÁN — *(Con gozo al verla.)*
¡Dios la pone en mi camino!

TERESA *(Con pena.)*
¡Qué flaco viene y trocado! [80]
PADRE GRACIÁN *(Sentándose.)*
Sí, madre... No me ha tratado
con mucho amor el destino.
TERESA *(A María de la Luz.)*
Acérquese al coro y diga
que pasen por el zaguán
mis hijas: este es Gracián
y quiero que las bendiga.
PADRE GRACIÁN No llame a nadie la hermana,
dejen... Así como así
no puedo esperar aquí
las luces de la mañana.
TERESA Bien está... *(A María de la Luz.)*
Pues que, al deber,
no falte nadie por mí.
*(Sale María de la Luz, por la derecha.)*
También salgo; pero ayer
de todas me despedí.
¿Viene del Andalucía?
PADRE GRACIÁN De Sevilla.
TERESA *(Afirmando, más que preguntando.)*
¿Le absolvieron
sus jueces?
PADRE GRACIÁN No.
TERESA ¿Se atrevieron
a culparle?
PADRE GRACIÁN Todavía
no sentenció el Tribunal.
TERESA ¿Saben que la delatora
se desdijo?
PADRE GRACIÁN Daba igual
para el caso.
TERESA ¿Por qué?
PADRE GRACIÁN Ahora
no importa la delación;
me acusan de rebeldía.
TERESA ¿Cómo?
PADRE GRACIÁN No di explicación
la tarde aquélla. Sabía

[80] *trocado*, 'cambiado'.

que me habían de culpar
dijera lo que dijera,
y quise, huyendo, burlar
su astucia. ¿Qué consiguiera
fiando en la lealtad
de una justicia engañosa?
Perdía mi libertad...

TERESA *(Interrumpiéndole.)*
Y decía la verdad.
¿Le parece poca cosa?

PADRE GRACIÁN De la verdad he sabido
nutrirme y de ella vivir;
la verdad, para el oído
que la quiera recibir;
pero si es sorda a su grito
la gente, ¿qué hacer?

TERESA ¡Decirla:
que a fuerza de repetirla
se mete hasta en el granito!
*(Deja una pausa; con voz de compasión más que de reproche.)*
Vuelva el padre donde están
esperándole sus jueces;
le maltrataran mil veces;
y un día, una vez... ¡le oirán!
Vuelva...

PADRE GRACIÁN Han hecho rebosar,
con la última gota, el vaso.
Cansado estoy de encontrar
obstáculos a mi paso.
No me perdonan que sea
joven para los consejos
y en las letras y en la idea
más viejo que los más viejos.
La envidia, desde Pastrana
siega la yerba a Gracián...
¡Ya basta!... ¡Descansarán
mis enemigos mañana!

TERESA *(Inquieta.)*
¿Por qué lo dice?

PADRE GRACIÁN He pensado...
*(No sabe cómo confesar sus proyectos a la Madre y vacila; Teresa le anima.)*

TERESA ¿Qué?...

PADRE GRACIÁN *(Decidiéndose y exaltándose, según va hablando.)* Dejarme condenar,
y expatriarme. Desterrado
no me podrán alcanzar.
Yo tengo en Roma parciales
de quienes servirme. Aquí
me ponen trabas; allí
me ayudarán cardenales.
Y si fundo, como espero,
en Roma un Convento, ya
contra Gracián, ¿qué podrá
la envidia del mundo entero?
Echó raíces la planta
del Carmelo. Si ahora asoma
de la copa que levanta
la magnificencia en Roma,
por mí, el Carmelo triunfante
dará fruto.

TERESA En Roma, sí.
Pero estas casas de aquí,
¿quién las sacará adelante?

PADRE GRACIÁN ¿Quién, madre? Bajo sus manos
de santa prosperarán.

TERESA Mis manos las dejarán
algún día. Y serán vanos
mis esfuerzos hasta aquí,
mis altares de ermitaña,
¡todos los pasos que di
por tantas sendas de España!
Los Conventos que fundé
vendrán al suelo, por fin,
como unos que levanté
de juguete en el jardín
de mis padres, con mi hermano...
¡Toda mi obra ha de pasar
si no la quiere tomar,
quien yo esperaba, en su mano!
*(Aguarda el arranque, que no se produce en Gracián. Hay una pausa dolorosa. Gracián se excusa.)*

PADRE GRACIÁN No fuera el viaje...

TERESA — No fuera
siempre algo... ¿Es que ha de salir
por fuerza?
PADRE GRACIÁN — ¿Es que he de seguir
sufriendo de esta manera?
Me aborrecen...
TERESA — Siempre ha sido
su enemigo ese letrado
que lleva en él escondido;
le gusta verse alabado,
no quiere ser combatido;
y la verdad, ¿cuándo ha visto
que no sea escarnecida?...
¡Le dieron la cruz a Cristo
que vino a darnos la vida!
*(Gracián calla; Teresa rompe la situación, diciendo:)*
Vaya a Roma y triunfe allí
si está en Roma su destino.
Crezca en Dios... Yo, desde aquí,
¡le deseo buen camino!
Con sus letras y el agrado
de su palabra al hablar,
y su ciencia, ha de lograr
cuanto quiera de buen grado;
pero el día en que le den
un desengaño a su ciencia,
¡no olvide que la paciencia
todo lo alcanza también!
¡Vuelva a España, aunque le sea
su tierra acerba, y no cese
de bendecirla en su idea!...
PADRE GRACIÁN — *(Conmovido.)*
Sí, madre. Y cuando regrese...
la buscaré...
TERESA — *(Atajándole.)*
Donde sea...
Pero busque callandito;
porque, a lo mejor, ¡quién sabe
dónde me encuentra!... Ni un grito
cuando me encuentre... Hable suave,

no llore..., que aun siendo espesa
la pared entre los dos,
si le habla en nombre de Dios,
¡le contestará Teresa!...
*(Levanta la mano, y Gracián sale. Teresa lo ve partir, desplomada su alma en la soledad en que queda. Pone los ojos en la imagen, y dice:)*
No te me quejo, Dios mío...
¡Lo sabía!... Ola tras ola,
camino del mar va el río...
La fuente se queda sola.
*(Va a desaparecer por el fondo cuando entra Blas, el recuero, por la puerta que deja Gracián entornada.)*

BLAS Madre...
TERESA ¿Quién?
BLAS Blas, el recuero.
TERESA ¿No es Martín Sancho?
BLAS Viniera
Martín Sancho y la llevara
con lo mejor de su recua
para Alba de Tormes, donde
diz[81] que quiere la Duquesa
tener consigo a la «Santa»
para el parto de su nuera...
Pero me hice encontradizo
con él, le rogué... y me deja
que yo la sirva.
TERESA Saldremos
sin despedirme. Voy muerta;
no fuera a llorar. Ahorremos
a quien nos quiere tristezas...
*(Hace un esfuerzo para salir.)*
Vamos. ¿Ya está todo?
BLAS Sí.
TERESA Pues, si quiere, cuando quiera.
BLAS *(Que no sabe cómo empezar.)*
Verá un mozalbete...
TERESA ¿Dónde?
BLAS *(Señalando.)*

[81] *diz*, 'apócope de *dice* o *dícese*'.

Mírelo... Cuida la recua.
*(Se acerca a la Madre, confidencial.)*
Es mi hijo..., el hijo de Blas...
¡Los disgustos que me cuesta!
Por eso lo traigo... ¡a ver
si cambia, oyendo a Teresa!

TERESA ¿Por qué va a cambiar?...

BLAS Su padre
bien cambió... ¿No lo recuerda?
Camino de Malagón,
veinte años hace.

TERESA ¿Qué cuenta?

BLAS Yo hacía entonces el viaje
de Toledo. A media senda,
como una mula se espanta,
me pongo a decir blasfemias,
y va la madre, y me dice:
«Tire suave de la rienda
y ayúdela; no la espante
más con gritos: la paciencia
todo lo alcanza.» Y tiré
como ella me dijo. Y hecha
con el dulce trato almíbar,
siguió la mula su senda.
Por más señas, que al estar
en casa, con la parienta,
me hice de las mismas trazas;
y en el campo, con las tierras;
y en el mesón, con los mozos,
y con la gente en las eras...
Dale que dale: a querer,
pero a querer con paciencia;
tirando de rienda suave,
pero tirando de rienda,
que la paciencia que alcanza
no es de la misma manera
que la paciencia que sufre;
una manda, otra... se deja.
Ya me lo dijo la Madre
y así fue. La vida entera
cambió para Blas: otro hombre.
Pregúntele a la parienta,
que, también lo dice, dice:

«No me espanta y lo que medras
que a dos madres se lo debes:
una, la pobre mi suegra,
que te sufrió el pataleo;
y otra, la Madre Teresa,
que, de una vez, puso a plomo
¡tus dos pies sobre la tierra!»

TERESA *(Ha oído con beatitud de consuelo, como tierra seca que recibe rocío, viendo, en el humilde recuero, la continuidad viva de su obra y de su celo. Exclama, como hablando consigo misma, que para ella es hablar con Dios:)*
¡Menos mal que unas poquitas
palabras mías aún quedan!...
*(Al recuero.)*
¡Qué buena memoria de hombre!
¡Veinte años viviendo de ellas!

BLAS *(Con fervor entusiasta.)*
¡Y otros como yo, que he visto
después por esas aldeas!...
También una vez la oyeron,
¡y siempre más la recuerdan!
*(Sonríe, orgulloso.)*
Sobre todo, los recueros;
que con las cosas que cuentan
de ella se harían romances
si hoy romancearan [82] lenguas.
Después de llevar a lomos
de sus mulos, por las sendas,
la persona de la Madre,
aquí sube, allá se apea,
llevan su alma, en sus palabras,
por el ancho de esas tierras;
que ya es hoy toda Castilla
semillero de sus siembras...
*(Entre suplicante y esperanzado.)*
Por eso digo... ¡Si mi hijo,
como yo un día, la oyera!...

[82] *romancear*, 'trasladar al romance, convertir temas y episodios en romances'.

*(La Madre mira a Blas; luego, a la imagen.)*

TERESA ¡Dios me valga! ¡Y cómo das
consuelo a quien bien lo espera!
Ya pueden venir abajo
mis conventitos de tierra:
*(Mira de nuevo a Blas.)*
¡Con estos de carne viva,
le das más vuelo a Teresa!
Las lágrimas de Gracián
un buen hombre me las seca.
*(A la imagen.)*
No te pido nuevas casas,
ni más rediles y ovejas:
te pido poco, Señor,
mi fe pondrá lo que pueda;
dice que palabras son
aire y que el aire las lleva:
pues, a mí, dame... ¡palabras!
¡No conozco mejor siembra!
*(Cuando acaba su oración la Madre, entra de mal talante el hijo de Blas.)*

HIJO DE BLAS ¡Padre!

BLAS *(Voz de amenaza.)*
¿A qué vienes?

HIJO DE BLAS ¡A que
me canso ya de la espera!
Y a que trujieron [83] recado
de casa de la Duquesa;
¡que ya no vaya la Santa,
que ya ha parido la nuera! [84]

TERESA ¡Menos mal que se hizo todo
sin la «Santa»!

[83] *trajicron*, 'trajeron'. Procede de la forma «traxueron», del latín vulgar. Era empleada en la Edad Media, y más tarde coexistió ya con la nueva forma «traxeront», del latín clásico. Esta se impuso, finalmente, y de ella deriva la actual «trajeron»; *truje, trujieron*, existe aún como forma rústica en algunas regiones españolas.

[84] En Medina—desde donde se proponía Teresa dirigirse a Avila—llegó a la Fundadora, a través del padre Antonio de Jesús, el deseo de la duquesa de Alba y el de su nuera, la de Huéscar—ésta iba a dar a luz—, para que Teresa fuese a Alba de Tormes. Ella estaba enferma, agotada. «No podía mirarla sin llorar, que tenía el rostro

HIJO DE BLAS ¡Adiós!
TERESA *(Reteniéndole, dulce.)* ¡Paciencia,
buen mozo y aguanta un día
la pesadez de una vieja;
que el camino a Alba de Tormes
lo haces hoy, aun si te pesa!
HIJO DE BLAS *(Sin atreverse a levantar la voz.)*
Lo haré de buen grado, y mande.
*(Sale el mozo.)*
BLAS *(Por la fatiga y el agotamiento que ve en Teresa.)*
¿Va a salir?
TERESA ¡Aunque no fuera
más que para darle a su hijo
la lección de esa paciencia!...
Pero, además, Dios me llama.
Querrá mandarme otra prueba...
O querrá dar a mis huesos
la manta de aquella tierra...
*(Haciendo y diciendo.)*
¡Véngame aquí, Blas, recuero!
¡Daca [85] el hombro!
*(Apenas puede arrastrarse. El viejecito recuero la lleva en veneración, como reliquia.)* Y no padezca...
Castellano es de Castilla
¡y aún tenemos muchas leguas
y muchos siglos que andar
juntos... Castilla... y Teresa!
*(Campanas en el Convento. Clarea.)*

medio muerto», cuenta Ana de Bartolomé, que acompañó a la Santa en aquel viaje.

Fue Teresa a Alba de Tormes, y al llegar a la villa, el 20 de septiembre de 1582, la duquesa había ya dado a luz. «¡Gracias a Dios!—dijo la religiosa—. Con eso verán que ya no hace falta la *Santa*.» Allí, muy postrada, vivió unos cuantos días más. El día 4 de octubre le llegó la muerte. Ese día era el señalado para la corrección del calendario cristiano por el Papa Gregorio XIII. Por eso, el día siguiente lleva ya la fecha del 15 de octubre, que es cuando se conmemora la festividad de Teresa de Jesús.

[85] *daca*, contracción de *da* —imperativo de *dar*—y del adverbio *acá*.

# *INDICE*

*Págs.*


*INTRODUCCION* ... 5

*Vida de Eduardo Marquina* ... 5

Infancia en Barcelona ... 5
Lecturas, lecturas ... 6
El primer libro ... 7
Teatro en Madrid ... 7
Tres viajes a América ... 8
La muerte ... 9

*Obra de Eduardo Marquina* ... 10

La prosa ... 10
Las traducciones ... 11
Poesía lírica ... 11
El teatro ... 13

*Teresa de Jesús* ... 14

Origen de la obra ... 14
Tema y acción ... 15
El estreno ... 16
La obra, vista por el autor ... 17
La crítica ... 17
Espíritu, dificultad y lección ... 19
Versificación ... 20
Historia y fantasía ... 20

*BIBLIOGRAFIA* ... 21

*TERESA DE JESUS* ... 23

Estampa 1.ª ... 24
» 2.ª ... 46
» 3.ª ... 65
» 4.ª ... 85
» 5.ª ... 107
» 6.ª ... 139

# OBRAS PUBLICADAS EN BIBLIOTECA ANAYA

| *Número* | *TÍTULOS* |
|---|---|
| 5 | PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA: *El gran Teatro del mundo.* Ed. de Eugenio Frutos. |
| 10* | DUQUE DE RIVAS: *Don Álvaro o la fuerza del sino.* Ed. de Alberto Sánchez. |
| 11** | MIGUEL DE UNAMUNO: *Poemas de los pueblos de España.* Ed. de Manuel García Blanco. |
| 12* | AZORÍN: *La generación del 98.* Ed. de Ángel Cruz Rueda. |
| 13 | GERARDO DIEGO: *Antología.* (Primer cuaderno, 1918-1940.) Ed. del autor. |
| 14 | BALTASAR GRACIÁN: *El Político.* Introducción de E. Tierno Galván y Ed. y notas de E. Correa Calderon. |
| 17* | ANTONIO MACHADO: *Antología.* Ed. de José Luis Cano. |
| 21* | GARCILASO DE LA VEGA: *Poesía.* Ed. de Consuelo Burell. |
| 22* | JOSÉ MARÍA PEMÁN: *Antología poética.* Ed. del autor. |
| 23** | *Los romancerillos tardíos.* (Antología.) Ed. de José F. Montesinos. |
| 24* | MIGUEL DE CERVANTES: *El cerco de Numancia.* Ed. de Robert Marrast. |
| 25** | GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO: *Sumario de la Natural Historia de las Indias.* Ed. de Juan Bautista Avalle-Arce. |
| 26* | FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA: *Obligados y ofendidos* y *Gorrón de Salamanca.* Ed. de Raymond Mac Curdy. |
| 27* | GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER: *Rimas.* Ed. de José Luis Cano. |
| 28** | ROSALÍA DE CASTRO: *En las orillas del Sar.* Ed. de J. Alonso Montero. |
| 29** | ROSALÍA DE CASTRO: *Cantares gallegos.* Ed. de Ricardo Carballo Calero. |
| 30** | MARIANO JOSÉ DE LARRA: *Artículos de crítica literaria.* Ed. de Helen F. Grant y Robert Johnson. |
| 31** | JOSÉ ZORRILLA: *Traidor, inconfeso y mártir.* Ed. de Ricardo Senabre. |
| 32** | MANUEL TAMAYO Y BAUS: *Un drama nuevo.* Ed. de Alberto Sánchez. |
| 37** | RUBÉN DARÍO: *Cantos de Vida y Esperanza.* Ed. de Antonio Oliver Belmás. |

| *Número* | *TÍTULOS* |
|---|---|
| 38* | ANTONIO MACHADO: *Campos de Castilla.* Ed. de José Luis Cano. |
| 40** | MIGUEL DE UNAMUNO: *Por tierras de Portugal y de España.* Ed. de Manuel García Blanco. |
| 43* | RAMIRO DE MAEZTU: *Don Quijote o el amor* (ensayos en simpatía). Ed. de Alberto Sánchez. |
| 44** | JACINTO VERDAGUER: *Idil-lis i cants mistics.* Ed. de Luis Guarner. |
| 45** | JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: *Antología poética.* Ed. de Juan Gaos. |
| 46*** | *Antología del grupo poético de 1927.* Ed. de Vicente Gaos. |
| 47** | JACINTO BENAVENTE: *Los intereses creados.* Ed. de F. Lázaro Carreter. |
| 48** | EDUARDO MARQUINA: *Teresa de Jesús.* Ed. de José Montero Alonso. |
| 49** | CARLOS ARNICHES: *La pareja científica y otros sainetes.* Ed. de José Montero Padilla. |
| 50** | GABRIEL MIRÓ: *El humo dormido.* Ed. de Vicente Ramos. |
| 51** | RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA: *Greguerías.* Ed. de Gaspar Gómez de la Serna. |
| 54** | *Antología de la lírica española actual.* Ed. de José Luis Cano. |
| 55** | RAMÓN DE MESONERO ROMANOS: *Escenas matritenses.* Ed. de E. Correa Calderón. |
| 56* | DIEGO SAAVEDRA FAJARDO: *Locuras de Europa.* Ed. de José M. Alejandro, S. J. |
| 57 | GIL VICENTE: *Poesía.* Ed. de T. R. Hart. |
| 58* | FRANCISCO DE QUEVEDO: *Poesía amorosa.* Ed. de J. M. Blecua. |
| 59** | ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ: *El Trovador.* Ed. de A. Raimundo Fernández. |
| 60** | AGUSTÍN MORETO: *El Parecido en la Corte.* Ed. de Juana de J. Prades. |
| 61 | MIGUEL DE CERVANTES: *La Señora Cornelia.* Ed. de Carmen Castro. |
| 62** | JORGE MANRIQUE: *Poesía.* Ed. de José M.ª Alda-Tesán. |
| 63** | AGUSTÍN DE ROJAS: *El viaje entretenido.* Ed. de John V. Falconieri. |
| 64 | *El Abencerraje* (novela vol. I). Ed. de Francisco López Estrada. |
| 65** | JUAN DE LA CUEVA: *El Infamador.* Ed. de J. Caso. |
| 66** | SOR JUANA INES DE LA CRUZ: *Antología.* Ed. de Elías L. Rivers. |

Volumen extra (*) Volumen doble (**) Volumen especial (***)

# INDICE DE AUTORES DE BIBLIOTECA ANAYA

*Antología de la lírica española actual*, núm. 54**.

*Antología del grupo poético de 1927*, núm. 46***.

ARNICHES, Carlos.—*La pareja científica y otros sainetes*, número 49**.

AZORÍN.—*La generación del 98*, núm. 12*.

BÉCQUER, Gustavo Adolfo.—*Rimas*, núm. 27*.

BENAVENTE, Jacinto.—*Los intereses creados*, núm. 47**.

CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro.—*El gran Teatro del mundo*, número 5.

CASTRO, Rosalía de.—*En las orillas del Sar*, núm. 28**.
» » *Cantares gallegos*, núm. 29**.

CERVANTES, Miguel de.—*El cerco de Numancia*, núm. 24*.
» » *La Señora Cornelia*, núm. 61.

CUEVA, Juan de la.—*El Infamador*, núm. 65**.

DIEGO, Gerardo.—*Antología*. (Primer cuaderno, 1918-1940), número 13.

*El Abencerraje* (novela, vol. I), núm. 65**.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo.—*Sumario de la Natural Historia de las Indias*, núm. 25**.

GARCÍA GUTIÉRREZ, Antonio.—*El Trovador*, núm. 59**.

GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón.—*Greguerías*, núm. 51**.

GRACIÁN, Baltasar.—*El Político*, núm. 14.

JIMÉNEZ, Juan Ramón.—*Antología poética*, núm. 45**.

LARRA, Mariano José de.—*Artículos de crítica literaria*, número 30**.

*Los romancilleros tardíos*. (Antología), núm. 23**.

MACHADO, Antonio.—*Antología*, núm. 17*.
» » *Campos de Castilla*, núm. 38*.

MAEZTU, Ramiro de.—*Don Quijote o el amor* (ensayos en simpatía), núm. 43*.

MANRIQUE, Jorge.—*Poesía*, núm. 62**.

MARQUINA, Eduardo.—*Teresa de Jesús*, núm. 48**.

MESONERO ROMANOS, Ramón de.—*Escenas matritenses*, número 55**.

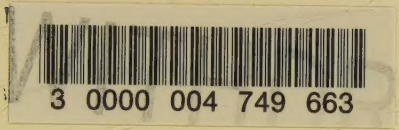
MIRÓ, Gabriel.—*El humo dormido*, núm. 50**.

MORETO, Agustín.—*El Parecido en la Corte*, núm. 60**.

PEMÁN, José María.—*Antología poética*, núm. 22*.

QUEVEDO, Francisco de.—*Poesía amorosa*, núm. 58*.

RIVAS, Duque de.—*Don Álvaro o la fuerza del sino*, núm. 10.*.
ROJAS ZORRILLA, Francisco de.—*Obligados y ofendidos y Gorrón de Salamanca*, núm. 26*.
ROJAS, Agustín de.—*El viaje entretenido*, núm. 63**.
RUBÉN DARÍO.—*Cantos de Vida y Esperanza*, núm. 37**.
SAAVEDRA FAJARDO, Diego.—*Locuras de Europa*, núm. 56*.
TAMAYO Y BAUS, Manuel.—*Un drama nuevo*, núm. 32**.
UNAMUNO, Miguel de.—*Poemas de los pueblos de España*, número 11**.
UNAMUNO, Miguel de.—*Por tierras de Portugal y de España*, número 40**.
VEGA, Garcilaso de la.—*Poesía*, núm. 21*.
VERDAGUER, Jacinto.—*Idil-lis i cants mictics*, núm. 44**.
VICENTE, Gil.—*Poesía*, núm. 57.
ZORRILLA, José.—*Traidor, inconfeso y mártir*, núm. 31**.




## DE PROXIMA PUBLICACION

FERNÁN CABALLERO, *Cuentos Populares;* ed. de J. Tamayo Rubio

ANÓNIMO, *El Lazarillo de Tormes;* ed. de José Caso Gonzá-

P. A
*Na*
zál
*s de*
Ca-

José
*Ar*
Cc
*Bus-*
*rre-*

José
ed
*pio-*
lin-

GAR
ed

*Rom*
ed
*stu-*
de

MOR
ed

FRAN
ci
*di-*
C.

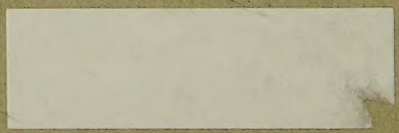
**DO NOT REMOVE**
**SLIP FROM POCKET**

N.° 48**
DOBLE

BIBLIOTECA ANAYA

EDUARDO MARQUINA

*TERESA DE JESUS*



*Cómo se comenta un texto literario*, por Fernando Lázaro Carreter y Evaristo Correa Calderón.

*Introducción a los estudios literarios*, por Rafael Lapesa Melgar.

*La poesía de Blas de Otero*, por Emilio Alarcos.

*Lope de Vega. Introducción a su vida y su obra*, por Fernando Lázaro Carreter.

*Introducción a la novela contemporánea*, por Andrés Amorós Guardiola.

*Estilo barroco y personalidad creadora*, por Fernando Lázaro Carreter.

*La generación del 98*, por Luis Sánchez Granjel.

*Introducción al teatro religioso del Siglo de Oro*, por Bruce W. Wardropper.

Eduardo Marquina

# Teresa de Jesús

BIBLIOTECA ANAYA

N.º 48 **